



LOS
DÍAS ♥
GRISES

*

y tu mirada
azul

LORRAINE
COCÓ

© 2018, Los días grises, y tu mirada azul.

© Lorraine Cocó

© Imágenes originales para la portada, Adobe Stock Photo

Diseño de portada: Lorraine Cocó

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución,
comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá
realizarse con
la autorización expresa de los titulares del copyright.

Prométeme que serás valiente,
que dejarás que la vida te sorprenda,
y llenarás cada día de nuevas e inolvidables experiencias.

El mundo es grande,
pero tú lo eres más.

Lorraine Cocó

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPITULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPITULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[ÉPILOGO](#)

[GLOSARIO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Un día de lluvia. ¿Era tanto pedir un solo día de lluvia?

Necesitaba sentirla. No solo por dentro, inundándola cada segundo de cada hora como un manto que la dejaba entumecida. Ella necesitaba la lluvia que empapa el rostro, hacía hormiguesear las yemas de sus dedos, golpeaba su piel y provocaba que brotase esa sensación deliciosa de apreciar cada célula viva. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, y para poder hacerlo solo pedía lluvia. Pero esta se paseaba ante ella, se relamía coqueta ante sus ojos, para no dejarse caer después. Pasaba los días mirando al cielo, esperando que alguno de aquellos amaneceres anaranjados y púrpuras se tornase gris, plomizo, y cargado de esperanza.

Pero no era así.

Elevó la mano para dejar que el aire acariciase su palma mientras movía los dedos arriba y abajo, aleteándolos como si tocase un piano invisible de aterciopeladas teclas de marfil. Contempló unos segundos bailar los cordones coloridos de sus pulseras, movidos por el viento. Dejó caer la cabeza sobre su brazo, tentada por sentir ese mismo aire revolucionando su flequillo y besarle las mejillas. No había disfrutado ni un segundo de la sensación apaciguante de paz, cuando esta le fue arrebatada.

—Deberías meter la cabeza, no es seguro —la reprendió su tía Shirley, dejando de analizar la carretera para mirarla angustiada por la preocupación. Y esperó a que se separase de la ventanilla.

La tía Shirley intentaba que no se le notase tanto como a mamá. Se había pasado la vida criticando la manera de educarla y cuidarla de su madre, asegurando que no podía sobreprotegerla de aquella forma asfixiante. Sin embargo, desde que esta murió y había recaído sobre ella la responsabilidad de cuidarla, la cosa había cambiado drásticamente. Cada vez veía con más frecuencia la tensión en su entrecejo al mirarla, cómo abría los ojos y contenía el aliento cuando imaginaba los peligros que podía suponerle alguna actividad de su vida diaria, o como la observaba de reajo aparentando no estar vigilándola en cada momento.

Por eso entendía que se hubiese sentido sobrepasada por la situación. Su tía había llegado a los cuarenta y cinco años, soltera, por elección propia. Su carácter alegre, jovial, y desenfadado, sumado a sus grandes ojos violetas, su cabello dorado, y su sonrisa amplia y juguetona, le habían agenciado una gran lista de pretendientes que no habían dejado de acecharla desde la pubertad. Muchos habían intentado desde entonces conseguir atar a la que había sido considerada, la fierecilla indomable de los Connolly. Pero si se hubiesen molestado un poco más en conocerla y menos en cortejarla, para hacerse con el premio, se habrían dado cuenta de que jamás habían tenido

una oportunidad. Su tía Shirley siempre había sido su heroína. Admiraba su ansia de libertad, su energía, lo intrépida que había sido cada minuto de su vida y como se había enfrentado a las reglas impuestas, a lo establecido.

No como ella.

Su tía había vivido sin miedo y sin normas, sin importarle lo que pensasen los demás, hasta ese momento. Una de las cosas que no había querido eran hijos que la atasen a una vida ordinaria. Y ahora, tras la muerte de su única hermana, se había visto obligada a hacerse cargo de su sobrina. Si un hijo normal le había supuesto un ancla demasiado pesada, hacerse cargo de alguien como ella, la estaba apagando día a día. La veía consumirse y perder el brillo por minutos, y no quería que eso pasara. No por su culpa. Se negaba a verla convertirse en el reflejo gris de su propia hermana.

Introdujo el brazo dentro del habitáculo del coche y sonrió escuetamente, aceptando. Su tía respiró con profundidad dejando ver su alivio y ella volvió a mirar a través de la ventana el cielo demasiado azul, demasiado perfecto, salpicado con aquellas blancas y esponjosas nubes.

—Tara...

Tía Shirley pronunció su nombre despacio, con cautela, algo que solo había hecho en tres ocasiones en sus diecinueve, casi veinte años de vida. La primera fue cuando su padre se marchó de casa. Ella tenía seis años y, aun siendo tan pequeña, reconoció el cambio en su voz. La segunda fue cuando

murió su madre, hacía ocho meses. Y la tercera, hacía dos semanas, cuando le contó que había aceptado un trabajo como chef en un crucero de lujo que la mantendría en el mar diez de los doce meses del año, y por lo tanto no podía seguir cuidando de ella.

Se incorporó en el asiento y se preparó para lo que seguro que serían inquietantes noticias.

—Tía Sit, no hace falta que digas nada más... Entiendo lo de tu nuevo trabajo...

Su tía tragó saliva antes de forzar una sonrisa y apartó la mano del volante para acariciar su mejilla de manera fugaz. La miró a los ojos, fiel reflejo de los suyos.

—Sé que ha sido repentino.

—No pasa nada, lo entiendo perfectamente. Ese crucero tiene mucha suerte de conseguir a una gran chef como tú.

—Gracias, peque. Me acordaré de ti cada mañana y me pierda tu ritual para comer tortitas.

—¡Oh!... Apuesto a que sí. —Rio recordando las expresiones de su tía cuando hacía su torre de tortitas pegadas con distintos tipos de siropes, cremas y salsas. La peor pesadilla de una gran chef.

Ambas rieron durante largos segundos hasta que tía Shirley se detuvo tosiendo y aclarándose la garganta.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó sorprendiéndola—. ... Por volver a ver a tu padre —le aclaró.

Tara bajó el rostro, ocultándolo con su melena larga. No podía negar que el reencuentro le producía una mezcla de ansiedad, temor, frustración y rabia. Pero no quería que se diese cuenta de todo eso. Necesitaba que se fuera tranquila y sin la pesada carga de la culpabilidad a sus espaldas. No se lo merecía. Y negó con la cabeza, consciente de que esperaba una respuesta.

—Estoy bien. Sé que será un poco raro. Después de trece años, es lo normal, ¿no? —Forzó otra sonrisa devolviéndole la mirada, al tiempo que se encogía de hombros—. Tampoco es que no haya sabido nada de él en este tiempo. Tengo las cartas que me enviaba por mi cumpleaños, las tarjetas de navidad y los mensajes de voz en el contestador que dejaba a mi madre para notificarle cambios en los ajustes de la manutención.

Su tía apretó los labios y se dio cuenta de que su discurso había sonado precipitado y cargado de cierto reproche. Lo que hizo que la respiración de la tía Sit se hiciese pesarosa.

—Todo va a ir bien. No tienes que preocuparte de nada. Ya no soy una niña —alegó infringiendo a sus palabras la seguridad y templanza que conseguirían que se tranquilizase.

—Lo sé. Eres una mujer. Una hermosa, inteligente y maravillosa mujer. Y estoy segura de que te irá perfectamente. Solo te pido que tengas paciencia.

Mudarse de San Francisco a Vermont puede ser chocante. Vas a tener que adaptarte a muchos cambios, más de lo que imaginas. Pero necesito que me creas cuando te digo que no estás sola. Puedes llamarme siempre que lo necesites. Solo me gustaría pedirte una cosa; mantén la mente abierta con respecto a tu padre.

Aquella petición la dejó perpleja y se giró en el asiento para ver mejor la expresión de su tía.

—Tú y yo no hemos hablado de él, tú madre no quería ni oír pronunciar su nombre, pero créeme cuando te digo que no todo es tan sencillo como has podido pensar hasta el momento. Conocer tu... lo que te pasa —terminó la frase sin pronunciar el nombre de la patología que sufría desde su nacimiento. En lugar de ello, apretó el volante y tomó aire para continuar—, fue un duro golpe para todos. Nos costó asimilarlo. Cada uno lo intentó a su manera.

—Pero él decidió marcharse. No quiso esa carga y ahora tiene que volver a responsabilizarse de mí.

No podía decir a su tía que, a sus casi veinte años, se sentía una pesada pelota que debían pasarse unos a otros. Como si fuese completamente inútil, como si no pudiese cuidar de ella misma. Tampoco había podido intentarlo. Aunque tenía planes para un futuro cercano.

El claxon estridente de un camión adelantándolas las asustó justo cuando parecía que su tía estaba a punto de protestar antes sus palabras.

Desechó la idea inmediatamente. «¿Por qué iba a defender a su ausente figura paterna?» Cuando tía Sit vociferó toda clase de impropiedades al camionero por la ventana, acompañando su perorata de un par de gestos obscenos, ambas irrumpieron a reír dejando a un lado el susto y la conversación. Después su tía subió el volumen de la música y se entregaron a su concierto particular, repasando la discografía al completo de Bruno Mars. No volvieron a sacar el tema lo que restó de viaje, algo que agradeció Tara infinitamente.

Pero dos horas más tarde, cuando entraron en Woodstock; el pequeño y pintoresco pueblo que debía recibirla como su nuevo, aunque esperaba que provisional hogar, su corazón se aceleró frenético en el pecho y el pulso le tembló hasta tener que sujetarse una mano con otra.

—Ya estamos llegando. Ha sido un largo viaje. Debes estar deseando descansar.

Tara asintió a pesar de que la tensión que sentía impediría que pudiese sentarse siquiera.

—He estado viendo la casa y la zona por Google y parece preciosa. Muy grande. Es un pueblo muy bonito, estoy segura de que no tardarás en hacer amigos e integrarte. Tu madre prefería que estudiases en casa, pero quizás tu padre sea diferente.

Tara no se había planteado cómo sería vivir con su progenitor, tan solo la falta de ganas que tenía de hacerlo. Y pensar en un nuevo abanico de

posibilidades hizo que se removiese en el sitio, inquieta.

—Y tengo que contarte una cosa... No sabía cómo abordar el tema, pero ya es inevitable —dijo girando en la calle y desviándose de la carretera principal para entrar en una zona de viviendas unifamiliares de madera, en diversos colores.

—¡Dios mío, tía Sit! Suéltalo todo ya. No soy de cristal —protestó crispada por los nervios.

—Tienes toda la razón. Debí prepararte mejor para este momento. Pero ya tenías mucho que asimilar con mi marcha. Y la verdad, me sentía culpable.

—Creí que ya habíamos quedado en que eso es una estupidez.

—Ya sabes que no soy la más lista de la familia... —dijo su tía poniendo una de sus caras graciosas. Pero esta vez no surtió efecto. Tara sabía que solo intentaba restar tensión a la conversación, cuando era evidente que tenía cosas importantes que revelar.

De repente detuvo el coche tras revisar la dirección en el GPS. Miró a la casa que quedaba a su derecha. Su tía señaló con la cabeza en dicha dirección. Allí, bailando en el porche, vio a una niña de unos ocho años y cabello castaño. Utilizaba la barandilla como si fuese una barra de ballet, completamente ajena a las miradas de ambas hasta que pareció intuir que la observaban, y se detuvo.

Con mirada entornada las escrutó durante un segundo, antes de meterse

en la casa con rapidez.

Su tía tomó aire antes de decir:

—¡Sorpresa! Tienes una hermana.

CAPÍTULO 2

Tara suspiró liberando el aire aprisionado en sus pulmones, tras la noticia.

—¿Así que volvió a casarse? —preguntó con gesto pétreo a su tía. Aún no sabía cómo sentirse al respecto.

Ambas habían bajado del coche y habían empezado a sacar su equipaje, consistente en dos maletas, una bolsa grande de tela, el maletín de su ordenador y una caja con sus cosas para pintar. Allí estaba toda su vida y sintió como si gran parte de ella se hubiese quedado en San Francisco.

—Se casó hace diez años.

—Olvidó darme ese dato en sus tarjetas de felicitación —apuntó colgándose la gran bolsa de tela al hombro.

Inmediatamente su tía se la quitó y la colocó ella en el suyo. Tara resopló y se preparó para protestar cuando tía Sit la tomó por los hombros con gesto angustiado.

—Lo sé. Yo lo descubrí cuando me puse en contacto con él tras la muerte de tu madre. Me pidió que no te lo contara, quería hacerlo él mismo. Ahora me doy cuenta de que quizás no fuese una buena idea.

No pudo contestar, la puerta de la casa se abrió y de ella salieron el que parecía su padre y una mujer rubia de cabello corto, que abrazaba a la niña.

Tara cruzó la mirada con la de Graham Liberman, intentando reconocer en él al hombre que la había abandonado con tan solo seis años. La profundidad de su mirada castaña, el porte aristocrático y el cabello ondulado, eran muy similares a los que gravó en su día su retina infantil. Sintió un peso instalarse en su pecho. Y el temblor volvió a sus manos.

—Entraré contigo —dijo su tía a su lado—, o podemos darnos la vuelta y marcharnos ahora mismo— se apresuró a decir, echándose atrás.

Tara sabía lo mucho que significaba para ella el trabajo como chef en el crucero. De ninguna de las maneras iba a consentir que su tía sacrificase su sueño por ella. Más cuando no pensaba quedarse demasiado tiempo en aquella casa.

—¡Nooo! Quiero quedarme —mintió—. Has dicho que tengo que tener la mente abierta y ahora, ¿quieres que huyamos? No te pareces a mi tía Sit —dijo con la mejor de sus sonrisas.

Las lágrimas comenzaron a inundar las pecosas mejillas de su tía y un nudo se instaló en su vientre. Con su marcha perdía el último lazo que tenía con su madre. La abrazó antes de echarse a llorar ella también.

—Prométeme que serás valiente, que dejarás que la vida te sorprenda, y llenarás cada día de nuevas e inolvidables experiencias. El mundo es grande, pero tú lo eres más.

Oyó las palabras en su oído, pero también las sintió acariciarle el

corazón como una promesa, como si por primera vez hubiese una posibilidad de que se materializasen.

—Claro —afirmó separándose de ella al sentir que ya no estaban solas.

—Hola, Tara —la saludó su padre.

Sus labios se negaron a pronunciar algún sonido.

—Hola, Graham —contestó su tía viendo que ella no estaba dispuesta a hacerlo.

—Shirley, muchas gracias por haberla traído. Podía haber ido yo a por ella —aseguró su padre en un tono tan neutro y frío que le crispó los nervios.

—Ha sido un placer. Nunca habíamos hecho un viaje tía-sobrino y ha sido una gran experiencia —añadió su tía posando una mano sobre su hombro.

El contacto le supo a despedida y apartó la mirada.

—Tía Sit, ¿te importa si entro yo sola y nos despedimos aquí? —le preguntó con un nudo en la garganta.

Shirley la miró confusa. Había esperado entrar con ella y no solo conocer a la nueva mujer e hija de Graham, sino la casa en la que iba a vivir su sobrina, la única familia que le quedaba. La vio con las mejillas, habitualmente como el nácar, arreboladas. Los labios prietos, conteniendo una mueca y posiblemente el llanto. Y adivinó que lo último que quería Tara era llorar ante su padre.

Respiró con profundidad antes de entregar a Graham la gran bolsa de tela que se había colgado al hombro, dándole el relevo. Volvió abrazar a su sobrina, cerrando los ojos y aspirando el maravilloso olor a vainilla y coco de su cabello.

—Te quiero, peque. No lo olvides jamás. Y si me necesitas, solo tienes que llamarme. Cogeré un bote y remaré cruzando el Atlántico si hace falta, para volver a por ti. ¿Me oyes?

La imagen hizo que Tara sonriera y sus ojos color violeta, idénticos a los suyos, resplandecieran como a ella le gustaba admirar desde que era un bebé.

—No debes preocuparte, te aseguro que cuidaré bien de ella —oyó Tara que aseguraba su padre, a su espalda.

Se separó de su tía y sonrió.

—Ve tranquila. Llámame cuando embarques, y no olvides tu promesa de enviarme una postal en cada puerto.

—No lo olvidaré —aseguró su tía dirigiéndose a la puerta del coche.

La saludó una última vez con la mano, enlazando la mirada con la suya, antes de entrar y arrancar el motor.

Cuando Tara la vio salir de la calle, se giró para enfrentarse con su padre que ya se había hecho cargo de las dos maletas y la gran bolsa. Tomó la caja y el maletín del suelo. Y en silencio lo siguió a la casa, con un nudo en el

estómago, difícil de describir.

—¡Hola! Soy Robin —se apresuró a presentarse la mujer de cabello dorado y corto, estilo Bob, que la esperaba en el porche. Su enorme, aunque expectante sonrisa, le decía que estaba tan nerviosa como ella. Hizo ademán de acercarse para darle dos besos, pero Tara dio un paso atrás.

—Perdona, voy cargada con la caja —se excusó.

—¡Oh, claro! Por supuesto. ¡Qué torpeza la mía! —se disculpó—. ¡Vaya! Eres preciosa. Graham, no me habías dicho que fuese tan encantadora.

Antes de que su padre pudiese contestar, lo hizo ella misma.

—No se lo tomes a mal, en realidad no podía contarte mucho. No sabe nada sobre mí.

La tensión en el recibidor de la casa se pudo cortar con un cuchillo, hasta que tomó la palabra la niña, que no dejaba de analizarla con mirada entornada.

—Yo soy Apple, y tampoco voy a darte dos besos. No nos conocemos.

—Me parece bien, Apple —respondió decidiendo que, de los tres, aquella pequeñaja era la que mejor le caía con diferencia —. Y hechas las presentaciones, ¿podrías decirme dónde voy a dormir, para poder dejar mis cosas? Esta caja pesa un poco.

—Por supuesto —dijo su padre pasando junto a ella y dirigiéndose a las

escaleras.

Lo siguió mientras observaba las paredes color crema, decoradas con retratos de los tres miembros de esa casa. Había muchas fotos de Apple vestida de bailarina. Y de Robin y su padre jugando con ella, o abrazándola y besándola. Apartó la mirada. Su madre también había llenado la casa que habían compartido de fotos de ambas. Algunas de ellas las llevaba en las maletas que ahora portaba su padre.

En la planta superior Tara vio que había varias puertas, no tuvo que preguntar a dónde dirigían porque su padre comenzó a explicarle la distribución de la casa.

—Aquella puerta del fondo es la de nuestro dormitorio. Frente a ella está el baño de esta planta. Eso es un armario que usamos como ropero para los abrigos y demás cosas que no quieras tener en tu cuarto. Esta puerta es la de Apple, aunque es una obviedad.

A Tara le pareció ver algo parecido a una sonrisa en los labios de su padre al señalar la puerta de la niña, decorada con la figura de una bailarina, rosa, llena de purpurina.

—Y esta es la tuya —añadió acercándose a la contigua y abriéndola. Se hizo a un lado y la dejó pasar.

Tara entró en el que iba a ser su dormitorio. Este era al menos el doble de amplio del que había tenido en el apartamento que había sido su hogar, en

San Francisco. No se había hecho ninguna idea preconcebida de cómo podría ser el lugar en el que la alojase su padre, pero le agradó lo que vio. El techo era alto, las paredes color crema y las molduras de las grandes ventanas y la puerta, blancas como la nieve. En el centro de la habitación había una gran cama con un dosel de vaporosa y fina tela blanca. Se acercó y la acarició tras dejar la caja y el maletín sobre una silla de madera blanca, al igual que el resto de los muebles.

—¿Te importa si quito esto? —preguntó deslizando los dedos por la tela del dosel—. Es muy de princesa.

—Haz lo que quieras, es tu cuarto. Robin lo acondicionó en colores neutros para que pudieras personalizarlo a tu gusto. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que decirlo.

—Claro —se limitó a decir ella. Sin poder evitar pensar que, durante los últimos trece años no había sido así.

Giró sobre sí misma para ver las puertas dobles de lo que parecía ser su armario, y una puerta más.

—Es tu baño —le aclaró su padre, leyéndole la mente.

—Creí que habías dicho que el baño estaba en el pasillo.

—Sí, ese un baño general. Pero tanto el dormitorio principal, como este, tienen su baño propio. Creímos que sería mejor para ti. Está un poco adaptado...

—No me digas más, pegatinas antideslizantes en la bañera, agarraderas en las paredes. Esquinas acolchadas...

—Tu tía me comentó las medidas de precaución que tenía tu madre en vuestra casa —apuntó su padre y su tono pareció cargado de cierta disculpa.

—Ya imagino. Pero no debes preocuparte. No soy una niña.

—Lo sé. Y quiero que sepas que las cosas aquí van a ser un poco diferentes. Tu madre te sobreprotegía demasiado...

—No te atrevas a hablar de mi madre —espetó bruscamente dejando que asomara el rencor a sus palabras—. Fue una madre maravillosa que siempre estuvo conmigo, se preocupó por mí y lo hizo lo mejor que pudo, teniendo en cuenta que estaba sola.

Su padre resopló y enderezó la postura introduciendo las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Lo sé. No he debido hablar de ella. Solo quería que supieras que no pretendo que estés encerrada todo el día en casa. Eres libre de salir y hacer cuanto quieras... Sin necesidad de ir acompañada.

Aquella última frase hizo que el corazón de Tara latiera de forma diferente. Con una carencia estúpidamente excitante, que no dejó que se reflejase en su rostro.

—Solo te pido que estés localizable en el móvil, y que si en algún momento te ves en una situación de peligro, no dudes en llamarnos a mí o a

Robin.

—Es lógico —concedió.

Su padre asintió con solemnidad.

—Perfecto. Imagino que ahora querrás deshacer las maletas y descansar un poco. Te dejo sola. Tendremos tiempo de hablar sobre tus estudios, opciones de centros y demás cosas que quieras hacer. Aunque de momento, imagino que querrás disfrutar del verano.

Tara asintió, aunque en realidad no sabía muy bien a qué se refería su padre. La diferencia para ella entre el verano y el invierno era que en verano había salido con su madre al parque y comer helado, y en invierno al cine y comer gofres.

—Bien. Te avisaré para la comida, entonces.

Graham ya estaba junto a la puerta cuando se giro para decirle, tras aclararse la garganta:

—Probablemente no me creerás, pero me alegro mucho de que estés aquí.

La puerta se cerró y ella se dejó caer sobre el mullido colchón de su nueva cama esperando que no solo la engullera a ella, sino a las miles de emociones confusas que la poseían y que comenzaban a desbordarse por sus mejillas. Libres al fin.

CAPITULO 3

—Graham, han pasado tres días. Tenemos que hacer algo.

Robin se colocó frente a él, al otro lado de la isla de la cocina, intentando que su marido dejase su periódico y le prestase atención.

—No imagino qué crees que puedo hacer. Es adulta. Si quiere pasarse el día dentro de su cuarto, que lo haga. ¿O pretendes que la saque a la fuerza?

—Por supuesto que no. Con todo por lo que ha tenido que pasar, ya me parece un logro que se siente con nosotros a la mesa.

Graham apretó las mandíbulas y para evitar responder al tono velado de reproche de su esposa, decidió dar un nuevo sorbo a su café.

—Mira, no te responsabilizo. Ya me explicaste lo que pasó entre su madre y tú. Y jamás se me ocurriría juzgar tu decisión, pero ahora ella está aquí, y no podemos obviar que no es una situación normal. Ni siquiera tenemos un plan. ¿Cómo vamos a sobrellevar su problema?

Graham resopló dejando finalmente la taza sobre su platillo de porcelana.

—¿Qué pretendes decirme, querida?

Robin colocó una mano sobre la de su marido. No podía ocultar su preocupación, pero no quería que él la malinterpretara. Tener a Tara allí, en casa, era una gran responsabilidad. No era su hija, pero sí la hija de su

marido, y estaba dispuesta a hacer que la convivencia funcionase. La historia de Tara era dura y difícil, y no merecía menos. Pero se sentía sin herramientas para afrontar la revolución que suponía convivir con una persona con su patología, y que además tenía motivos de sobra para no querer estar allí con ellos.

—Quiero que hablemos con ella. Quiero que sepa que nos tiene para lo que necesite, que no está sola, que no tiene que sufrir en silencio. Yo podría ser...

—¿Qué podrías ser, Robin? Sé que tienes que controlarlo todo... Pero, ¿pretendes sustituir a su madre en solo unos días?

Las palabras de Graham fueron como recibir una pedrada y Robin abrió los ojos de forma desorbitada, mostrando su dolor.

—¡No! Por supuesto que no. ¡Jamás se me ocurriría algo semejante! — dijo igualando su tono al de Graham.

Miró a la puerta de la cocina y vio a Apple allí, observándolos. Posiblemente era la primera vez que los veía discutir, no porque no lo hubiesen hecho antes, sino porque siempre habían sido más precavidos a la hora de exhibir sus desavenencias.

—¡Apple! —la llamó extendiendo la mano, pero su hija salió corriendo.

—Perfecto —bufó Graham observando el hueco vacío de la puerta.

—No puedes culparme. No me gusta que nos vea discutir, pero tal vez sea hora de que sepa que sus padres son humanos, que tienen sentimientos y que a veces riñen para poder arreglar las cosas.

—No me gusta discutir.

—No, no te gusta enfrentar los problemas. Pero estos no van a desaparecer por no mirarlos a la cara. No es el momento de esconderse bajo la alfombra.

—¿Me estás llamando cobarde? —preguntó apenas conteniendo la furia.

—Estoy intentando decirte que tu hija mayor necesita un padre. He leído sobre su patología, me he informado en foros, páginas web, y hecho consultas con algunos especialistas. La analgesia congénita^{*1} es peligrosa. Que Tara esté aquí cambiará nuestras vidas, nuestra forma de hacer las cosas. Necesitamos un plan de contingencia, tenemos que saber cómo enfrentarnos a los distintos problemas que le puedan surgir. Y sobre todo, tiene que saber que la apoyamos, que no está sola.

Graham empezó a sentir que las paredes de la cocina se le echaban encima y el aire se volvía espeso en sus pulmones. Recordó las cientos, miles de discusiones que tuvo con la madre de Tara, siendo esta una niña. No quería pasar por lo mismo otra vez. Se aflojó el nudo de la corbata ligeramente y apoyó ambas manos en la encimera.

—Sé todo lo que hay que saber sobre la enfermedad de mi hija.

—No es en sí una enfermedad, querido. Y no hablar sobre ella no va a hacer que desaparezca.

—Tampoco hacer que se convierta en nuestro único tema de conversación. Te puedo asegurar que ningún plan te prepara para esto. Nada de lo que hayas leído va a prevenirte para el primer momento en el que se haga una realidad. La teoría es una cosa, pero saber que no tienes forma de proteger a tu propia hija, que la puedes perder en cualquier momento, de la forma más tonta...

Graham sacudió la cabeza desechando los recuerdos que lo atormentaban, y volvió a adquirir su habitual gesto pétreo.

Robin se cruzó de brazos al ver que su marido no continuaba.

—Aquí solo hay una cosa clara; Tara no es una niña. Ya es una mujer, tiene poder de decisión sobre su vida y no quiero que siga en una burbuja. Pero debe ser ella la que decida cuando salir —terminó por declarar él volviendo a colocarse la corbata.

—¿Y no crees que le será más fácil tomar la decisión de hacerlo si sabe que estás aquí para apoyarla?

—¿Aun no te has dado cuenta de que no quiere un padre? Estos tres días de silencio han sido una declaración de intenciones, más que contundente.

—Que seas su padre o no, no es elección suya. Es lo que eres, y punto.

Robin rodeó la isla, fue hacia su marido, y colocando una mano sobre su pecho, le susurró frente a los labios.

—Eres un gran padre. Lo he visto cada día con Apple. Tara también lo verá, si la dejas. No puede entender lo que sucedió en el pasado si no se lo explicas. Imponle tu amor, Graham. Es tu hija, y está sufriendo de una forma que no llego a imaginar.

—Tengo que marcharme, llego tarde al trabajo.

Robin suspiró y lo besó con suavidad en los labios, aceptando.

—Está bien. Solo prométeme que lo pensarás.

Graham la tomó de la barbilla y depositó otro beso sobre los labios de su mujer.

—Lo prometo —dijo antes de tomar su maletín de la encimera y salir por la cocina.

Tara se levantó del escalón rápidamente. Había querido bajar a desayunar cuando escuchó las voces de Robin y su padre. No tardó en darse cuenta de que ella era el centro de la conversación, por lo que se detuvo en seco. Desde las escaleras había escuchado cada palabra. Había sido como hacer una regresión en el tiempo. De repente se vio a si misma sentada en el suelo del pasillo de su antigua casa, con el pijama, y abrazada a sus rodillas,

escuchaba las peleas de sus padres tras la puerta del salón. Pero en aquellas discusiones ambos gritaban. No recordaba las palabras, solo la tensión, el aire irrespirable, los llantos de su madre, los portazos de su padre cuando se marchaba a despejarse.

Entró en su cuarto y se sentó a los pies de la cama. Cerró los ojos y quiso tener el poder de desaparecer, de una vez por todas. Solo quería volatilizarse.

Su padre acababa de marcharse a trabajar tras un fin de semana, más que largo, eterno. Lo hacía como director editorial del periódico local. Y solo de pensar en pasar otro día bajo la atenta mirada de su recién estrenada hermana y de Robin, se volvía loca. Su padre le había dicho el primer día que no era una prisionera y que podía salir cuando quisiese, pero algo le decía que, de hacerlo, Robin insistiría en acompañarla. ¿Y de qué podía hablar con la mujer que, sin pretenderlo, se había llevado todas las atenciones que había merecido su madre? No, no se sentía preparada para hablar con ella, ni con la niña que la miraba con una mezcla de curiosidad y precaución.

Pero una cosa si tenía clara; necesitaba aire.

Se asomó por la ventana, con angustia. Miró a un lado y a otro y vio que junto a esta había una reja blanca sobre la que crecía una frondosa enredadera. Podía usarla como escalera para bajar. Estaba en un segundo piso, no demasiado alto, aunque una mala caída desde allí... Y tratándose de

ella...

Volvió al interior y presionándose las manos, caminó por la habitación movida por la excitante posibilidad de hacer la primera locura de su vida. Minutos más tarde, volvió a la ventana para comprobar una vez más la resistencia de la reja.

—¡Hola! ¿Estás pensando en bajar por ahí, o quieres tirarte?

El susto fue mayúsculo al escuchar la voz que se dirigía a ella y la había pillado infraganti.

Tara pegó un respingo y miró hacia abajo para encontrarse con una chica que la miraba sonriente. Tenía el cabello muy corto y alocado, los ojos enormes y castaños, y una sonrisa impactante, que ocupaba gran parte de su menudo rostro de duende travieso.

—Ho... hola —la saludó sin saber muy bien qué decir.

—Si vas a bajar, te recomiendo mejor una escalera. Mi primo Arti intentó lo mismo el año pasado y se quedó colgando de una pierna. Tuvieron que ir los bomberos a rescatar al muy zoquete. Por el guantazo que le dio mi tío después, más le habría valido tirarse.

Tara parpadeó un par de veces, sorprendida con la declaración.

—Lo de la escalera no estaría mal, pero no tengo ninguna. Tendré que arriesgarme con la reja —dijo con una mueca que dejaba claro que no se sentía muy segura con esa opción.

—¿Y para qué están las vecinas? No te muevas, que te traigo una.

Tara la vio marcharse corriendo hasta la casa de al lado, tomar una gran escalera de aluminio, apoyada en un árbol y volver con ella a cuestas.

—La usamos para podar, subir al tejado y esas cosas. Seguro que mi padre no la echa en falta —explicó la chica colocándola junto a la ventana para que pudiese bajar por ella—. No te preocupes, yo la sujeto.

Tara miró la escalera, luego a la chica sonriente y después al interior de su cuarto, ya más parecido a una prisión. En cualquier momento Robin aparecería con cualquier excusa para entablar conversación.

—Está bien, dame un minuto —le dijo, y volvió a entrar en la habitación.

Llevaba un pantalón corto azul marino, una camiseta roja de tirantes anchos y sus calcetines a rayas rojas y blancas. Se calzó las Converse azules y se puso una americana fina y azul sobre la camiseta. No le gustaba mostrar los brazos. Se recogió el cabello largo en un moño informal, con una goma del pelo y tomó el móvil y la cartera introduciéndolos en los bolsillos de su pantalón. Un último vistazo al espejo le confirmó que no estaba mal para su primera salida en solitario, al mundo.

—Ya estoy. Sujétala fuerte —pidió a la chica de deslumbrante sonrisa.

—Tranquila, ya lo he hecho muchas veces.

—¿Ayudas a chicas a escapar de sus casas? —preguntó comenzando a

bajar por la escalera.

Los primeros pasos fueron vacilantes y temblorosos, pero entonces comprobó que tal y como le había asegurado su vecina, sujetaba con fuerza la escalera. Después continuó con más seguridad.

—¿Es lo que estoy haciendo? ¿Ayudar a una fugitiva? —preguntó la chica a falta de un par de peldaños para llegar al suelo.

—Puede —respondió con una sonrisa que igualaba a la suya, al sentir sus pies tocar el suelo. Miró hacia arriba y de nuevo a la chica y su corazón se hinchó con orgullo. Jamás había cometido una locura como aquella y el subidón de adrenalina la hizo sentir invencible.

—Lo has conseguido. ¡Enhorabuena! Soy Zora, tu vecina y facilitadora de fugas —le dijo la chica ofreciéndole la mano.

—Yo soy Tara, tu nueva vecina y escapista en prácticas —se presentó devolviéndole el gesto y fundiendo la mano con la suya en un fuerte apretón.

—Pues ha sido un placer ayudarte.

—Gracias, no lo habría conseguido sin ti —aseguró aún con el corazón a mil.

—Y ahora, ¿tienes algún plan para disfrutar de tu libertad?

Tara dudó mordiéndose ligeramente el labio inferior y terminó por encogerse de hombros.

—¿Quién se fuga sin un plan? —Los ojos de Zora la recorrieron con

incredulidad.

—Ya te lo he dicho, estoy en prácticas —se defendió.

—Está bien, novata. Yo me dirigía al trabajo. Soy encargada en la papelería- ferretería del pueblo. Como eres nueva aquí, si me acompañas damos un rodeo y te enseño dónde has aterrizado.

—Me parece un buen plan —decidió inmediatamente, exultante tras su gran victoria con la escalera.

Miró la casa, ya a su espalda, escuchando las palabras de su tía resurgir en su cabeza; «Prométeme que serás valiente, que dejarás que la vida te sorprenda y que llenarás cada día de nuevas e inolvidables experiencias. El mundo es grande, pero tú lo eres más.»

CAPÍTULO 4

—Así que la hija de Graham Liberman... ¿Y cómo es? —le preguntó Zora tras explicarle la distribución básica del pueblo.

Tara que no dejaba de mirar a un lado y a otro absorta en cada detalle, se vio sorprendida por la pregunta y se fijo en la mirada emocionada de su nueva amiga.

—¿Cómo es él o ser su hija? —preguntó sintiéndose un poco incómoda.

—Cualquiera de las dos. Es emocionante. No sucede muchas veces que un gran escritor como él, se mude a un pueblecito como este para hacerse cargo del periódico local.

—Pero ya lleva algunos años viviendo aquí, y es tu vecino...

—Sí, diez años. Pero sigue siendo un verdadero misterio. No socializa demasiado, ¿sabes? La señora Liberman sin embargo está en todos los consejos y asociaciones del pueblo. Siempre volcada en causas sociales, pero tu padre solo hace acto de presencia en contadas ocasiones y no es muy hablador. No sabíamos de tu existencia hasta hace unos días cuando tu madrastra...

—Por favor, no la llames así. Robin está bien.

—Perdona, Robin, dijo a su grupo de lectura que en unos días llegaría

la hija de Graham al pueblo. Fue toda una sorpresa, durante un tiempo seguro que te conviertes en el centro de atención.

—Vaya... me están dando ganas de regresar y volver a esconderme en mi cuarto —dijo aferrándose a los puños de su americana. No contaba con llamar la atención. Solo quería dar una vuelta por aquel pueblecito encantador y a lo mejor comprar algunos materiales de dibujo que necesitaba para su nuevo proyecto.

—No te preocupes, todo el mundo es muy amable aquí. Estoy segura de que te va a gustar —aseguró Zora tomándola del brazo y riendo.

Parecía una chica muy agradable y habladora. Llevaban caminando unos veinte minutos y no había dejado de hacerlo en todo aquel tiempo. No le molestaba. Ella, al igual que su padre, tampoco era muy dada a grandes conversaciones. Aunque le gustaba escuchar y observar a la gente. Le parecía fascinante.

—Y entonces, dime, ¿qué haces aquí? Yo no sé si cambiaría una vida en San Francisco por este pueblecito.

—No tuve muchas opciones. Mi madre murió hace unos meses. Vivía con mi tía, pero ella es chef y se ha ido a trabajar a un crucero.

—¡Oh, vaya! Lo siento mucho. Soy una bocazas, mi padre me lo dice constantemente. No me callo ni debajo del agua.

—No importa. No es un secreto —dijo evitando mirarla a los ojos. No

quería ver compasión en ellos.

—Debes echarla mucho de menos. Yo lo hago con la mía, y eso que no la recuerdo. Murió cuando yo tenía un año. Tenía problemas del corazón.

Tara, sorprendida, la miró a los ojos buscando el dolor que ella veía reflejado en los suyos cada mañana, pero solo encontró aceptación y comprensión. Inmediatamente decidió que Zora era especial y se alegró de que fuera la primera persona en conocer en aquel pueblo.

—Siento mucho lo de tu madre. Y sí, echo mucho de menos a la mía, cada día, cada hora. Mi madre era mi mejor amiga. Estábamos muy unidas. Mis padres se separaron cuando yo tenía seis años y siempre fuimos nosotras contra el mundo.

—Te entiendo. Yo tengo la misma relación con mi padre. Aunque ahora se ha echado novia en White River y pasa mucho tiempo fuera, porque va a verla.

—¿Y cómo llevas eso?

—Bien, Susie es una buena mujer. Mi padre merece ser feliz. Además, así yo también tengo más tiempo para quedar con Percy. Es mi novio. —La declaración de Zora vino acompañada de un suspiro soñador—. Lo siento, es el tipo más guapo e increíblemente sexi de Woodstock, tendrás que conformarte con alguno de los normalitos.

Tara rio ante su declaración.

—No tengo ningún interés en chicos.

—¡Oh! ¡Vaya! Perdona, di por sentado... Es que eres tan guapa... Pero si te van las chicas no tengo ningún problema, de verdad. Este es un pueblo pequeño y no se conocen muchos casos... Ya sabes que a la gente le gusta guardar las apariencias, pero estamos seguros de que Austin, el encargado de la biblioteca es un poco...

—¡Zora! ¡No soy gay!

—¿No lo eres? —preguntó entrecerrando los ojos.

—¡No!

—Entonces, ¿por qué dices que no te interesan los chicos? —preguntó volviendo a cogerla del brazo, como dos alcahuetas.

Tara lo pensó un segundo, no podía decirle que jamás había tenido novio, ni siquiera había sido besada. A sus casi veinte años, eso generaría muchas más preguntas que no estaba preparada para contestar.

—Es que acabo de terminar con una relación un poco... difícil —mintió, sintiéndose culpable.

Zora parecía una gran chica y había sido muy amable con ella, pero le aterraba que supiesen el tipo de vida que había llevado, y sobre todo, el porqué. Cuando las personas descubrían su patología la miraban o con miedo o con fascinación. Y no sabía cuál de las dos le molestaba más.

—Lo entiendo. Era un capullo. Sé lo que es. Durante unos meses estuve

saliendo con Matt Edwards. Ya sabes, el típico quarterback buenorro, completamente vacío por dentro.

Tara asintió, aunque no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Y es el problema de vivir en un pueblo pequeño, aquí nos conocemos todos. Hemos crecido y estudiado juntos. Con una población de tres mil quinientas personas terminas saliendo con los tipos con los que has crecido. Y después de romper no tienes donde esconderte, te lo encuentras por todas partes. Pero tú tienes suerte, no tienes que volver a ver a ese tipo. Seguro que en cuanto veas a alguno de los chicos de la zona, se te pasan las penas de amores.

—No sé yo... has dicho que tengo que conformarme con uno de los normalitos...

Ambas se echaron a reír.

—¡Zora Denise Stirling! ¿Qué te has hecho en el pelo? ¿Y quién es esta? —La voz de la chica que increpaba a Zora, hizo que se girasen para encontrarse con dos chicas más o menos de su edad, que las miraban a ambas de arriba abajo mientras se reían sin ningún pudor del corte de pelo de su amiga.

—Es la última moda, Verónica. Pero entiendo que te sorprenda. Alguien como tú, más preocupada en parecerse a una Barbie que en tener su propia personalidad, no espero que lo aprecie.

Tara se mordió los labios para contener la risa. Zora era descarada y de lengua rápida, y eso le encantó. Pues no se dejó amedrentar cuando la intención de las recién llegadas era claramente meterse con ella. No sabía cómo tenía el cabello antes, su recién estrenada amiga, pero le encantaba como le quedaba el actual a sus facciones traviesas y juguetonas.

Zora no dio tiempo a contestar a la tal Verónica y, mientras esta asimilaba las palabras, tomó por el brazo a Tara y la introdujo en la tienda.

—¿No dijiste que todo el mundo era simpático en este pueblo? —le preguntó en un susurro al entrar en la ferretería-papelería.

—Esas no son una buena representación de nuestras gentes. ¿Sabes esas películas sobre adolescentes en las que un grupo de chicas, vacías e insulsas, se meten con las buenas solo por envidia?

Mucho mundo Tara no tenía, pero películas había visto miles, por lo que asintió.

—Bien, nosotras somos las buenas. Y ellas, las chicas malas. Cuanto más lejos las tengas, menos se verá mermado tu coeficiente intelectual.

Tara sonrió.

—Entendido. —Asintió con la cabeza y empezó a recorrer con la mirada el establecimiento. Zora ya había entrado tras el mostrador y se estaba colocando un delantal negro con el logotipo del local.

—Las pinturas que me has dicho que buscabas están en las estanterías

del fondo. Allí está todo lo de papelería, pero si no encuentras lo que buscas, me lo anotas en esta libreta y te lo traigo en un par de días —le dijo Zora indicándole la dirección que debía tomar.

—Genial, gracias. Voy a dar una vuelta —indicó antes de adentrarse por los pasillos en busca de sus materiales.

El local era grande, mucho más de lo que había esperado Tara, acostumbrada a la pequeña papelería del barrio en la que siempre había comprado sus materiales. Estudiaba arte, a distancia. Aunque esperaba que eso cambiase el siguiente otoño. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su tía Sit, pero su sueño había sido siempre estudiar en Nueva York, en el *Sarah Lawrence College*. Y tras morir su madre, se atrevió a enviar una solicitud para entrar, con una muestra de sus trabajos. Hacía dos meses que había recibido una carta de aceptación, que guardaba celosamente entre sus cosas más privadas. Iba a contárselo a su tía cuando ella le dijo que había aceptado un puesto de trabajo para un crucero y entonces no supo cómo hacerlo. Si le hubiese contado sus planes sabía que habría rechazado el puesto, para acompañarla a Nueva York, y eso era algo que no podía dejar que pasara.

Imbuida en sus pensamientos y en la posibilidad de estar el siguiente otoño viviendo sola, recorrió los pasillos haciendo acopio de pinceles nuevos, pinturas, un par de lienzos pequeños, un cuaderno y una guirnalda de luces LED para decorar el dosel de su cuarto al que ya había desprovisto de la tela.

Cuando llegó a la caja, llevaba los brazos llenos. Un hombre joven, a su lado, le dejó espacio para que dejara las cosas sobre el mostrador y ella se giró a mirarlo para agradecersele. La sonrisa quedó congelada en sus labios cuando sus ojos violetas se cruzaron con los azules de él. No supo de qué forma sintió que su corazón se saltaba un latido, y desvió la mirada rápidamente.

—Vaya, parece que has encontrado mucho más de lo que buscabas —le dijo Zora y su comentario la hizo sentir azorada. «¿Se había dado cuenta de la forma descarada en la que había mirado al hombre?» —. ¿Quieres que te lo mande llevar a casa? ¿O yo misma puedo acercártelo cuando salga?

—¡Oh! No es necesario. Puedo llevarlo yo sola perfectamente —se apresuró a decir.

Aun podía sentir la mirada del hombre clavada en ella y se estaba poniendo nerviosa. Sacó la cartera del bolsillo del pantalón y la tarjeta para pagar la compra. Se la entregó a Zora y contó mentalmente cada segundo que tardó esta en cobrarle, haciendo todo lo posible por no girarse a devolverle la mirada al tipo. Estaba muy cerca y sus brazos se tocaron, aunque él era mucho más alto que ella.

—Aquí está tu ticket. Te he apuntado mi número también para lo que puedas necesitar; una guía, la escalera para otro plan de escape... —le dijo Zora.

Tara ya estaba a punto del colapso nervioso.

—Gracias, te haré una llamada perdida para que tengas el mío también —respondió tomando con rapidez el ticket y las bolsas—. Nos vemos —se despidió de Zora y conteniendo el aire salió del establecimiento, chocando con “las chicas malas”, que entraban en ese momento.

No se detuvo. Se disculpó en un susurro y comenzó a caminar con rapidez, preguntándose qué demonios le había pasado.

CAPÍTULO 5

—¡Mierda! Se ha dejado la cartera con las prisas —dijo Zora al darse cuenta de que el pequeño monedero de tela de Tara estaba sobre el mostrador de madera—. Tendré que llevársela a casa cuando termine mi turno —señaló mirando su teléfono y comprobando que, tal y como esperaba, aún no le había hecho la llamada perdida. Por lo que no tenía su número y no podía avisarla. Y a la velocidad que había salido corriendo dudaba que fuese a pillarla—. Espero que no la necesite antes —dijo para sí misma.

—¿Quieres que se la de yo?

La pregunta sorprendió a Zora y elevó la mirada para mirar a Shawn, el mejor amigo de su novio, que la observaba con expresión indescifrable. Sacudió la cartera en su mano, sopesando si darle algo tan privado. Si bien, sabía con certeza que Shawn era un tío decente. Además del segundo hombre más guapo de ese pueblo, después de su novio, por supuesto.

—¿Harías eso por mí? —preguntó ella encogiendo la mirada.

—¡Vaya pregunta! Somos amigos desde hace años. Y tú lo has dicho, esa chica...

—Tara, se llama Tara —lo interrumpió.

—Tara... —repitió él su nombre con lentitud y Zora creyó que incluso se paladeó al hacerlo —. Puede que la necesite. Si me la das, yo puedo

acercársela. No tengo nada mejor que hacer ahora mismo.

Zora lo miró de arriba abajo advirtiéndole su impaciencia. Finalmente sonrió. Esa cara de ángel endiablado podía ser lo que Tara necesitase para olvidar al capullo que le había hecho daño en San Francisco.

—Está bien. Porque eres tú —le dijo entregándosela.

—¡Cuánto honor! —se burló él dejando ver su sonrisa embaucadora.

—Anda corre, imagino que habrá tomado el mismo camino que hemos usado para venir; por el parque. Pero si no la pillas a tiempo, es mi vecina, la hija de Graham Liberman.

La información pareció despertar el interés de “las malvadas”. Sobre todo cuando Shawn pasó junto a ellas a toda velocidad, sin reparar en su presencia, con el único objetivo de devolver la cartera a Tara. Las bocas torcidas y gestos compungidos por no haber conseguido llamar la atención del solicitado Shawn Lockwood, fue toda la recompensa que Zora necesitó para saber que había hecho lo correcto. Y con una enorme y satisfecha sonrisa, siguió atendiendo al resto de sus clientes.

Quince minutos más tarde Tara aún no había conseguido que su corazón volviese a su ritmo habitual, cuando sintió que alguien la seguía. Se giró mientras apretaba el paso y entonces vio al hombre de la ferretería correr hacia ella. Volvió la vista rápidamente, preguntándose por qué la estaría

persiguiendo. «¿Y si era algún tipo de psicópata?»

—¡Eh...! Espera —le gritó él a la espalda. Su larga zancada lo situó, en unos segundos, a pocos metros de ella.

El corazón de Tara parecía a punto de estallarle en el pecho. Nunca lo había sentido latir con tanta fuerza, retumbando en su caja torácica. Sabiendo que no conseguiría escapar de él, se detuvo a enfrentarlo.

—¡No me sigas! No sé qué quieres, pero tengo un spray anti violadores y sé utilizarlo —dijo sin saber el porqué. Pues aunque era verdad que poseía uno, regalo de su tía, no lo llevaba encima.

La sonrisa perezosa que se paseó por los labios del hombre la dejó sin aliento.

—Así que la chica nueva es un genio que sabe apretar un botón. Es todo un talento, te felicito.

Tara cerró la boca de golpe y entornó la mirada.

—¿Por qué me sigues? Sea lo que sea, lo que vengas a buscar, no estoy interesada —dijo con gesto digno dándose la vuelta. Tenía que dejar de mirarlo, pues su sola presencia hacía que su cuerpo reaccionase de forma extraña, para ella. Nunca antes se había sentido abrumada por una mirada, por muy azul que esta fuese.

—No seas tan creída. Tienes unas piernas preciosas, pero eso no te convierte en Miss Universo, ¿sabes? Apuesto a que estás demasiado

acostumbrada a que te vayan los tíos detrás.

—Y yo apuesto a que ese rollo pasivo-agresivo te va de lujo con las tontas de este pueblo, pero conmigo no tienes nada que hacer.

—La verdad es que no me puedo quejar. Pero... si hubiese querido llamar tu atención, señorita creída, tengo mejores formas de hacerlo.

Para entonces él ya estaba a su altura y, para estupor de Tara, la recorría de arriba abajo mientras se frotaba la barba incipiente que encuadraba su perfecta mandíbula. Ella hizo lo mismo apretando los labios, sin bajar la intensidad de su paso. El tipo era mucho más alto que ella, debía superar el metro ochenta y cinco, con facilidad. Tenía el cabello rubio, como el trigo, y largo por debajo de los hombros. Su camiseta blanca de manga corta y sus vaqueros desgastados evidenciaban un cuerpo fibroso y en forma. Ella había dibujado a unos cuantos modelos masculinos a los que no tendría nada que envidiar. Pero lo más turbador en él, era aquella forma de mirarla, sus facciones de ángel caído. ¿Cómo se podía ser tan guapo y a la vez parecer tan peligroso?

—Aunque para tu tranquilidad, te diré que no es el caso —dijo él despertándola de su escrutinio.

—Mira, yo no me creo nada. Pero es evidente que me sigues y quiero que dejes de hacerlo, ¡ahora mismo!

—¡Puf! Ya me gustaría, pero no puedo. He hecho una promesa y soy

un caballero, ¿sabes?

—Un caballero no me seguiría.

—Sí, si pretende devolvarte esto —le dijo sacando el monedero para ofrecérselo.

Tara se detuvo en seco. Tocó su bolsillo comprobando que estaba vacío. Fue a tomarlo rápidamente de su mano, pero él lo alejó de su alcance.

—Creo que merezco una disculpa. ¡Estabas dispuesta incluso a agredirme con un spray anti violadores!

La sonrisa ladina que se paseaba por sus labios mientras se hacía el ofendido, le dejó claro que se estaba divirtiendo de lo lindo a su costa.

Tara miró hacia su casa, a pocos metros, resoplando y pensando lo cerca que estaba de volver a sentirse a salvo de las cosas extrañas que él le provocaba, pero no podía marcharse sin su cartera. Cuando estaba a punto de girarse de nuevo hacia él, vio movimiento en las cortinas del salón y a Robin que observaba la escena desde el interior. Volvió a resoplar y mirar hacia el suelo. Iba a tener que contestar a muchas preguntas sobre su forma de marcharse.

—Está bien. Lo... sien...to —dijo ladeando la cabeza para que su larga y oscura melena ocultasen la vergüenza que le producía pronunciar esas palabras. Lo que evitó que pudiese anticiparse al siguiente movimiento del hombre que se aproximó tanto a ella que la hizo contener el aliento cuando

sintió que ocupaba su espacio personal.

Se quedó petrificada por la sorpresa cuando vio que él introducía el pequeño monedero en el bolsillo de su americana. No la tocó, ni se rozaron siquiera, pero sintió recorrer todo su cuerpo por una electricidad abrumadora.

—Así está mejor —dijo él en un susurro cómplice—. Nos vemos, Tara —aseguró alejándose de ella lentamente.

Tara no fue capaz de pronunciar una palabra. Tan solo lo observó caminar de nuevo por la calle, en dirección contraria. Él se giró y la pilló contemplándolo, lo que despertó nuevamente su sonrisa y el brillo endiablado de su mirada azul.

CAPÍTULO 6

—¡Maldita sea, Tara! ¿En qué estabas pensando? ¿Salir por la ventana?

El tono furibundo de su padre la hizo dar un respingo. Hacía muchos años que no lo oía gritar, y su mente retrocedió en el tiempo. Cerró los ojos durante un segundo.

—Graham... —oyó que pronunciaba Robin con suavidad. Y después la profunda respiración de su padre, intentando calmarse.

—Cuando te dije que eras libre de ir donde quisieras, no esperaba esto de ti. ¡Por el amor de Dios, tienes casi veinte años...!

—Sí los tengo, y por eso no puedes tratarme como a la niña que abandonaste con seis.

Las palabras salieron de su boca sin filtro. Escucharlo hacerse el preocupado por ella tras años de ausencia, había despertado lo peor de sí misma. Había querido herirlo como él había hecho con ella, y supo que lo había conseguido cuando la expresión de su padre se tornó pétrea.

Robin tragó saliva al ver el duelo de miradas entre padre e hija y se dispuso a intervenir.

—Tara, no pretendemos tratarte como tal. Pero queremos que nos entiendas. Aunque no lo creas, estamos preocupados. Salir por la ventana es peligroso para cualquiera, pero mucho más para ti. ¿Qué hubiese pasado si te

hubieses caído?

—¿Y a ti qué más te da? Solo soportas mi presencia porque él siente algún tipo de obligación de quedarse conmigo.

—No le hables así. Desde que llegaste, Robin solo ha tratado de que te sientas acogida. Esta es ahora tu casa.

—¡Esta no es mi casa, y nunca lo será! Mi casa estaba con mi madre, en San Francisco. —Las lagrimas pugnaron por salir despedidas de sus ojos en cuanto mencionó a su madre. Aun le dolía, le hería su ausencia, saber que no volvería a tocarla, ni sentirla.

Apartó el rostro para evitar mostrar lo vulnerable que se sentía.

—Desde el principio fui consciente de que esto no sería sencillo. Sabía que tardarías en darte cuenta de que este es tu hogar ahora, de que somos tu familia... —Las palabras de su padre sonaron cargadas de cierto dolor, que prefirió desechar inmediatamente—. Quería que entendieses que esta podía ser una nueva oportunidad de vivir de otra forma, con más libertad. Pero no esperaba que de repente te convirtieras en una irresponsable, que pusieses tu vida en peligro, a la primera de cambio.

Tara era consciente de que salir por la ventana había sido una estupidez. Las consecuencias de aquella locura, en ella, podían haber sido nefastas, pero no pensaba reconocerlo, y mucho menos ante él.

—No llego a comprender este cambio. ¿Qué pretendías, Tara? ¿Llamar

mi atención? Aquí me tienes, ¿no lo entiendes? Ha sido un comportamiento infantil y...

—¿Llamar tu atención? ¿De qué demonios estás hablando? No quiero tu atención. ¡No quiero nada de ti! El tiempo en el que pudiste ejercer de padre, ya ha pasado.

Graham apretó las mandíbulas, conteniendo las ganas de revelar todo aquello que tenía guardado desde hacía tantos años. No era inocente de los cargos de los que lo acusaba su hija, pero tampoco del todo culpable. Ella tenía que conocer toda la verdad, pero, ¿acaso lo creería cuando todo cuanto sentía por él era odio? La miró allí sentada, Tara lo negaba, pero podía reconocer en sus preciosos ojos violetas, en su piel blanca como los pétalos delicados de una rosa nacarada, a su niña. Su pequeña niña, la que había iluminado su vida y transformado su mundo como ella jamás sería capaz de imaginar.

Necesitaba acercarse a ella, pero no sabía cómo. Había esperado a la tarde para tener esa conversación con la esperanza de que sus ánimos y furia, movida por la preocupación, se aplacasen. No quería un enfrentamiento con ella, sino entender lo que pasaba por su cabeza para ponerse en peligro de esa forma. Pero todo había salido mal. Y tras ver su mirada de odio, no sabía cómo reconducirlo.

El timbre de la puerta sonó e interrumpió el incomodo silencio

instalado entre los tres.

—Voy a ver quién es —dijo finalmente Robin, tomando la iniciativa de ir a abrir la puerta. Pocos segundos más tarde aparecía de nuevo en la cocina, pero esta vez acompañada.

—Buenas tardes, señor Liberman —saludó Zora armada con su enorme sonrisa.

Tara recibió su llegada como una bocanada de aire fresco y la miró gratamente sorprendida.

—Siento si he interrumpido —se disculpó la recién llegada al notar que algo estaba pasando allí—. He venido a ver a Tara.

—¿A Tara? —preguntó Robin complacida.

—Sí, nos hemos conocido hoy, pero yo tenía que entrar a trabajar y no hemos podido hablar mucho. Venía a preguntarle si quiere salir a dar una vuelta y conocer un poco el pueblo. Sé lo difícil que puede resultar ser nueva en un sitio...

—Tara no puede... —La negativa de Graham retumbó en la cocina.

—Gracias, Zora. Es muy amable por tu parte —se apresuró Robin a interrumpir a su marido, devolviendo la sonrisa a la chica—, seguro que Tara está encantada de salir un rato, antes de la cena.

Robin la miró buscando confirmación a su sugerencia.

—Sí claro. Un poco de aire no me vendría mal —dijo ella agradeciendo

interiormente la propuesta de Robin.

—¡Perfecto! No tardaremos. Yo tampoco puedo llegar tarde a cenar — aseguró Zora, contenta.

Tara no tardó en levantarse del taburete de la isla e ir hacia ella. Cuando su amiga se despidió de su padre, ella se limitó a mirarlo antes de salir de la casa.

—¡Vaya! ¿Qué pasaba ahí dentro? ¿Te ha caído una bronca por lo de esta mañana? —la interrogó Zora en cuanto estuvieron en el porche.

Comenzaron a caminar calle abajo. Tara no sabía en qué dirección, pero cualquiera le valía si la alejaba de allí.

—Más o menos —contestó encogiéndose de hombros, al tiempo que metía las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Pues me alegro de haber llegado en el momento justo, antes del fusilamiento.

El gesto dramático de Zora le arrebató una sonrisa.

—Quería comprobar que habías llegado bien a casa y que Shawn te había dado tu monedero.

—¿Tú mandaste a ese tipo? ¿Shawn? ¿Así es cómo se llama? — preguntó sin querer hacer notar su curiosidad. Se colocó un mechón de cabello tras la oreja y la miró de refilón.

—Sí, Shawn Lockwood. Estaba en la ferretería cuando te dejaste la cartera. Me extraña que no lo vieras, no pasa desapercibido. Y fue muy amable ofreciéndose a devolvértela. Si hubiese sido otro, no se la hubiese dado. Es algo muy personal, ya sabes. Pero es un tío decente.

A Zora no se le escapó el gesto torcido de Tara, al alabarlo.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Te ha molestado?

Tara se mordió los labios sopesando qué contestar. No es que la hubiese molestado, la verdad. En realidad, ella había sido borde cuando él solo intentaba devolverle la cartera, aunque no podía negar que había sido un poquito prepotente.

—No, no lo ha hecho. Solo me ha parecido un poco chulito. O más bien... sobrado.

La carcajada de Zora hizo que se arrepintiese de decir lo que pensaba.

—¿Chulito? No conocía esa faceta de Shawn. Has debido causarle una gran impresión.

—¡No...! ¿Por qué dices eso? —preguntó sintiéndose azorada ante la sola de idea de que así fuese.

—Digamos que Shawn pasa bastante de la gente. Es un buen tipo, como te digo, pero solo presta atención a sus amigos y familia. Va mucho a su aire. Algo que vuelve loca a más de una en este pueblo. Esa pose de tío duro, ya sabes.

—A mí no me van los tíos duros —repuso demasiado rápido como para que no se diera cuenta Zora, que la escrutaba con curiosidad.

—¿A no? Bueno, tendrás que decirme entonces qué es lo que te gusta para que sepa cuál de los amigos de mi novio debo presentarte —apuntó Zora, con una sonrisa.

—De veras que no me interesa tener ninguna relación ahora mismo. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—Mujer, a nadie le amarga un dulce. ¿Y qué hay más dulce que un amor de verano? —preguntó con un suspiro dramático.

Tara se rio con ganas.

—Deberías hacer teatro —le dijo sin parar de reír.

—¡Qué curioso! Eso mismo dice mi padre. —Rio con ella, Zora.

Shawn, concentrado en el motor del coche de su amigo Percy, levantó la vista al oír las risas cantarinas de unas chicas que se acercaban por el sendero que iba hasta su casa. Cuál fue su sorpresa al ver que una de ellas era la nueva incorporación a las filas femeninas del pueblo. Durante unos segundos se quedó allí, parapetado por el capó del coche, observándola reír. Algo en ella le había llamado poderosamente la atención esa mañana. No sabía decir si era ese aire frágil y delicado que la envolvía. Su piel pálida, los enormes ojos violetas, el cabello largo y oscuro hasta la mitad de la espalda,

y los labios carnosos y enrojecidos, la convertían en la recreación de una Blancanieves moderna.

Parecía dulce, tentadora. Lo suficiente como para haberse ofrecido a llevarle el pequeño monedero que se había olvidado en la ferretería. Lo que no había esperado es que ella reaccionase como si fuera una amenaza. Y eso, lejos de hacer que perdiese el interés, había despertado su curiosidad. ¿Qué había bajo esa pose defensiva? ¿Sería así con todo el mundo, o había provocado él esa reacción? Lo más curioso había sido darse cuenta de que, desde aquella mañana, en varias ocasiones su mente había divagado hasta recrear su precioso rostro. Y ahora estaba allí, en la puerta de su casa, como si la hubiese llamado con la mente.

—Tara, este es mi novio, Percy —oyó Shawn a Zora presentarle a su amigo.

—Hola, encantada —respondió ella con una sonrisa.

—Igualmente —respondió su amigo y se acercó a ella para darle dos besos, que ella aceptó sin reparos.

La oyó volver a reír ante algún comentario de Percy, que se le escapó por estar demasiado concentrado en ver como se apartaba ella el cabello a un lado. Desde luego su actitud era mucho más relajada que la de aquella mañana. Lo que solo podía significar que el problema lo tenía con él. Dispuesto a comprobar si era así, dejó caer el capó del coche con fuerza,

revelando su presencia.

—¿Qué tenemos aquí? Si es la señorita creída. ¿Vuelves a necesitar un caballero?

Si Shawn no hubiese estado tan concentrado en clavar su mirada en la de ella completamente perpleja, habría visto a Zora parpadear frenéticamente sorprendida por el comentario.

—¿Qué hace él aquí? —la oyó susurrar a Zora.

No dejó que su amiga contestara.

—Está es mi casa. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó acercándose a ellas.

—Ha venido a acompañarme. Quería presentárosla, como es debido — se apresuró Zora a contestar sin quitarles ojo a los dos.

Shawn no dejaba de mirarla como si quisiese leer a través de su piel. Y ella esquivaba el contacto visual, completamente turbada. Zora no podía negar que era todo un espectáculo, pero no quería que su nueva amiga se sintiese incómoda.

—¿Qué ha pasado entre vosotros esta mañana? —preguntó directamente.

—En realidad... no mucho —fue él el primero en contestar, quitando importancia al encuentro.

Su tono displicente molestó a Tara.

—Sí, nada en absoluto —corroboró ella apretando los labios.

Tara lo vio darse la vuelta, obviándolas. Y después tomar una cerveza de una nevera junto al coche que parecía estar reparando.

—¿Queréis una birra? —les ofreció Percy con una sonrisa.

Tara dejó de mirar a Shawn para contestar al chico que esperaba una contestación, con gesto amable. Zora tenía razón, era guapo, y perfecto para ella. Percy tenía el cabello oscuro y largo, aunque mucho menos que Shawn. Tampoco lo superaba en altura, pero su mirada castaña y rasgada, tenía una calidez que dudaba que pudiese expresar su amigo.

—No gracias, no bebo —contestó de manera cortés.

Shawn volvió a mirarla de arriba abajo y no supo interpretar su gesto.

—Pues mira que lo siento, pero a menos que quieras agua... no hemos comprado refrescos.

—No importa. No tengo sed, en serio —dijo ella colocando las manos en los bolsillos traseros de su vaquero corto.

—Yo sí quiero una —aceptó Zora.

—Aquí tienes, muñeca. —Percy, tras abrirla, entregó la cerveza a su novia y después la rodeo con su brazo sobre los hombros acercándola a él y dándole un sonoro beso en la mejilla, lo que provocó las risas de la chica—. ¿Te he dicho ya que estás muy sexy con ese corte de pelo? —preguntó frente a su boca con tono ronco.

—Algo habías comentado, sí —respondió ella coqueta, pegándose a él.

Tara se sintió la espectadora, no deseada, de un momento de juegos de la pareja. Desvió la mirada para encontrarse con la de Shawn que la observaba sentado en los escalones del porche, sin molestarse en disimular su escrutinio.

—Yo... creo que debería marcharme —dijo sintiendo que sobraba.

—¡Ah, no! ¡De eso nada! —Se lo impidió Zora soltándose del agarre de su novio y tomándola del brazo—. Vamos a divertirnos un rato, ¿vale? Solo un ratito y volvemos para la cena.

Su carita de perrito pedigüeño le provocó una sonrisa. Sacudió la cabeza mordiéndose el labio inferior y sintiéndose débil ante la abierta manipulación.

—Está bien, un ratito —concedió.

Media hora más tarde, estaba riendo mientras Zora daba vueltas en el interior de un carrito de supermercado.

—¿De veras que no quieres probar tú? —le preguntó su amiga sin poder parar de reír, no sabía si más por las vueltas que le daba Percy o por las dos cervezas que se había tomado.

—Estoy segura.

—¡Oh vaya, no seas aguafiestas! —volvió a insistir poniéndose de pie en el carrito y llamándola con las manos.

Estaba a punto de volver a negarse, cuando unas manos fuertes la

tomaron de los escalones, levantándola en volandas. Sintió la electricidad recorrer su cuerpo y no tuvo duda de que el que posaba sus manos en su muslo y bajo su pecho, para levantarla y colocarla dentro del carrito junto a Zora, era Shawn. Evitó mirarlo, incapaz de protestar, lo que a ella se le antojaron eternos segundos hasta que sus pies tocaron la superficie metálica. Zora la abrazó entre risas y entonces su mirada se cruzó con la azul de él, cargada de picardía. Cuando Percy hizo nuevamente girar el carrito, Tara devolvió el abrazo a Zora, aferrándose a ella por la impresión del movimiento. Las cosquillas que sintió en el estómago hicieron que rompiese a reír junto a su amiga, llevada por la excitación y el vértigo.

El subidón de adrenalina hizo que sintiese que flotaba, envuelta por algo parecido a la felicidad infantil, sin miedos y limitaciones. Algo que hacía muchos años que no sentía. Rodeada por esa nube, se dejó llevar disfrutando de las nuevas sensaciones que experimentaba.

Minutos más tarde, cuando parecía que el mundo no dejaría jamás de girar, Tara recordó un momento de la infancia que creía completamente olvidado. Tendría unos cinco años y sus padres la habían llevado a la feria. Recordaba el carrusel y el caballo blanco y azul en el que la subieron, las luces de colores reflejadas en los espejos de las paredes, y las risas. Reía y reía como en aquel momento, hasta que perdió el equilibrio y el mundo se desvaneció ante ella. Cayó entre los caballitos que seguían girando

acompañados por la música repetitiva de la atracción. Se levantó entre las figuras del carrusel que subían y bajaban al compás de la música, sujetándose a la pata del que segundos antes había montado. Cuando poco después la atracción se detuvo, sus padres saltaron a por ella. La mirada de terror que le dedicaron se abrió paso en su mente. No se atrevían a tocarla mientras su madre lloraba a punto de un ataque de histeria. Ella no entendía qué pasaba hasta que se miró el brazo. El hueso partido del cúbito asomaba entre la carne y la sangre empapaba su vestido rosa pálido.

—¡Para por favor! Me estoy mareando... —gritó, abrumada por las imágenes que inundaban su mente.

El carrito de detuvo inmediatamente.

—Tara... —escuchó la voz de Zora, lejana, áspera.

Shawn alzó las manos y en cuanto ella se inclinó la tomó entre ellas, bajándola del carrito. Había desaparecido todo el color que adornaba sus mejillas azoradas, momentos antes. Tenía la mirada errática, perdida, como si fuera incapaz de verlo. Cuando se dio cuenta de que vacilaba y perdía fuerza entre sus brazos, la pegó a su pecho estabilizándola. La presionó contra su cuerpo sintiendo cómo temblaba sin control.

—¡Tara! ¿Estás bien? —Volvió a escuchar la pregunta de Zora que había saltado del carrito y le apartaba el cabello del rostro.

Poco a poco las imágenes de la sangre empapando su vestido se fueron

difuminando, fusionándose con los brazos de Shawn que seguían sosteniéndola con fuerza.

—Vamos a sentarla en los escalones. Percy, trae agua fría —ordenó este a su amigo.

Cuando sintió el cristal y el líquido frío sobre sus labios, bebió anhelando apagar la sensación angustiada de su pecho.

—Bebe un poco más, te sentará bien —insistió Shawn a su lado. Fue el momento en el que Tara se dio cuenta de que seguía reposando la cabeza en su pecho.

Se irguió avergonzada y, pasándose las manos por la frente, se separó de él.

—Lo siento, no sé lo que me ha pasado.

—Has debido marearte. Íbamos muy rápido —dijo Zora sentándose a su lado—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya estoy mejor.

—¿Qué ha pasado? —La voz de una señora mayor apareció tras ellos, desde la puerta de la casa.

—Tranquila abuela, no pasa nada —contestó Shawn a la mujer que ya había salido de la casa y la miraba con preocupación.

—¿Cómo que no pasa nada? Esta chiquilla está temblando —dijo la mujer agachándose para mirarla a los ojos. Posó una mano sobre su mejilla y

la inspeccionó.

Tara se encontró con unos ojos azules, muy similares a los de Shawn, salvo que estos reflejaban la sabiduría de muchas décadas a sus espaldas.

—Estábamos haciendo el tonto y se ha mareado —explicó Zora.

—Pero ya estoy mejor —aclaró ella cada vez más avergonzada—. Será mejor que vuelva a casa—dijo levantándose.

El suelo se movió ligeramente bajo sus pies y sintió la mano de Shawn sujetándola por el codo.

—Hijo, no dejes que se vaya así, llévala tú. No tiene buena cara —le dijo la anciana a Shawn.

—No, de veras, no es necesario. Ya estoy bien —aseguró forzando una sonrisa.

Para Shawn eran evidentes dos cosas; la primera, que ella distaba mucho de estar bien, todavía. Y la segunda, que prefería irse andando en esas condiciones a que la llevase él a su casa.

Apretó las mandíbulas antes de declarar:

—Voy a llevarte a casa. Zora, si quieres también te llevo a ti.

Tara respiró aliviada hasta que escuchó la contestación de esta.

—Yo voy detrás con Percy. Esta noche cena en mi casa.

—Bien, vamos entonces —decidió este sin mirarla—. Abuela, vengo enseguida— Se despidió de la anciana y ella también con un gesto de su

mano.

Cuando Shawn le abrió la puerta de su camioneta azul para que subiese sintió que, en lugar de en el vehículo, dejaba que la metiesen en la boca del lobo.

CAPÍTULO 7

Llevaban en el vehículo diez minutos en completo silencio y sintiendo que la tensión entre ambos podría cortarse. Estaban a punto de llegar a su casa, pero Tara decidió que no lo podía soportar más y rompió el silencio.

—No era necesario que me llevaras. No quería molestar a nadie.

—Curiosa forma de dar las gracias. Pero dime una cosa, ¿no querías molestar a nadie, o a mí? —preguntó él pasándose una mano por el pelo.

Tara se quedó mirando su brazo fuerte y tragó saliva. Se sintió molesta consigo misma por contemplarlo como si fuera apetecible.

—¿Por qué tienes que ser tan borde? —repuso incomoda.

—No lo soy, solo quiero saber qué te pasa conmigo. Y no lo niegues, es más que evidente.

—¿Quién es el creído ahora? —Bufó encogiendo la mirada.

Shawn sonrió con pereza.

—No es eso. Actúas conmigo como si yo fuera una amenaza para ti. Saltas y huyes en cuanto me acerco, como si temieses que te hiciera daño.

Tara no podía confesarle que, de alguna forma, sí sentía que era una amenaza. Por alguna razón inexplicable su cuerpo reaccionaba de forma extraña a su lado. Y para una persona como ella, que debía analizar cada pequeña señal, cada cambio de temperatura, cada vibración, cada vez que

algo fuera de lo normal sucedía en su cuerpo, saber que él podía desquiciarlo todo con su sola presencia, era aterrador.

—Son imaginaciones tuyas —se limitó a contestar desechando sus palabras y girando el rostro hacia la ventanilla.

Se había sentado manteniendo las distancias en la camioneta. Dibujando una barrera imaginaria que la mantuviese a salvo. Estaba tan concentrada en parecer impasible ante la cercanía entre ambos, que no se dio cuenta de su siguiente movimiento.

Shawn elevó el brazo y, con el dorso de sus dedos, fue a acariciarle la mejilla. En cuanto ella sintió la tenue caricia, salto del asiento, apartándose y pegándose a la puerta. Como si necesitase tener cubierta la vía de escape.

—¡Ya! Ninguna amenaza —dijo él chasqueando la lengua contra el paladar, molesto.

—¡Me has pillado por sorpresa! Pero no te tengo miedo —aseguró cruzándose de brazos y sintiéndose estúpida.

—Demuéstralo —la retó clavando su mirada azul en ella. En ese mismo instante su corazón comenzó a trotar descontrolado. Y su pecho a subir y bajar como si le costase el doble respirar.

La camioneta se detuvo y ella miró a un lado a otro para comprobar que estaban frente a su casa. Consternada, no vio que Shawn había bajado del vehículo y, tras rodearlo, le había abierto la puerta.

—Podía haberlo hecho yo —dijo con el ceño fruncido.

El reto de Shawn de que demostrase que no le afectaba, seguía muy presente para ella, haciendo que diese vueltas en su cabeza.

—¡Dios mío! ¿Es tan difícil oírte decir gracias?

Shawn elevó las manos para ayudarla a bajar. Era una camioneta alta, pero tampoco como para necesitar ayuda. Sin embargo, algo le decía que aquello no era más que otra prueba para corroborar su teoría. Si rehusaba su ayuda le estaría dando la razón y tendría que ver su irritante sonrisa satisfecha. Contuvo el aire antes de inclinarse y dejar que la tomara de las manos para ayudarla a descender. El contacto de ambas manos fue, como cada vez que rozaba su piel, electrizante. Sus pies tocaron el suelo, pero ella no fue capaz de ver más allá de la mirada azul clavada en la suya de manera hipnótica. Estaban tan pegados que las puntas de sus deportivas, tocaban las de las botas de Shawn. Este había soltado sus manos para elevarlas y con las yemas de los dedos y, una delicadeza extrema, apartar algunos mechones de su cabello oscuro que le enmarcaban el rostro. Sintió su caricia como el aleteo de una mariposa sobre la piel. Tuvo la tentación de cerrar los ojos y dejarse llevar por la increíble y turbadora sensación de sentirlo acariciarla, pero sus iris azules la habían capturado, robándole el aliento. No podía moverse, cada uno de sus músculos se negó a obedecer en lo que le pareció un momento eterno. El tiempo se detuvo cuando las manos de Shawn

tomaron su rostro y se aproximó hasta sentir su aliento sobre los labios. Con el pulgar le acarició el labio inferior y lo vio contener el aliento, como ella. «¿Iba a besarla?»

—¡Tara! ¿Estás mejor? ¿Te acompaño a casa?

La pregunta de Zora acabó con el momento. Tara parpadeó varias veces, sin entender qué había pasado, mientras Shawn daba un paso atrás alejándose de ella.

—¿Ocurre algo? —preguntó su amiga, perspicaz.

—Nada en absoluto —dijo Shawn, en un tono tan neutro que no consiguió descifrarlo.

Zora los miró a uno y a otro, sin creer una palabra.

—Bueno, será mejor que nos marchemos —dijo yendo hasta ella y tomándola de la mano, la sacó del hueco de la puerta—. Hasta mañana —se despidió Zora de Shawn con una sonrisa.

Tara solo pudo girarse, mientras caminaba, para cruzarse nuevamente con su mirada azul que la observaba desde la camioneta.

—Has hecho amigos muy pronto —comentó Robin cuando la vio entrar en la cocina con la mirada perdida y la mano en la mejilla, donde segundos antes la había acariciado Shawn.

Despertando de su turbación, bajó la mano rápidamente y miró a la

mujer de su padre que tomaba una taza de té mientras apuntaba datos en varias libretas esparcidas por la encimera de madera de la isla.

—Sí, es un pueblo pequeño, parece que todo el mundo se conoce — contestó algo incomoda.

—Me alegro de que hagas amigos. Zora es una buena chica. Su padre y ella vivían aquí antes incluso de mudarnos nosotros. El chico que la ha traído, ¿es su novio? —preguntó en tono ligero.

—Sí, Percy. Es agradable.

—¿Y Shawn Lockwood? ¿Es agradable también?

Tara se mordió el labio inferior, avergonzada e incómoda. Miró a un lado y a otro buscando a su padre, pero no estaba. «¿Cuánto habría visto Robin por la ventana?»

—Lo siento, Robin, pero no sabía que tenía que hacer un resumen de mi encuentro con cada una de las personas de este pueblo —dijo con tono desafiante.

Robin suspiró.

—Y no es así. Solo quería saber si lo habías pasado bien.

—No ha estado mal —se limitó a contestar dirigiéndose a la salida. Solo tenía ganas de estar un rato en su cuarto, a solas, para asimilar todo lo que había vivido esa tarde.

—Me alegro. La cena estará en diez minutos. ¿Puedes avisar a Apple?

Tara apretó los labios. Desde su llegada no había cruzado ni dos palabras con la niña, que la miraba como si fuese contagiosa.

Se limitó a gruñir en respuesta a su madrastra y subir los escalones, con la necesidad imperiosa de encontrar algo de paz. Una vez en el piso superior se debatió entre ir directamente al cuarto de Apple y avisarla primero, o hacerlo antes de bajar. Con la mano en el pomo del cuarto de la niña, lo sopesó unos segundos para finalmente decidir que prefería dejar el encuentro para el último momento. Con esa resolución fue hasta su habitación. Al abrir la puerta descubrió que la pequeña estaba allí, sentada en su escritorio y ojeando sus cosas.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó enfadada acercándose al escritorio.

Apple que había sido pillada por sorpresa, la miró con ojos desorbitados.

Tara ojeó sobre el escritorio encontrando cuadernos con sus dibujos, tarjetas, y algunas fotos en las que estaba con su madre. Rápidamente las recogió poniéndolas en un montón. Alejándolas de la vista de la niña, las metió en un cajón.

—No tienes derecho a tocar mis cosas, ¿me entiendes? —le preguntó enfadada.

—Tú tampoco tienes derecho a tocar las mías, y aquí estás —repuso,

dejando la sorpresa de haber sido pillada, para enfrentarse a ella.

Tara le dedicó una mirada entornada sin entender a qué se refería. Y vio que la pequeña extendía los brazos señalando el cuarto.

—Espera un momento, ¿esta era tu habitación? —le preguntó cruzándose de brazos.

—Sí, era mi cuarto, pero cuando papá y mamá hablaron de que vinieras a vivir con nosotros decidieron cambiarme al de al lado porque este tiene baño propio y pensaron que tu necesitabas privacidad. —Las últimas palabras las pronunció con un zarandeo de cabeza que demostraba que no estaba muy conforme con esa apreciación.

—Ya... Pues lo siento. Yo no lo pedí. Y si quieres volver a este, no tengo problema en cambiártelo —le dijo ella sentándose en la cama.

—Ya no importa, para compensarme me han puesto la habitación de bailarina que necesitaba para ensayar. ¿Quieres venir a verla?

La invitación la pilló completamente desprevenida. Y la mirada anhelante de la niña también.

—Corrígeme si me equivoco, pero me has estado evitando desde que llegué, ¿y ahora quieres que vaya a tu cuarto?

—He cambiado de idea.

—¿En cuanto a qué?

—En cuanto a ti. Mi amiga Noa dice que lo peor de su vida es su

hermana mayor. Que la hace rabiar, le tira del pelo y esconde sus cosas. Al principio pensé que te ibas a convertir en un grano en el culo. Sobre todo por eso que dicen papá y mamá de que eres tan “especial”. —Dio énfasis a las palabras entrecomillando con los dedos—. Pero creo que tú no vas a darme problemas, ¿me equivoco? —preguntó entornando la mirada.

La postura sabionda y mirada altanera de Apple eran de lo más graciosas y, aunque no le había hecho gracia el comentario de que era “especial”, eso no era cosa de la pequeña, sino palabras de sus padres. Contuvo las ganas de reírse y mantuvo el gesto indiferente.

—No sé, ¿vas a seguir husmeando entre mis cosas?

—Supongo que no sería justo que lo hiciera si no quiero que toques tú las mías.

—Es cierto, no lo sería.

—Bien, pues te daré una oportunidad si hacemos el trato de no tocar las cosas la una de la otra —le dijo la niña ofreciéndole la mano para cerrar el acuerdo.

Tara miró su pequeña mano y después los enormes y expresivos ojos de Apple que aguardaban impacientes. Finalmente decidió que una relación cortés con ella no le haría daño.

El apretón duró más de lo que esperó. La mano infantil era diminuta, de dedos finos y delicados, y tacto suave. Se conmovió al ver su abierta y

satisfecha sonrisa.

—Necesito unos momentos a solas y después tenemos que bajar a cenar, pero tal vez puedas enseñarme tu cuarto mañana.

—Vale. Pero desde ya te digo que, aunque quieras cambiarlo después de verlo, eso no va a pasar.

Tara frunció los labios en una mueca, intentando contener la sonrisa.

—Lo sé, es tu cuarto. No me atrevería a quitártelo.

—Bien —dijo la niña dirigiéndose a la puerta.

Tara la miró, después echó un vistazo a su escritorio, y luego volvió a prestarle atención.

—Apple, solo una cosa más...

Esta se detuvo a punto de salir.

—¿Qué esperabas encontrar entre mis cosas?

—Quería saber cómo era tu mamá. Papá dice que está en el cielo.

Tara tragó saliva.

—Era muy guapa. Te pareces mucho a ella —dijo justo antes de marcharse, cerrando la puerta tras de sí.

El peso en el pecho que durante unas horas había sentido mermado permitiéndole respirar, volvió a ella. Se levantó de un salto del filo de la cama y miró por la ventana aquel cielo demasiado azul, demasiado perfecto. Y volvió a pedir, rezando en voz baja; un día gris, un día de lluvia.

CAPÍTULO 8

Tara resopló al entrar en la cocina y ver que estaba allí la familia al completo. Llevaba despierta desde bien temprano y había hecho todo su ritual matutino con deliberada tranquilidad, esperando no tener que coincidir con nadie durante el desayuno.

Lo primero que hacía cada mañana era tomarse la temperatura y cerciorarse, ante el espejo, de que no tenía inflamaciones extrañas, moretones o derrames que no coincidiesen con golpes que se hubiese dado. Lo bueno de ser tan blanca era que le salían fácilmente y los podía controlar. Lo malo, que era bastante torpe, no estaba habituada aun a la disposición de los muebles y llevaba brazos y piernas marcados con unos cuantos. Solo se daba cuenta de que se había golpeado cuando la marca entre morada y púrpura aparecía en su piel. Entonces empezaba a controlarlos para asegurarse de que dichos golpes no se convirtiesen en derrames internos.

Aquella era solo una parte de los cuidados diarios que debía tener con su cuerpo. Se miraba el color de los ojos, por si tenía algún problema de hígado. Sacaba la lengua y comprobaba su tono, para evitar problemas digestivos. El estado de sus uñas en manos y pies, para asegurarse de que ningún golpe hubiese necrosado alguno de sus dedos. En un foro sobre analgesia congénita conoció a un hombre que se había dado un golpe en un

pie. No se dio cuenta y días más tarde descubrió que lo tenía roto y necrosado hasta tal punto que se lo tuvieron que amputar. Sacudió los hombros recordando el relato y sufriendo un escalofrío. Decidió dejar de pensar en ello. Tener su patología la obligaba a vigilarse cada minuto del día y estar pendiente siempre de signos que la alertasen de que algo pudiese ir mal con su cuerpo. Su madre había diseñado para ella toda una rutina para este fin. Y ella, desde los nueve años, lo había cumplido a rajatabla.

En ocasiones le parecía tedioso tener que hacerlo, pero luego recordaba que podía morir de cosas que para otras personas eran perfectamente tratables, cogiéndolas a tiempo. Como una simple apendicitis, un derrame interno, o una mera intoxicación alimenticia, podían dictar su final por no sentir dolor y no poder ponerle remedio. Y entonces volvía a su ritual que, aunque no era infalible, si le daba cierta ventaja y sobre todo seguridad para seguir con su día a día.

Después de ducharse había elegido para ese día un pantalón pirata que ocultase los nuevos moretones, una blusa celeste con manga tres cuartos que le había hecho su madre poco antes de morir, y sus zapatillas favoritas. Había mirado el reloj y calculado que su padre debía estar desayunando para ir a trabajar, por lo que tras recoger su habitación se había puesto a pintar un rato. Cuando el hambre se apoderó de ella y, creyendo que ya podría desayunar sola en la cocina, había bajado. Pero allí estaban todos, como si la estuviesen

esperando. Entró con cautela, como si se tratase de un campo de minas. Dio los buenos días sin muchas ganas y evitó cruzar la mirada con su padre, cuyos ojos podía sentir clavados en ella.

—Buenos días —la saludaron Robin y Apple.

Esta última le ofreció el taburete vacío a su lado. Sonrió a la niña y tras servirse un poco de café y añadirle leche de la nevera, se sentó a su lado. Había tomado la costumbre de echar leche fría a su café para no correr el riesgo de sufrir quemaduras en la boca, de las que no era consciente.

—Te has levantado tarde —le dijo su padre. Por el tono neutro no supo adivinar si eso le molestaba.

—No lo he hecho. Acostumbro a levantarme a las siete, pero estaba haciendo cosas —contestó en el mismo tono.

—¡Vaya, a las siete! Como tú, Graham. Debe ser cosa de familia —dijo Robin con entusiasmo, pasando una mano por la espalda de su marido.

Tara y su padre se miraron fugazmente sin decir nada, y desviaron las miradas concentrándose en sus cafés.

—¿Y qué vas a hacer hoy? Si no tienes planes, yo voy a ir al centro cultural. Estamos organizando el baile para recaudar fondos para la restauración de la biblioteca...—le propuso Robin con una sonrisa, con el mismo ánimo entusiasta que había comentado la coincidencia con su padre sobre la hora de levantarse.

Tara apreciaba de veras los esfuerzos que esa mujer estaba haciendo por congraciarse con ella, pero simplemente no podía hacerlo. No dejaba de pensar, cada vez que la veía junto a su padre, que él las había sustituido sin ningún problema a su madre y a ella por Robin y Apple. Sin duda una hija sin su patología y una mujer sin la preocupación constante de tener que velar por su seguridad, le habían proporcionado una vida mucho más satisfactoria.

—Lo siento, tengo planes para hoy —contestó escuetamente.

Su padre levantó la cabeza de su periódico y la miró.

—¿Con quién? Robin me dijo que ayer te trajo a casa Shawn Lockwood.

Tara miró a Robin no pudiendo creer que fuese tan entrometida. Y esta miró a Graham, molesta, como si hubiese esperado que él guardase la confidencia.

—No tengo que darte explicaciones de con quién voy. Pero no, no es Shawn. He quedado con Zora. Es su mañana libre.

—Zora es una buena chica, quiere estudiar periodismo el próximo semestre. Su padre me pidió una carta de recomendación para la universidad.

—No imaginas cuánto me complace que des el visto bueno a mis amistades —dijo con sarcasmo levantándose de la mesa para dejar la taza en el lavavajillas.

De refilón vio como su padre apretaba las mandíbulas y se sintió

satisfecha de haber conseguido molestarlo. Rodeó la isla para pasar por detrás de Apple y le dio un suave tirón de la coleta. Está le regaló una mirada entornada y Tara le guiñó un ojo, lo que provocó la sonrisa de la niña.

—¿Tengo que estar a una hora en concreto en casa? —preguntó antes de salir de la cocina.

—Con que vengas a comer, es suficiente —contestó rápidamente Robin.

Tara asintió y se despidió con la mano antes de salir.

Aunque había quedado con Zora en que esta la recogería, prefirió salir de allí antes de encontrarse en medio de un nuevo enfrentamiento con su padre. Estaba caminando en dirección a la casa de Zora cuando la vio salir por su puerta.

—¿Qué haces aquí? Quedamos en que iría yo a buscarte —Zora le dio un beso en la mejilla y la tomó por el brazo en un gesto más que habitual en ella.

—Me moría por salir de casa —confesó con un suspiro, comenzando a caminar.

—¿Así de mal están las cosas? —Los ojos de su amiga demostraban verdadera preocupación.

—No es fácil verlo de nuevo, cada día. Creo que espera cosas de mí que no voy a ser capaz de darle jamás. ¿Cómo creía que iba a ser nuestra

relación tras trece años de ausencia? —Sacudió la cabeza sin entenderlo.

—¿Has hablado con él de por qué se marchó?

La pregunta hizo que Tara se tensase.

—¿De veras hay motivos suficientemente importantes como para abandonar a tu mujer, a cargo de una hija con...?

Iba a decir necesidades especiales cuando se dio cuenta de que sus palabras habrían despertado la curiosidad y preguntas de su amiga. No quería que nadie conociese que tenía analgesia congénita. Cuando las personas lo descubrían tendían a verla como un bicho raro o una especie de monstruo. Lo peor era cuando pensaban que era una especie de heroína mutante. «¡No sentir dolor!» A priori, la sola posibilidad parecía algo maravilloso. Era tan difícil explicar lo complicado que era vivir y sobrevivir cuando no se podía sentir la alerta del dolor ante cualquier peligro, que muchas personas no lo entendían. Había que vivirlo, y su padre se había negado a hacerlo. Él había decidido no tener esa carga. Era lo único que contaba para ella.

—Con una niña tan pequeña —terminó por decir—. Mi madre tuvo que luchar mucho para criarme ella sola. No se lo puedo perdonar y cualquier explicación que me de solo me va a parecer una excusa banal, para justificar lo injustificable.

Zora vio el dolor en su mirada y decidió dejar el tema, aunque en su fuero interno pensase que a Tara le vendría bien tener una conversación

sincera con su padre. Graham Liberman no parecía el tipo de hombre irresponsable que deja a una familia. Algo le decía que la historia tenía algunos matices más, pero no quería que Tara se enfadase. Ella solía hablar de más y demasiado rápido, y eso podía hacer que perdiese a su amiga cuando apenas acababan de conocerse.

—Está bien. Ya sé lo que necesitas para borrar ese ceño fruncido —le dijo con su habitual sonrisa.

—¿Qué ceño fruncido? —se defendió Tara.

—Ese —repitió Zora pasando su dedo índice por el entrecejo arrugado de Tara.

El gesto provocó que se riera, inmediatamente.

—Quita, estás muy loca. —Rio mientras se apartaba de ella.

—¿A qué sí?

Tara no dejaba de reír. Zora tenía ese efecto sobre ella. Hasta que un pensamiento irrumpió en su mente.

—Vamos a estar solas, ¿verdad? No has quedado con nadie... — formuló la pregunta rápidamente.

—¿Te cae mal mi novio?

—¡Claro que no! Es un encanto. Y hacéis la pareja perfecta.

—Entonces hablamos de Shawn... ¡Qué interesante que haya salido el tema, porque por él quería preguntarte precisamente!

—No tengo nada que comentar sobre Shawn. No lo conozco. ¿Qué podría decir?

—Es cierto, no lo conoces mucho, pero eso puede remediarse. Me consta que él estaría encantado de saber más de ti —dijo haciéndose la interesante.

—¿Te consta? ¿Has hablado con él? ¿Te ha dicho algo Percy?

—Sabes, para no estar nada interesada en él, te preocupa mucho lo que pueda haber dicho de ti... —comentó Zora alzando las cejas repetidas veces.

—Estás fatal... No me interesa en absoluto.

—Claro, claro. ¿Por qué iba a interesarte el tipo más guapo de este pueblo?

—¿No habíamos quedado que el más guapo era tu novio?

—Percy está pillado, así que hablamos de tipos disponibles. Una vez que eliminamos de la ecuación a mi chico, el hombre más guapo de este pueblo es Shawn Lockwood. Por eso es el más cotizado. Bueno, por guapo y porque es una gran persona. No encontrarás a nadie que te diga lo contrario. Además, tiene un futuro brillante por delante...

—¿Cómo mecánico de coches?

—Si quisiera, sí. Además de listo es un manitas. Pero no, está en el último año de arquitectura. Estudia en Nueva York y ya trabaja para un importante gabinete de arquitectura que lo fichó el año pasado.

La información sorprendió tanto a Tara que por unos minutos se quedó sin palabras.

—¿Y qué hace aquí, entonces? —terminó por preguntar cruzando los dedos para que Zora no la viese demasiado interesada.

—En vacaciones, y sobre todo en verano, viene a ver y cuidar de sus abuelos. Ellos lo criaron desde los siete años. El señor y la señora Lockwood están muy mayores ya y él está muy pendiente de ellos.

—¿Lo criaron sus abuelos?

La pregunta quedó suspendida en el aire cuando Zora gritó como una niña pequeña. Tara tuvo que dejar su frustración por ver interrumpida tan interesante conversación, cuando Zora vio el cartel de la heladería a la que la había llevado. En él se anunciaba que el nuevo sabor del día era el de nubes tostadas con caramelo.

—¡Mmm...! ¡Dios mío! Esto es comparable a un orgasmo... —Gimió Zora sin el menor pudor cuando le dieron a probar el helado con una cucharita de plástico, en el mostrador de la heladería.

Tara contuvo la risa.

—Pruébalo y atrévete a negarlo —la retó su amiga ofreciéndole la chuchara.

No puedo, tengo que pedir uno de soja, sin gluten ni lactosa.

La mueca de horror de Zora fue todo un espectáculo.

—Lo siento amiga. Te vas a perder este pecado servido en cucurucho —contestó tomando su enorme helado de nubes tostadas con caramelo y empezando a comerlo con codicia.

—No importa. No se puede echar de menos lo que nunca se ha probado.

—Discrepo —aseguró su amiga—, pero esa conversación la vamos a dejar para otro momento, con menos público —señaló Zora mirando a las mujeres mayores que, en una mesa cercana, las miraban con curiosidad.

Tara se rio y pidió un cucurucho de helado de chocolate de soja. No es que tuviese una intolerancia en sí, pero su madre y ella habían notado que no le sentaban bien y para evitar males mayores siempre tomaba esa precaución.

Tomó su enorme cucurucho y tras pagar, lo probó, comprobando que no estaba tan mal. Tal vez no era tan exótico como el de Zora pero estaba bueno y era refrescante en un día como aquel, en el que superaban los treinta grados.

Concentrada en tomar con su cucharilla el helado que sobresalía del cucurucho antes de que se derramase, no vio entrar en la heladería a Shawn hasta que este chocó contra ella, haciendo que la bola de helado de chocolate se estampase contra su blusa celeste.

—¡Maldita sea! ¡Mi camisa! ¡Mi camisa celeste! —exclamó enfadada al ver la enorme mancha marrón en la blusa que le había hecho su madre.

Levantó la vista para enfrentarse a Shawn que la observaba atónito.

Shawn estaba a punto de disculparse cuando la vio cambiar de color y adquirir el rojo más carmesí en sus mejillas. Ella empezó a respirar con profundidad y rápidamente, como si sopesase la idea de asesinarlo.

—Eres... eres un... —La furia no la dejó terminar la frase. Y Shawn que empezaba a divertirse viéndola fuera de sí, inclinó la cabeza esperando oír el insulto que tenía pensando para él. Con lo contenida que parecía, estaba impaciente por saber qué soltaba por esa boquita.

Cuando advirtió que no era capaz de terminar la frase, decidió atacar. No había nada que le gustase más que verla perder el control. Salvó la distancia entre los dos de una zancada, sin dejar que sus botas tocasen las zapatillas de Tara sobre las que había terminado cayendo la gran bola de helado. Y pasó su dedo índice por la blusa manchada, muy cerca de su pecho, recogiendo parte del helado allí pegado. La vio abrir los ojos de par en par, al tiempo que su boca que cerró de golpe cuando él introdujo el dedo con el helado en la suya.

Shawn hizo una mueca de asco al probar el helado.

—No te enfades, señorita creída, esto es repugnante. Te acabo de hacer un favor. —Se giró, dándola de lado y se dirigió a la chica tras el mostrador—. Alicia, guapa... sírvele un helado de verdad, de mi cuenta —le dijo depositando un billete sobre la barra para pagar el helado.

Y antes de que pudiese replicarle que se metiese la invitación por donde le cupiese, se marchó de allí. Eso sí, tras guiñar un ojo a la chica del mostrador que le sonrió embobada.

CAPÍTULO 9

—¡Maldito seas, Shawn Lockwood! ¡Maldito una y mil veces! —dejó soltar su frustración golpeando el lavabo con la mano tras comprobar nuevamente que la mancha marrón del helado no salía.

Había vuelto a casa directamente, desde la heladería, y llevaba una hora intentando limpiar el desastre de la blusa. Recordaba el momento justo en el que su madre se la hizo, cada puntada y medición realizada con cuidado para no pincharla con los alfileres. Incluso habían elegido junta la tela. Las lágrimas empezaron a abrasarle en los ojos. «¡Maldito!», insistió, apretando los dientes. También había pasado esa hora repitiendo mentalmente todos los insultos e improperios que no había conseguido decirle a la cara. No sabía lo que le había pasado, se había quedado paralizada como una estúpida dejando que él se burlase de ella, otra vez. ¿Qué demonios le pasaba con ese hombre? ¡Y pensar que el día anterior había llegado a desear que la besara!

Esa noche no había pegado ojo dándose cuenta de que así era. No entendía las reacciones de su cuerpo, ni lo muy presente que estaba en su mente. ¿Cómo era posible que hubiese anhelado que la besase cuando no quería ningún tipo de relación romántica? Siempre había tenido claro que no quería complicarse en ese aspecto. El amor era algo inalcanzable para ella. Ya sabía lo que era convertirse en una carga para su madre, su tía y ahora su

padre. No podía hacerle eso también a la persona de la que se enamorara. Vivir con el temor constante de que algo fuese mal. Esas cosas estaban prohibidas para ella, y por eso no entendía que su mente se empeñase en recrear el momento en el que él la había acariciado y habían compartido el aliento.

Por desgracia y para su completa turbación, solo podía comparar lo que había sentido al perderse en su mirada azul, con su momento favorito; cuando el agua de la lluvia caía sobre ella, empapando todo su cuerpo. El momento perfecto en el que cerraba los ojos y era consciente de la vibración sobre su piel que provocaba el golpeteo suave de cada gota, haciéndola sentir viva y consciente de cada centímetro de su piel. Hasta el momento no había sentido nada comparable a esa sensación de euforia. Por eso anhelaba, desde la muerte de su madre, un día de lluvia que le permitiese volver a sentirse así. Pero entonces llegó el maldito de Lockwood y la miraba de esa forma. «¿Qué demonios pretendía conseguir al hacerlo?», se preguntó frustrada.

Lo odiaba por robarle la paz, por meterse en su mente, por burlarse de ella, por hacerle querer cosas que no podía tener y, sobre todo, por haber arruinado la blusa que le había hecho su madre. Finalmente, derrotada por la infinidad de sensaciones que le presionaban el pecho, dejó que las lágrimas saliesen como un torrente empapando sus mejillas.

Entre la neblina provocada por el llanto vio que su móvil vibraba sobre

el lavabo. Comprobó la pantalla y vio que se trataba de un nuevo mensaje de Zora. Le había escrito al menos media docena, desde que entró en su casa. Decidió contestarle:

«No consigo que salga la mancha. Si vuelvo a ver a ese tipo, te juro que lo despellejo vivo. Te llamo cuando salga de aquí.»

Dejó el teléfono y clavó la vista en su reflejo en el espejo. Sus ojos violetas estaban enrojecidos y brillantes por las lágrimas, al igual que su rostro hinchado. Estaba hecha un desastre. Respiró con profundidad y se lavó con agua helada, esperando borrar todo rastro de la llantina y, sobre todo, del recuerdo de los malditos ojos azules que la atormentaban.

—¿Has visto lo que has hecho? —Zora mostró el mensaje a Shawn, colocando la pantalla de su móvil frente a los ojos de su amigo, que tuvo que apartarse.

Sintiéndose acosado echó un vistazo al mensaje.

—¿Va a despellejarme vivo? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—¡No es divertido, Shawn! Yo vendiéndole tus bondades y tú te burlas de ella y le estropeas la blusa.

—Solo es tela y no lo he hecho a propósito. La he invitado a otro helado, ¿qué más querías que hiciera?

—¡Maldita sea! No es solo un trozo de tela. Se la hizo su madre antes

de morir. Y sabes, esperaba que al menos te hubieses disculpado. Te juro que cuando estás con ella no te reconozco.

Shawn que se había quedado perplejo ante la revelación de la procedencia de la blusa, bajó la cabeza, mientras se quitaba los guantes. Desde que había vuelto a casa estaba trabajando en la puesta a punto del motor del coche de Percy. Disfrutaba enfrascado en esa tarea, cuando había llegado Zora con ganas de pelea. No era habitual verla enfadada. Pero estaba hecha una furia por el incidente con su amiga y no había entendido a qué venía tanto drama, hasta ese momento.

—¿Se ha ido muy mal? —preguntó en tono bajo, apoyándose en el capó del coche.

—Fatal. Estoy segura de que estaba aguantando el tipo, frente a mí, pero parecía a punto de llorar.

Shawn resopló. Evidentemente no había querido dañarla. Solo le había parecido divertido pincharla un poco al ver que se enfurecía tanto por un pequeño accidente. Si hubiese sabido que la blusa era tan importante para ella, no se habría burlado.

Se arrepintió mentalmente de haberse dejado llevar de esa forma.

—¿A qué te referías con eso de que le has estado vendiendo mis bondades? —la interrogó recordando sus palabras.

—Pues... nada... —Zora se dio cuenta de que había vuelto a hablar de

más y se mordió el labio.

—Pues nada, ¿qué? ¿Qué estás tramando, pequeña bruja?

Zora no se sintió ofendida por el comentario. Shawn la llamaba pequeña brujilla desde que se disfrazó, a los diez años, de bruja en Halloween y había ido a pedir caramelos a su puerta subida en la aspiradora de su padre. Y aunque él le sacaba más de cuatro años, eran amigos desde entonces.

—¡No tramo nada! La culpa es tuya por mirarla de esa forma. Me di cuenta en seguida de que te gustaba...

—Estás confundida —se apresuró a negar apartándose el cabello de la cara, recogiendo la parte delantera en una coleta.

—Claro, claro... Y lo que es peor, a ella también le gustas. Bueno, al menos antes de esto, creo que le gustabas... —continuó desechando su negativa.

—¿Le gusto? —La sonrisa esperanzada de Shawn borró el enfado de Zora y sonrió con él.

—Le gustabas. Ahora, palabras textuales: «quiere despellejarte vivo».
—Volvió a enseñarle la pantalla del móvil.

—Imagino que me lo merezco. Aunque puedo asegurarte que no era mi intención hacerle daño.

—Eso ya lo sé. Por eso esta misma mañana le decía lo buen tipo que eres... y esas cosas... Y ahora, me has dejado por una mentirosa. —Terminó

levantando la barbilla muy digna, mientras se cruzaba de brazos.

Shawn sonrió.

—Supongo que tendré que solucionarlo.

—Ya te digo yo que sí. Tara es especial. Ha sufrido mucho por diversos temas familiares y no quiero que le hagas daño, ¿me oyes? —preguntó sacudiendo un dedo frente a su rostro—. O te las verás conmigo. No te dejes engañar por estos bracitos aparentemente inofensivos —apuntó tocándose los bíceps, delgados como espigas.

—Me das un miedo terrible, sí —ironizó—. Pero no temas, voy a arreglarlo. Te doy mi palabra.

—Date prisa, este pueblo es pequeño y paso de estar jugando al gato y al ratón cada vez que queramos hacer algo —le advirtió comenzando a marcharse.

—¡A sus órdenes! —Se despidió él con un saludo militar, que hizo que Zora volviese a reír.

Cuando se quedó de nuevo a solas, Shawn se pasó la mano por la nuca y suspiró con fuerza. «¿Así que le gusto?». Sopesó aquella posibilidad y una sonrisa perezosa se dibujó en su rostro. No podía negar que la idea le agradaba, aunque ella era joven. Tal vez demasiado. ¿Cuántos años tendría, diecinueve, veinte? Él tenía casi veinticuatro y una vida que cada vez se asentaba más en Nueva York. Comenzar una relación de verano no parecía lo

más justo ni sensato para nadie.

La mirada violeta de Tara volvió a él como un rayó. Recordaba como refulgía esa mañana cuando la enfadó, sus mejillas encendidas y su frustración al intentar replicarle. Incluso en ese momento había deseado besarla. Al igual que el día anterior. La había tenido tan cerca... Acariciar su piel había sido extasiante. Y si hubiesen disfrutado de un par más de segundos a solas, sabía que se habría dejado llevar por la necesidad de probarla. Su boquita con forma de corazón lo había provocado desde la primera vez que la vio. En realidad, toda ella había sido una tentación desde entonces. Una atracción que debía evitar a toda costa. Aunque, antes de nada, se sentía en la obligación de arreglar el estropicio de aquella mañana. Y como bien le había sugerido Zora, cuanto antes, mejor.

Tara salió del baño, apartándose el cabello del rostro y comprobando que sus mejillas ya no ardían como antes, fruto de la rabia y el llanto.

—¿Qué te pasa en la mano?

La pregunta de Apple la pilló por sorpresa.

—¿Qué haces aquí? ¿Te dejaste algo sin cotillear ayer? —le espetó aún movida por el enfado.

—¡Nooooo! —se quejó la niña—. Solo he venido a invitarte a ver mi cuarto, si estabas libre.

Tara se sintió miserable en ese mismo instante.

—Lo siento, Apple —se disculpó suspirando—. No he tenido una buena mañana, pero tú no tienes la culpa. Perdóname. —Sonrió con sinceridad—. Si sigues queriendo enseñármela, estaré encantada de verla.

Tara esperó una respuesta, pero se dio cuenta de que Apple no había oído una sola palabra, absorta y con la mirada perdida.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó la niña señalando su mano.

Tara elevó la mano izquierda para mirársela y abrió los ojos de par en par. No se había dado cuenta, pero tenía la muñeca muy hinchada y amoratada. Debía haberse lesionado al golpear el lavabo. Miró a Apple que estaba en estado de shock. Su muñeca tenía mala pinta.

—¿No te duele? —preguntó en un susurro.

Tara suspiró.

—No, no me duele —confesó finalmente.

—Eso es guay, ¿no? —preguntó la niña sin dejar de mirar su muñeca, cada vez más hinchada.

—Puede que un poco, pero es peligroso. —Se acercó a ella y posó la muñeca sana en el hombro de la niña—. Apple, tengo que ir al médico, urgentemente. ¿Puedes decirme dónde está el centro hospitalario?

—No, voy a llamar a mamá. Ella te llevará —dijo gritando mientras salía corriendo de la habitación.

Tara se miró la mano y apretó los labios, dándose cuenta de que su pesadilla acababa de empezar, de nuevo.

CAPÍTULO 10

Tara releyó nuevamente la etiqueta del antiséptico que había sobre la bandeja metálica, a su lado. Llevaba esperando en el box de urgencias más de media hora a que el médico que la había atendido regresase con el resultado de sus placas. Robin permanecía a su lado, moviéndose de un lado a otro. Había recorrido los escasos dos metros del box, tantas veces como ella había leído aquella maldita etiqueta, que ya se sabía de memoria. Sabía cómo se sentía, las cosas que pasaban por su cabeza. A sus casi veinte años de vida, había estado en urgencias ciento ochenta y seis veces. Casi todas las que recordaba, con su madre o su tía. Conocía el momento de la angustia al descubrir que se había lesionado, la agonía de la espera imaginando cada una de las posibles repercusiones de la herida, la negación de que fuese a ir mal, la forma de contener el aliento mientras esperaban el veredicto del médico... La diferencia en esa ocasión era que Robin no era su madre. Ella no debería estar allí, o preocupándose por ella, sintiendo la responsabilidad de su cuidado. Odiaba ser dependiente, más cuando estaba segura de ser una carga no deseada para la mujer de su padre. ¿Quién querría algo así?

El móvil de Robin vibró y la vio inspeccionar la pantalla con celeridad.

—Es tu padre. Quería venir, pero le he dicho que mejor nos espere en casa. No creo que tarde mucho más en volver el médico. Estaremos pronto

fuera —le dijo con una sonrisa tensa.

Tara se limitó a asentir.

—¿Te duele? —le preguntó la mujer, acariciándole la espalda. Al momento ella misma se dio cuenta de lo absurdo de aquella pregunta y apretando los labios, dio un paso atrás, sintiéndose incómoda.

Por suerte, la cortina del box se corrió y tras ella apareció el médico, interrumpiendo la molesta situación.

—Bien, Tara... Ya tenemos las placas y son buenas noticias. No se aprecian fisuras ni fracturas. En principio parece solo una contusión, aunque la inflamación impide que podamos comprobar si hay algún tipo de distensión en los ligamentos o daño muscular. Que, en cualquier caso, sería leve. Por la descripción del golpe que me has dado no deberíamos esperar mayores problemas.

—¡Eso son fantásticas noticias! —dijo Robin recuperando el entusiasmo y el aliento.

—De todas formas y por mera precaución voy a recomendar que lleves la férula que te hemos puesto al menos una semana. La inmovilidad y elevación de la zona ayudará a la recuperación y a bajar la inflamación. Esta férula plástica, además de ser impermeable y facilitar que puedas bañarte y ducharte sin problemas, permite su ajuste y compresión, adaptándola según baja la inflamación. Es bastante ligera y...

—Perdone doctor, pero no es la primera vez que la uso. No es necesario que me cuente más. Si no tiene ninguna otra recomendación, volveré en una semana.

Tara quería marcharse de allí cuanto antes. Había estado suficientes veces en una sala de urgencias como para saber lo que venía a continuación. Y no estaba de humor para soportarlo.

—Por supuesto. Aquí tiene las recetas para los antiinflamatorios. Y... si me permiten un momento... He visto su expediente y...

Tara inhaló con desgana.

—Y le gustaría estudiar mi caso —lo interrumpió.

—Es un caso entre un millón... —apuntó el doctor con una sonrisa.

Tara hizo una mueca con los labios, de desagrado.

—Lo sé. Pero no estoy interesada. —Bajó de la camilla con la intención de marcharse. Vio dudar a Robin sobre qué hacer y supo que el doctor aprovecharía el momento de titubeo. Era demasiado tentador para ellos.

—Siento insistir, pero tengo un amigo genetista...

—Por favor, le he dicho que no estoy interesada. —En esta ocasión su tono fue seco y cortante.

—Tara, tal vez el doctor... Dawson —intervino Robin leyendo el nombre en la bata del médico—, pueda ayudarte.

—No, no puede hacerlo.

—Pero...

Ya no lo soportó más.

—¡No! ¿Es que no lo entendéis? No soy un juguete roto que se pueda arreglar. No tiene cura. Seré así para siempre, el bicho raro que no puede sentir dolor. La eterna indefensa a la que hay que estar vigilando constantemente para que no muera de una apendicitis. Esto es lo que hay. Lo siento si es demasiado duro para ti, pero yo no he pedido estar aquí. Puedo marcharme cuando quieras.

Tras su pequeño discurso, Tara tomó las recetas de manos del doctor y salió del box dirigiéndose a la puerta de urgencias con paso apresurado.

Necesitaba aire fresco y despejar su cabeza.

—No quiero que te vayas. Y no es demasiado para mí —le dijo Robin minutos más tarde, ya en el coche.

Desde que se habían marchado del hospital habían estado envueltas en un incomodo y tenso silencio que había esperado que durase todo el trayecto, por lo que se vio doblemente sorprendida con su declaración.

—Yo... solo soy nueva en esto. Sé que no soy tu madre... Ni pretendo serlo —se apresuró a continuar cuando vio que Tara iba a dar una replica a su comentario—. Ella es irremplazable. Pero te pido un poco de paciencia y,

sobre todo, comunicación. Si me hubieses contado que este tipo de ofertas por parte de los médicos es habitual e inútil, yo misma te habría evitado el trago. Pero no lo sabía. Quiero que entiendes que si fueses mi hija y un médico me intentase convencer de que puede ayudarte, lo habría escuchado sin pensar. Solo quería que supieras que estoy contigo. Y para mí no eres una carga ni una obligación.

Tara miró a Robin por primera vez en todo el trayecto y leyó en su rostro que hablaba con sinceridad.

—Lo siento —dijo sin pensar, pero sintiendo cada letra—. Intentaré ser más comunicativa.

—Por el momento, creo que será suficiente —replicó la mujer con una sonrisa satisfecha.

Inesperadamente, Tara se sintió mejor al verla sonreír. Aunque no era tan extraño, pensó. El problema lo tenía con su padre, no con ella.

Justo acababa de pensar en él cuando llegaron a la casa y lo vio salir por la puerta, como si las estuviese esperando con impaciencia. Apple, salió tras él. Graham debía haberla recogido de casa de la vecina, donde la habían dejado mientras iban al hospital. La cara descompuesta de su padre fue demasiado turbadora para ella y evitó mirarlo.

Shawn acababa de aparcar su furgoneta en la acera, frente a la casa de

Tara, cuando la vio llegar en coche con la señora Liberman. Estaba a punto de bajar para acercarse, cuando el señor Liberman salió de la casa y fue hacia el coche con una expresión que lo hizo detenerse. Estaba serio, tenso, alterado. Llegó hasta el coche y abrió la puerta de Tara con urgencia. Esta salió del vehículo. Él fue a tocarla, pero ella lo evitó con el brazo. Al elevarlo vio que llevaba escayolada la muñeca.

«¿Qué demonios le habría pasado?», se preguntó. Tendría que quedarse con la duda, pues Tara entró en la casa con rapidez. Y los Liberman tras ella.

CAPÍTULO 11

Shawn miró la ventana de Tara una última vez antes de decidirse. Ella no le había dejado otra opción. Se sentía cada día más culpable por el incidente de la heladería y, o solucionaba aquel tema pronto o no podría volver a pensar en lo que le restaba de vida en otra cosa que no fuese ella. Si hubiese tenido diez años menos quizás hubiese trepado hasta su ventana. Pero aquello habría parecido un acto romántico que intentaba evitar a toda costa. Había tomado la decisión de alejarse de ella, por el bien de los dos. Solo necesitaba disculparse y asegurarse de que estaba bien. Habría podido hacerlo por teléfono si Zora le hubiese dado su número, pero esta se había negado, alegando no sé cuántas cláusulas de lealtad entre amigas. Y por lo que sabía, Tara llevaba sin salir de casa tres días. Él hubiese llamado a la puerta y preguntado directamente por ella, pero su amiga le había comentado por encima la relación que Tara tenía con su padre y no quería ponerla en una situación violenta con él. De manera que allí estaba, como un tonto con un montoncito de pequeñas piedras en la mano, a punto de ametrallar su ventana hasta conseguir que saliese.

Dio un par de pasos hacia atrás calculando la trayectoria para impactar en el cristal, y lanzó la primera. Esperó unos segundos sin que sucediese nada. Maldijo entre dientes y volvió a intentarlo. Media docena de piedras

más tarde, ya maldecía abiertamente. Aquella táctica parecía mucho más efectiva en las películas. Oía música, quizás ella no lo escuchase por eso. Posó las manos en las caderas y sopesó sus posibilidades. Miró hacia atrás y vio la luz de Zora, también encendida.

Suspiró antes de hacer la llamada.

—Hola brujita —la saludó cuando ella contestó, sorprendida—. No quiero que digas nada. Solo que me hagas un favor.

—No voy a darte el teléfono de Tara —le aclaró rápidamente, haciendo caso omiso a su petición de que no hablara.

—No quiero su teléfono. Pero..., ¿podrías llamarla tú y decirle que se asome a su ventana? Me estoy quedando sin piedras y no se entera.

—¿Estás bajo su ventana? ¡Espera que te vea...!

Shawn sacudió la cabeza, negando, mientras escuchaba ruidos al otro lado de la línea. No tardó en verla aparecer en su ventana, sujetando su móvil con una mano mientras lo saludaba enérgicamente con la otra.

—¡Oh, Shawn! ¡Qué romántico!

Él volvió a resoplar.

—No es romántico, solo quiero disculparme y no me habéis dejado otra alternativa.

El silencio al otro lado de la línea lo hizo sentir sumamente incómodo. Sabía que Zora no había creído una sola de sus palabras, entre otras cosas

porque veía su silueta bailar frente a la ventana.

—¿Vas a ayudarme o no? —preguntó impacientándose.

—¡Claro, claro! Ahora mismo. ¡Oh, Shawn! ¡Qué bonito! —dijo la pequeña brujilla antes de colgar.

Shawn se frotó la nuca esperando ver algún movimiento en la ventana de Tara. Ya pensaba que la chica se habría negado a satisfacer su petición, cuando la música cesó y el cristal se abrió. Incomprensiblemente, en el momento en el que lo hizo, su corazón se aceleró.

—¿Shawn? ¿Qué haces ahí abajo? —preguntó ella sin poder creer que estuviese bajo su ventana.

La vio apartarse el largo cabello a un lado y sujetárselo con la mano. Bajo la luz de aquella brillante luna llena, la piel pálida de Tara resplandecía como una ensoñación. Estaba preciosa y tragó saliva temiendo que, finalmente, no le fuesen a salir las palabras.

—Necesito hablar contigo —pidió sin más.

Tara miró a un lado y a otro, imaginó que sorprendida. El mismo no encontraba una explicación lógica a su necesidad.

—¿Y tiene que ser ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer que dar un paseo a la luz de la luna, con un perfecto idiota?

Tara se mordió los labios para contener una sonrisa tonta.

La sonrisa perezosa que le brindaron los labios masculinos provocaron un nudo en su estómago. Lo odiaba, eso no se le olvidaba. Pero una parte de ella se moría por saber qué tenía que decirle con tanta urgencia. No se habían visto en tres días y, aunque no pensaba reconocerlo, durante ese tiempo en demasiadas ocasiones se había sorprendido rememorando su mirada azul. Que Zora se pasase el día hablándole de lo buen tipo que era y lo muy arrepentido que estaba, tampoco había ayudado. Tal vez él solo quisiese disculparse...

—Si es por lo del otro día... no hace falta...

—Tara, hace una noche estupenda, pero no me apetece tener esta conversación a gritos. O bajas tú o subiré yo. —Ni corto ni perezoso fue hasta el enrejado de madera sobre el que crecía la enredadera que cubría el lateral de la casa y ante la mirada atónita de Tara, comprobó la firmeza de la misma.

—¡No! No lo hagas. Está bien, bajaré.

Shawn no se molestó en ocultar la sonrisa satisfecha por haberse salido con la suya. Y ella sacudió la cabeza pensando que estaba loco. Entró en la habitación y comprobó su aspecto. Llevaba un pantalón corto de algodón y sobre este una camiseta de tirantes, blanca. Se miró en el espejo y se dio cuenta de que estando él esperándola, no tenía mucho tiempo para hacer algo por adecentarse. Tomó una chaqueta rosa de punto fino de su armario y se la

puso. Era grande y holgada y podía pasar la muñeca con la férula por la manga, sin dificultad. Le llegaba hasta la mitad del muslo, por lo que la hacía sentir menos expuesta. Se calzó las zapatillas sin desatar los cordones y tras pasarse la mano sana por el pelo, un par de veces, salió de la habitación.

Bajó las escaleras con sigilo. Apple estaba viendo la televisión y su padre y Robin, leyendo en sus sillones, en la misma sala. Se asomó al marco de la puerta sorprendiendo a los tres.

—Voy a salir un rato a dar un paseo. Vuelvo pronto —dijo con la intención de escabullirse inmediatamente. Pero su padre fue más rápido que ella.

—¿Adónde vas? ¿Con quién?

—Ya te lo he dicho, a dar una vuelta. Necesito despejarme.

—Cariño, lleva tres días encerrada en casa, es normal que quiera salir. Es verano y hace una noche fantástica —intervino Robin, tocándole el brazo.

Graham no parecía convencido del todo, pero finalmente asintió. La sonrisa que pareció ver en los labios de Tara, al aceptar su marcha, fue alentadora para su corazón.

—Llévate las llaves. Están junto a la puerta —le dijo, sin más.

Tara asintió y se marchó antes de que pudiese arrepentirse.

Cuando salió al exterior el aire fresco de la noche la envolvió erizando su piel. Aunque no habría podido asegurar si por la brisa nocturna o por saber

que iba a estar a solas con él. El corazón comenzó a latirle frenético cuando al girar la casa lo vio esperándola, apoyado en el tronco del árbol más cercano a la vivienda. Caminó despacio hacia él, intentando que no se le notase la excitación creciente que aumentaba en su interior. Se recordó mentalmente que seguía furiosa con él por el destrozo que le había hecho en la camisa. Zora se la había pedido al día siguiente, decía que su padre tenía un detergente que lo sacaba todo, pero aún no le había dicho si tenía arreglo. Con aquel pensamiento presente fue hacia él, sintiéndose menos débil. Cuando estuvo a pocos pasos de llegar al árbol, Shawn, que la había estado contemplando con gesto indescifrable salvo la distancia entre los dos y fue a su encuentro.

—Hola —la saludó a escasos centímetros.

Tara se quedó mirando su boca un segundo e inmediatamente desvió la mirada, mordiéndose el labio.

—Hola —respondió ella. Se apartó el cabello a un lado, solo por no saber qué hacer con las manos.

—Gracias por bajar. No las tenía todas conmigo después de mi comportamiento del otro día. —Shawn inclinó la cabeza para obligarla a mirarlo a los ojos y Tara pensó que quizás no había sido una buena idea acceder tan rápidamente.

—Bueno, lo de dar un paseo con un idiota me ha convencido. Nunca he

dado una vuelta con uno, antes. Tengo curiosidad.

Shawn desplegó esa sonrisa granuja suya y Tara se saltó un latido.

—Me lo merezco. No me comporté como es debido, y lo siento. Sé que no tienes por qué creerme, pero no soy así. Y de saber que la blusa era tan especial para ti jamás habría bromeado sobre ello.

Shawn vio apagarse la mirada de Tara en cuanto nombró la prenda y algo se encogió en su interior. Supo que era el momento de hacer algo al respecto y, echando una mano a su espalda, sacó de debajo de su camiseta una bolsa blanca y se la ofreció.

Tara lo miró, atónita, y la tomó sin saber qué esperar. Abrió la bolsa y se asomó al interior para reconocer la tela de su blusa. Con el ceño fruncido por no entender qué hacía él con ella, terminó de sacarla del envoltorio. Cuando vio que sobre la prenda doblada no había rastro de la mancha de chocolate, se quedó sin palabras.

—Mi abuela tiene unas manos milagrosas. No hay mancha que se le resista. Tiene sus trucos y cuando le conté lo que había hecho, se ofreció a limpiarla.

—¿Le contaste a tu abuela lo que pasó?

—Claro. Es la mujer más sabia que conozco.

La respuesta le agradó tanto que no pudo evitar sonreír.

—Y tiene unas manos mágicas. No queda ni rastro. Es ...

impresionante —dijo contemplando la prenda, extasiada—. Gracias, muchas gracias —dijo realmente conmovida. Y sin pensarlo fue hasta él y le dio un beso en la mejilla, llevada por la emoción y la gratitud.

Shawn se quedó muy quieto. Sintió la suave piel de sus labios acariciarle la mejilla. Dejando una impronta sobre su piel que lo hizo estremecer. El cabello de Tara le acarició el brazo y su aroma a vainilla y coco, lo emborrachó. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por mantener las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero cuando ella se alejó. Lo único en lo que fue capaz de pensar fue en tomarla por la cintura, devolverla junto a él, abrazarla, y besar su preciosa boca con forma de corazón. Contuvo el aliento clavando su mirada azul en ella. «¡Mierda! Estaba perdido». Solo le había dado un beso en la mejilla, en agradecimiento. «¿Qué diablos le estaba pasando?»

—Me gustaría dar las gracias a tu abuela, personalmente. ¿Te importa si me acerco mañana para hacerlo? —La pregunta de Tara interrumpió su diatriba mental.

—Claro que no. Le gustará verte —se oyó decir como un autómatas. No podía dejar de perderse en su mirada violeta y en los gestos dulces e inocentes de su rostro.

—Genial... —dijo mirándolo impaciente. Él se había quedado inmóvil tras el beso y no sabía si el gesto había estado fuera de lugar—. ¿Sigues

queriendo dar ese paseo?

—Por supuesto —respondió él. Pero en su interior estuvo seguro de que acababa de perder cualquier oportunidad de poner distancia entre los dos y dejar aquello en una simple amistad.

CAPÍTULO 12

—¿Y este es tu lugar favorito de todo Woodstock? Pensaba que me llevarías a alguno de sus famosos puentes cubiertos, a ver árboles centenarios, o cuevas escondidas. —Tara miró el viejo depósito de cereales, sobre sus cabezas, y después a Shawn que se encogió de hombros.

—Me gusta disfrutar, de vez en cuando, de algún momento de soledad. Y este es mi sitio. Nadie viene por aquí.

—La verdad, no me extraña. Es solo un silo —dijo ella, nada impresionada.

—¡No te cargues la magia!

—¿Qué magia? —preguntó riendo—. Llevamos caminando tres cuartos de hora subiendo la colina, y resulta que veníamos a una monstruosidad de hormigón perdida en medio de... ¿la nada?

—Para ver la magia tienes que subir allí arriba —continuó, desechando sus argumentos y señalando la plataforma sobre el silo.

—Estás loco. ¡No pienso subir! Además, ¿has visto mi muñeca? No estoy en las mejores condiciones para hacerlo.

—Eso parece... Por cierto, ¿qué has hecho? ¿Pelearte con un oso?

—Con un lavabo, más bien. Me gustaría decir que él quedó peor, pero no es así —respondió con una mueca.

—Ya... —Shawn ladeó la cabeza y la observó. Sus preciosos ojos brillaban de una forma única, cuando sonreía—. Pues tienes que ver lo que hay ahí arriba. Así que... ¿Cuánto pesas?

—¡Oye! ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Da igual. No creo que mucho —dijo repasándola de arriba abajo.

Tara, que se sintió un poco expuesta, cruzó los brazos como si con aquel gesto pudiese evitar su inspección. De repente lo vio girarse dándole la espalda, mirar hacia arriba, y decir:

—Tienes dos opciones; puedes subir a mi espalda, o tú primero y yo detrás de ti, sujetándote.

Ella abrió los ojos de par en par.

—Te has vuelto loco. —Decidió.

—En absoluto. Eres pequeña, puedo contigo sin problemas. Si te subes a mi espalda y te agarras a mi cuello con fuerza, en dos minutos estamos arriba.

—Es una locura...

—No son ni cuatro metros.

—¿Y te parecen pocos?

—A cambio de lo que hay ahí arriba, sí. ¿Qué me dices, vas a ser valiente y dejar que te sorprenda?

A Tara le pareció que su corazón latía diferente al escuchar sus

palabras y reconocer la similitud con las de su tía Sit; «Prométeme que serás valiente, que dejarás que la vida te sorprenda y que llenarás cada día de nuevas e inolvidables experiencias. El mundo es grande, pero tú lo eres más.» Estaba segura de que su tía no se refería a que subiese a un viejo silo cuando la animó a tener nuevas vivencias, pero ahí estaba. Entre una escalera de casi cuatro metros y unos ojos azules capaces de detener el mundo. La pregunta era, ¿confiaba en él hasta el punto de arriesgarse a subir con su ayuda.

No tuvo que contestarse, porque su corazón lo hizo por ella.

—Está bien, yo primero.

La sonrisa de Shawn fue tan estimulante como turbadora. Lo vio tomar una goma de su muñeca y elevando los brazos, recogerse la parte delantera del largo cabello dorado.

Tara tragó saliva. Tras hacer aquel movimiento pudo apreciar los fuertes bíceps de Shawn elevarse, y sus esculpidos abdominales quedaron al descubierto lo suficiente para hacérsele la boca agua. Desvió el rostro, completamente azorada cuando él la miró con curiosidad. No era la primera vez que se fijaba en esa parte de su anatomía y su cuerpo reaccionó con desesperada necesidad.

—Está bien, vamos allá —se oyó decir a sí misma.

Necesitaba escapar en ese momento, aunque fuese hacia arriba.

Se sujetó con fuerza con la mano derecha a la escalera de metal. Los

escalones eran planos y lo suficientemente anchos como para apoyarse con comodidad. Con el antebrazo de la mano lesionada, rodeó la otra barra de la escalera y dio el primer impulso para subir el escalón. Exhaló enérgicamente sintiéndose más segura. No había sido tan difícil pero, estaba a escasos veinte centímetros del suelo, no era el momento de pecar de confiada.

Con un nuevo impulso y una sonrisa, repitió la operación. Volviendo a apoyar primero la pierna y el brazo derecho. Ocho escalones más arriba creía que podría conseguirlo. Y entonces sintió los brazos de Shawn junto a sus gemelos. Se giró lo suficiente para ver que él la seguía muy de cerca. Tanto que tenía el rostro casi pegado a su trasero.

—¿Qué haces? —le preguntó sintiendo peligrar sus fuerzas.

—Asegurarme de que, si das un traspies, podré cogerte a tiempo.

Tara se mordió el labio pensando que una parte de ella se sentía más segura, pero otra, la que lo imaginaba mirándole el culo mientras subía, se estaba poniendo de los nervios.

—¿Me estás mirando el culo? —preguntó sin más.

—Bueno... Es difícil no hacerlo desde esta perspectiva. ¿No querrás que suba con los ojos cerrados, ¿verdad?

Tara apretó las mandíbulas.

—Si te sirve de consuelo, no solo te miro el culo. Tienes unas piernas espectaculares. —La risa golfa de Shawn le provocó un hormigueo en el

estómago.

—¡Eres un caradura! —le espetó volviendo a subir un escalón. La mala suerte hizo que, en su estado de enfado y confusión, no apoyase bien el pie y resbalara. Se aferró con fuerza a la escalera sintiendo las piernas de gelatina, y pegando el cuerpo al metal tanto como pudo.

—¡Ay, Dios! —exclamó mirando abajo de reojo. Ya llevaba más de la mitad del camino recorrido.

—Tranquila, estoy aquí —le dijo Shawn llegando hasta ella.

Tara contuvo el aliento al sentirlo pegado a su espalda. Él, mucho más alto que ella, tenía los pies en el escalón de debajo del suyo, y la rodeaba con su cuerpo. Ya no podía temer que le mirase el culo, porque ahora lo presionaba con su cuerpo. Podía sentir su firmeza y calor a través de la ropa.

Tragó saliva.

—No voy a dejar que te caigas, ¿de acuerdo? —le susurró al oído y toda su piel se erizó en respuesta.

Tuvo que morderse los labios para no gemir. Cerró los ojos un segundo, apoyando la frente en el metal de la escalera.

—¿Tienes miedo? —preguntó nuevamente acariciando con su aliento la piel de su mejilla. Su voz sonaba más grave, susurrante, e íntima. No podía describir con palabras el torbellino de sensaciones que le estaba provocando. Se sentía enfebrecida, mareada por el deseo. Por suerte no podía mirarlo a los

ojos en ese momento, o habría sido su perdición.

Negó con la cabeza a su pregunta pero, su respiración entrecortada producto de la excitación, llamó su atención.

—Tranquila, respira. En unos segundos estaremos arriba. No te asustes, voy a rodearte la cintura con mi brazo.

Tara contuvo la respiración. Un segundo después él deslizaba su fuerte brazo derecho en torno a su cintura, pegándola a su cuerpo. Sentía la palma de la mano masculina posada en su estómago. Incluso su dedo pulgar, rozar ligeramente uno de sus senos.

El aire ya no llegaba a sus pulmones.

—Vamos —la instó a subir—, ahora los dos con la pierna derecha y nos impulsamos. Cuando tengas el pie bien posicionado, subimos la izquierda.

Solo se atrevió a asentir con la cabeza. Estaba segura de que de intentar hablar, su voz sonaría tan áspera como si hubiese estado masticando la corteza de un árbol.

Literalmente dejó de pensar, tan solo sentir; su brazo fuerte, aquel dedo travieso que la acariciaba bajo su pecho, la presión del cuerpo masculino contra el suyo, y su voz hipnótica en el oído. Cuando fue a darse cuenta daba el último paso y, tras el impulso final llegaba hasta la parte superior del silo.

Allí había una pequeña barandilla de un metro más o menos que,

aunque firme, no le aseguraba impedir la caída si permanecía de pie. Decidió sentarse mientras Shawn terminaba de subir.

Tara se quedó absorta. Las vistas eran espectaculares. Desde allí se podía divisar el pueblo en toda su extensión. El cielo, tan oscuro como la boca de un lobo, lucía salpicado de estrellas que relucían tintineantes junto a una inmensa luna llena. Las luces de la ciudad se confundían con sus gemelas astrales. Bajo la luz plateada de la luna se recortaban las siluetas de los árboles y edificaciones más lejanas. Inmediatamente echó de menos su cuaderno y sus lápices. Le habría encantado pintar aquel paisaje cargado de energía y magia.

—¿Qué te dije? ¿A que es espectacular? —lo oyó preguntar a su espalda.

—Sí que lo es. Tenías toda la razón —repuso sin darse la vuelta—. No me extraña que te guste subir aquí.

—Es mi refugio —dijo mientras se sentaba pegado a ella. Sus muslos se tocaban y Tara volvió a sentir la turbación de segundos antes.

—¿Necesitas un refugio? —preguntó intentando desviar sus pensamientos. Se atrevió a mirarlo y fue su perdición. La intensa mirada azul de Shawn se clavó en ella anclándola a sus pupilas. De repente él apartó la vista perdiéndose en la inmensidad de la noche y, apoyando los antebrazos en la barandilla, comenzó a hablar.

—La primera vez que subí aquí era solo un niño. Mis padres hacía dos semanas que me habían dejado en casa de mis abuelos. Supuestamente, solo iba a pasar aquí el verano. Pero esa tarde escuché a mi abuelo discutir por teléfono con su hijo, mi padre. Le recriminaba ser un padre nefasto. Le decía que pensase en mí y en lo que sería, a tan corta edad, crecer sin ellos. Mi abuelo, el hombre más recto y con los valores más enraizados que he conocido jamás, no podía creer que su único hijo se desprendiera de su vástago con esa facilidad.

—Debió ser muy duro para ti sentirte rechazado de esa forma...

En los labios de Shawn se dibujó una sonrisa perezosa.

—¿Quieres saber la verdad? Me sentí aliviado. Jamás se lo he contado a mis abuelos porque no quería que supiesen lo que había vivido de veras con mis padres. Pero para mí, que me dejaran aquí, fue el mayor regalo que podían hacerme.

Shawn volvió a mirarla para descubrir su gesto atónito.

—Mis padres son unos hippies inmaduros, incapaces de cuidarse a si mismos, mucho menos de un niño. Aun recuerdo comer de sobras de las fiestas del día anterior. Yo me preparaba solo para ir al colegio, mientras ellos dormían la mona. Me llevaban a sus festivales y tenía que pasar la noche en el coche, sin saber dónde estarían ellos o si iban a volver.

—Eso es terrible... Lo siento mucho. —Movida por un impulso apoyó

la mano en el brazo de Shawn, totalmente conmovida. Ella al menos había tenido a su madre y a su tía. No podía imaginarse lo que era sentirse tan perdido y asustado siendo tan pequeño.

Shawn miró su mano, sobre su brazo, y no se apartó.

—Gracias, pero todo salió bien. Supongo que tengo que agradecer que, en el único momento lúcido de sus existencias, se dieran cuenta de que no podían seguir arrastrándome a esa vida y decidieran dejarme con mis abuelos. Aquel día, tras escuchar que me quedaría aquí con ellos, corrí y corrí durante horas hasta que encontré esta torre. No me lo pensé y subí. Buscaba algo, aunque no sabía qué. Cuando llegué hasta aquí arriba y miré hacia el horizonte, me sentí feliz por primera vez en la vida. Me vi envuelto por la esperanza y la paz, al fin. Y rompí a llorar. Lloré durante horas, vaciándome del miedo y la angustia con la que había vivido. Fue la primera vez que supe lo que era ser feliz.

Shawn sonrió y Tara lo hizo con él. Se hizo el silencio y fue como si el mundo se desvaneciese a su alrededor.

—Y desde entonces, traes aquí a todas las chicas a las que quieres impresionar... —dijo ella riendo, por los nervios.

—Nunca he compartido este sitio, salvo ahora, contigo.

Por la seriedad con la que pronunció su declaración, Tara supo que no mentía, y tragó saliva.

—Gracias por hacerlo —contestó con un hilo de voz.

La brisa nocturna revolvió el cabello de Tara haciendo que algunos mechones cubriesen sus mejillas, y Shawn se apresuró a elevar su mano. Con una tenue caricia los apartó para seguir perdiéndose en la mirada violeta de la chica que, sin pretenderlo, había conseguido que compartiese el momento más íntimo y revelador de su vida. La vio tomar aire con profundidad, haciendo que su pecho subiese y bajase bajo la tela ligera de su camiseta. Y la tentación de besarla se abrió paso en su mente, arrasándolo todo. Cualquier razonamiento anterior que le gritaba que se alejase de ella, se destruyó en pedazos ante la visión deliciosa de sus carnosos labios, entreabiertos y expectantes.

—Tara... —Le acarició la mejilla y vio que seguía el movimiento de su mano, envuelta en la misma necesidad que lo consumía a él.

—Shawn yo...

«¿Qué iba a decirle, que nunca había besado a un hombre? ¿Qué temía parecerle torpe y estúpida, pero que no anhelaba nada más en el mundo salvo que él salvase la distancia entre ambos y se apoderase de su boca?»

Tara lo vio acercarse lentamente, pareciendo que había leído la mente e iba a complacerla. Pero el sonido de su propio teléfono, en el bolsillo del pantalón, hizo que él se detuviese a medio camino. Se miraron durante unos segundos mientras el aparato sonaba cada vez con más fuerza.

—Deberías cogerlo. Puede que sean tus padres. Llevas mucho rato fuera —dijo él finalmente. Y para desconsuelo de Tara, se levantó acercándose a la escalerilla por la que habían subido, dando la velada por terminada.

CAPÍTULO 13

Tara regresaba de visitar a la señora Lockwood, la abuela de Shawn, con una mezcla contradictoria de sensaciones. La visita a la anciana había sido una delicia. Aquella mujer, como bien la había descrito su nieto, era un pozo de sabiduría además de encantadora y entrañable. El señor Lockwood, aunque mucho más serio, le había caído muy bien también. Este último se había visto sorprendido por su visita, más cuando su mujer la presentó como una amiga de Shawn. Cuando esto ocurrió la miró de arriba abajo, con curiosidad. Tara no tardó en reconocer la sonrisa perezosa de su nieto, en la del anciano. Estaba segura de que Jackson Lockwood había sido todo un conquistador en su juventud. Y por la forma que tenía su mujer de mirarlo, tras cincuenta y cinco años de matrimonio, supo que aún lo era.

Pero el hecho de no haber coincidido con Shawn había sido un poco decepcionante. No había ido hasta allí con la intención de encontrarse con él. Pero en su interior dicha posibilidad hacía que su vientre se encogiera y el corazón le latiese a mil por hora.

Finalmente, tras hablar durante dos largas horas con la anciana bajo la atenta mirada de su esposo, decidió marcharse de vuelta a casa. Llamaría a su tía Sit y probaría los nuevos materiales que se había comprado para pintar. Cuando estuviese recuperada quería volver a subir al silo y pintar las

maravillosas vistas, desde allí. Estaba segura de que cada una de las luces del día, confería al espectacular paisaje una magia especial Y necesitaba capturar cada una de ellas.

Recordó que durante su visita había recibido varios mensajes de Zora, interrogándola sobre la noche anterior. Parecía ansiosa por conocer los pormenores de su encuentro con Shawn, aunque no sabía qué esperaba que le contase. Ni ella misma tenía claro qué había pasado. Había sentido tantas cosas, se sentía tan confusa...

Ella no quería una relación, pero a esas alturas era más que evidente que suspiraba por Shawn. Si la hubiese besado la noche anterior, no habría opuesto resistencia. Muy al contrario, se había sentido decepcionada al ver que no lo hacía. Tal vez había confundido las señales, no se podía decir que fuese una experta en relaciones. Él no debía sentir la misma atracción. Y había sido una suerte que no fuese ella la que diese el primer paso, pues su rechazo la habría sumido en la vergüenza más absoluta.

Le iba a costar horrores actuar frente a él con fría normalidad, pero tendría que hacerlo. Solo de pensarlo sintió un nudo en el estómago. Tomó el móvil del bolsillo y se dispuso a quedar con Zora para esa tarde. Tal vez podían ir a dar una vuelta, distraerse, y echar a Shawn Lockwood de su mente. Cuando estaba a punto de abrir los mensajes, percibió que la luz se reflejaba de forma diferente en la pantalla y miró al cielo. Parpadeó al darse

cuenta de que, en cuestión de segundos, este lucía cubierto por espesas nubes.

Cerró los ojos e inhaló. Maldijo una vez más su falta de olfato; una de las desagradables consecuencias que tenía padecer su patología, pues la nulidad de este sentido venía en el lote de no sentir dolor. Su madre siempre le describía el olor de la lluvia, de la tierra mojada, de los campos cubiertos de rocío. Decía que el ambiente se llenaba de electricidad y que la lluvia se podía oler en el aire, cargado de iones, incluso antes de que esta apareciera. Ojalá ella pudiese disfrutar de esa promesa en el aire. Tampoco le importaría conocer el olor de la piel de Shawn. Algo le decía que su aroma sería capaz de erizarle la piel y despertar el resto de sus sentidos.

El sonido del teléfono la abstraigo con brusquedad de sus cavilaciones. Vio que se trataba de Zora y tomó la llamada rápidamente.

—Hola, princesa —la saludo.

—¿Princesa? —preguntó arqueando una ceja.

—¿No eras tú la que anoche tenía un príncipe rondando bajo su ventana? —Por las risas era evidente que su amiga se lo estaba pasando en grande, a su costa.

—Creo que te confundes. Eso es un cuento romántico, y Shawn no tiene ningún tipo de interés en mí, en ese sentido.

Zora hizo una pausa antes de volver a hablar.

—No me lo creo. —Terminó por decidir.

—No hay nada que creer. Solo vino a pedir disculpas, devolverme mi camisa limpia, y a dar un paseo. Fue muy correcto.

—¿Quieres decir que no hubo beso...?

Tara resopló.

—Exactamente.

Zora pensó que, con beso o sin él, si su amiga conociese bien a Shawn se daría cuenta de que jamás se habría tomado tantas molestias por una chica por la que no sintiese interés.

—¿Y a ti te gusta? —le preguntó.

Tara se mordió el labio.

—¿Y eso que más da? Si no es reciproco pensar en tener algo con él es una absoluta pérdida de tiempo y energía. Y la verdad, no quiero volver a hablar de este tema. Estoy volviendo a casa. Le prometí a Apple que hoy vería su ensayo para el espectáculo de ballet. Pero si quieres podemos vernos esta tarde y distraernos un rato.

—Presiento que quieres hacerlo sin chicos.

—¡Qué lista eres! Me encanta que me leas la mente.

Las risas de Zora llenaron la conversación.

—Está bien, sin chicos. ¿Quedamos a las seis?

—Perfecto.

—Un beso, princesa.

—Un beso, brujita.

Zora se quedó mirando el teléfono durante unos segundos, impactada. Ella no le había hablado a su amiga sobre la costumbre de Shawn de llamarla de aquella forma, y a no ser que él lo hubiese hecho, le parecía mucha casualidad que ambos hubiesen decidido llamarla de la misma manera. ¿Qué probabilidades había?

Sonrió, segura de que no se había confundido al intuir que estaban hechos el uno para el otro. Y si ellos no eran capaces de verlo solitos, su obligación como amiga era la de quitarles la venda de los ojos de una vez por todas. Solo tenía que insistir un poquito más.

Tara llegó a casa pocos minutos más tarde y se dirigió, con paso resuelto, directamente al cuarto de Apple. Se había sentido halagada cuando esta, el día anterior, la había invitado a ver su ensayo. Se estaba preparando para una función que se organizaba, previa al baile benéfico para la recaudación de fondos para las obras de conservación que necesitaba la biblioteca del pueblo. Robin estaba completamente volcada en la organización de varios eventos para ese día. De ahí que cada día la viese entre llamadas telefónicas y agendas en las que anotaba hasta el más mínimo detalle. A ella la había invitado en un par de ocasiones a acompañarla para ver lo que estaban organizando, pero aún no se había sentido preparada para

pasar tanto tiempo con la mujer de su padre. Aunque no iba a negar que tenía curiosidad. Tal vez aquella distracción era justo lo que necesitaba para olvidarse de Shawn, decidió girando el pomo de la habitación de la niña.

Las notas dulces del piano de una versión de *The Power of Love*, por Gabrielle Aplin, llegaron hasta ella al abrir la puerta. Conocía bien la canción, la tenía en su lista de reproducción en el mp3. Era un tema precioso, pero más aún la visión de la pequeña bailarina. Toda vestida de blanco se dejaba llevar por la música con una maestría poco habitual en alguien tan joven. Tara no tenía ni idea de ballet, pero contuvo el aliento y las ganas de llorar con cada elegante y fascinante movimiento de su hermanita.

Reconocerse a si misma el parentesco entre las dos fue igual de abrumador, y se enderezó en el sitio separándose del marco de la puerta y pasándose una mano por la frente. El movimiento hizo que la pequeña se percatase de su presencia. Sin dejar de bailar, le brindó una sonrisa. No pudo evitar devolverle el gesto y siguió observándola embelesada y conmovida, hasta que Apple se detuvo con la última nota de la canción.

Entonces ella irrumpió en calurosos aplausos.

—Apple, ¡eres fantástica! ¡No sabía que eras tan buena! Me has dejado... impactada.

—Gracias. —La enorme sonrisa de satisfacción de la niña, como si realmente le importase lo que pensase de ella, se le clavó en el alma.

—Vas a dejarlos con la boca abierta.

—No creo. Da igual lo bien que lo haga si no va nadie a verme —dijo con una mueca de malestar.

—¿Y por qué no iban a hacerlo?

—¿Por qué he quitado todos los carteles publicitando la actuación?

—¿Y por qué demonios has hecho eso?

—Tú no los has visto. ¡Son espantosos! ¡No pienso dejar que los vean!

—Apple le dio la espalda para buscar algo en su escritorio. Como estaba al otro lado del dormitorio, la siguió entrando en la habitación —. Mira, me ha sacado de culo. ¡Es vergonzoso!

Tara tuvo que morderse los labios para no reír al ver el cartel que tan enfadada la tenía. Y no podía decir que no tuviese razón. Algún “iluminado” le había sacado una foto en la que se la veía inclinada hacia delante, colocándose las cintas que sujetaban sus zapatillas de punta. Y su pequeño trasero, en primer plano.

—No te aguantes la risa. ¡Sé que es horrible! En cuanto mamá me lo enseñó supe que tenía que hacerlos desaparecer. ¡Esos carteles pueden acabar con mi vida social!

El gesto teatral de Apple, mientras volvía a ocultar el cartel en el escritorio, le arrancó una nueva sonrisa. Se sintió culpable al verla resoplar de frustración.

—Como ves, estoy practicando para nada. No sé siquiera si debería bailar —dijo tirándose en la cama con dramatismo.

—Apple... ¿Y si yo te diseñara un nuevo cartel?

La niña se levantó como un resorte, incorporándose en el colchón.

—¿Lo harías? —Ladeó la cabeza como una muñeca.

—A lo mejor te gusta menos aún que ese, pero puedo intentarlo...

—¡Oh, sí, por favor! Vi tus dibujos cuando registré tu cuarto y me encantaron. Sería fantástico que me hicieras un cartel nuevo. ¡Me salvarías la vida!

Tara rio cuando la niña saltó de la cama, pero se quedó petrificada al verla correr hacia ella para abrazarla. No supo qué hacer. La sintió rodeándole la cintura con fuerza. Apple elevó el rostro y la miró con un brillo especial en los ojos. Y sin saber cómo, se vio devolviéndole el abrazo. Segundos más tarde, cuando creyó que iba a dejarse llevar por la emoción y llorar como una tonta, la apartó con suavidad.

—Bien, ¿me dejas hacerte unas fotos para el cartel?

La pequeña asintió entusiasmada y, durante la siguiente hora, se dedicaron a hacer su particular y divertida sesión fotográfica.

Las risas de ambas debieron llamar la atención de Robin que apareció en la puerta para ver lo que hacían.

—Hola —la saludó Tara cuando la vio aparecer, deteniendo el juego

con su hermana.

—Estamos haciendo unas fotos. Tara me va a diseñar un nuevo cartel para la representación de ballet —explicó Apple, contenta.

—¡Vaya! ¡Eso es fantástico! Muchas gracias, Tara. Es muy importante para Apple.

Robin le sonrió complacida y ella asintió sin saber bien qué decir.

—¿Te apetece venir hoy al centro cultural? A lo mejor te gustan algunas de las exposiciones que tenemos. Seguro que no son tan impresionantes como las de San Francisco, pero disponemos de una pequeña muestra de arte local que encanta a los visitantes.

Tara estuvo tentada de aceptar por primera vez la oferta de Robin, pero apareció su padre tras ella. Graham tomó a su esposa por la cintura y la besó en el cuello, de forma amorosa.

—¿Qué está pasado aquí? ¿Qué están tramando mis chicas?

Tara se quedó petrificada. De su campo de visión desaparecieron los presentes para recordar con vivida nitidez una escena idéntica, en la que su madre era rodeada por los brazos de su padre en un gesto exacto. Recordó la sonrisa de su madre, sus risas, y como se giró para volverse a besar a su padre en los labios. Después de la marcha de este nunca volvió a verla sonreír de esa forma. Nunca rehízo su vida, centrada como estaba en ella.

—Lo siento Robin, hoy no es buen día —se excusó al tiempo que salía

corriendo de allí. Al pasar junto a su padre y, para evitar el contacto con él, se golpeó en el brazo con el marco de la puerta. Pero no se detuvo. El nudo que crecía en su garganta le impedía respirar. Necesitaba correr, escapar y hacer que el oxígeno volviese a llenar sus pulmones.

Los pies la llevaron hasta la calle. Una vez fuera se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas, mientras dejaba que las lágrimas por fin abandonasen sus ojos para salir en tropel por sus mejillas. La ausencia de su madre se hizo tan angustiosa que quiso gritar. Aun así, de sus labios solo escapó un gemido ahogado por la rabia, la impotencia y el llanto. Se incorporó justo en el momento en el que la primera gota de lluvia caía sobre su rostro, mezclándose con su llanto.

Se detuvo a sentirla sobre la piel, con los ojos cerrados. Una tras otra, fueron cayendo más gotas que impactaban sobre sus mejillas enrojecidas por el llanto. Y de repente la llovizna dio paso a una lluvia constante y espesa, que le devolvió la vida.

Quería disfrutarla lejos de la casa, en soledad, y salió corriendo bajo la lluvia buscando un lugar al que huir de sus propios sentimientos.

CAPITULO 14

Shawn redujo la velocidad de la camioneta al encontrarse, de manera repentina, envuelto por la manta de agua que impedía que viese con nitidez la carretera. No se trataban más que de una tormenta de verano. No eran muy frecuentes, y tan rápidamente como aparecían, se marchaban, dejando a su paso el aire renovado y fresco. Algo de agradecer con aquellas temperaturas de agosto. Activó los limpiaparabrisas y escudriñó el camino. Aquella era una carretera poco transitada, pero no quería encontrarse con sorpresas. Se apartó el cabello del rostro y bajó un poco la ventanilla para que el vaho no empañase los cristales.

Y de repente, ella.

Sacudió la cabeza creyendo estar sufriendo una alucinación. Se había pasado la noche y la mañana recordando la mirada que le había dedicado cuando se levantó, en el silo, dispuesto a marcharse. Había creído advertir la desilusión en aquella preciosa mirada que tenía clavada en el alma. Durante todo el camino mientras la acompañaba hasta su casa, se habían mantenido en un tenso silencio. Conscientes ambos, de que él había levantado un muro entre los dos.

Aunque desde entonces no hubiese hecho otra cosa más que maldecirse por ello.

Y ahora Tara estaba allí, corriendo entre los árboles, bajo la lluvia. Tan rápido como le permitían sus piernas, como si huyese de algo. Aquella posibilidad le estrujó las entrañas y, sin pensárselo dos veces, abrió la camioneta y salió bajo la lluvia. Miró a un lado y a otro y cruzó la carretera. Completamente empapado salió corriendo para seguirla entre los árboles.

—¡Tara! —gritó su nombre. Su voz quedó amortiguada bajo el sonido monótono e incesante de la lluvia.

Siguió corriendo. Sus piernas eran mucho más largas y esperaba acortar la distancia entre ambos, en poco tiempo.

Con cada paso que daba su anhelo por alcanzarla iba en aumento, como si temiese que se le escapase para siempre. Era una locura, solo quería saber que estaba bien. Quiso convencerse a si mismo de que ese era su motivo para perseguirla por el bosque. Ya estaba más cerca e hizo un nuevo intento por llamarla, pero una vez más, esta siguió con su precipitada carrera completamente ajena a su presencia. Entonces la vio llegar a un claro entre los árboles y detenerse bruscamente. Él ya estaba cerca, e hizo lo mismo. Caminó lentamente sin poder apartar la vista de su rostro, inclinado hacia arriba, buscando la lluvia con los ojos cerrados. Tara elevó los brazos y sonrió mientras el agua la empapaba por completo. Parecía feliz, relajada, imbuida en una especie de momento mágico. Parecido al que experimentaba él en la torre del silo. La vio girar sobre si misma, como en un baile lento e

íntimo.

Se quedó extasiado.

Jamás había visto a una mujer más hermosa que ella. Su pecho se hinchó conmovido por un sentimiento inmenso y turbador. Y supo que todos los muros que había levantado entre los dos, acababan de hacerse añicos. No eran más que polvo bajo sus pies, y estos ya caminaban hacia ella, movidos por la fuerza hipnótica que ejercía sobre él desde la primera vez que la vio en el mostrador de la ferretería.

Tara disfrutaba de aquel momento, ansiado durante meses, más concretamente desde la muerte de su madre. La lluvia caía empapando todo su cuerpo, revitalizando cada célula con su golpeteo vibrante. El agua era templada y se fundía con su piel calentándole el alma, aliviando el dolor de su corazón. Era curioso como una persona incapaz de sentir dolor físico, podía sumergirse con tanta facilidad en la agonía de su corazón y el sabor amargo de la pérdida. Pero sentía que aquella lluvia de verano había llegado para mecerla entre sus brazos, arroparla y borrar el llanto de su rostro y de su alma.

Estaba tan sumergida en las múltiples sensaciones que la embargaban, que no fue consciente de la presencia de Shawn hasta que este estuvo a escasos centímetros de ella. Abrió los ojos y se fundió con su mirada un

segundo antes de que este tomase su rostro entre las manos y, de manera imprevista, se apoderase de su boca. Un gemido, llevado por la sorpresa, escapó de sus labios. Y su voluntad estalló en mil pedazos. Su cuerpo reaccionó con violencia a su contacto eléctrico, despertando cada célula de su ser.

Los labios de Shawn dejaron una impronta de fuego sobre los suyos, devastados por la fuerza y la pasión arrolladora del hombre. Su corazón comenzó a latir frenético en el pecho hasta sentirlo como un zumbido sordo y palpitante. Se sintió débil y el aire se hizo denso en sus pulmones. Creyendo que solo podía estar soñando, se separó bruscamente de él.

Tara, con los ojos muy abiertos, lo observó frente a ella. Era real, muy real. Y la había besado. Su corazón desbocado apenas era capaz de asumirlo. Se perdió en su mirada azul que gritaba el mismo anhelo que ella sentía, la misma necesidad y locura. Y el aire volvió a llenar sus pulmones, haciendo que su pecho subiese y bajase con rapidez e impaciencia.

No quiso pensar, solo volver a sentirlo y sin mediar palabra fue hasta él, para ser ella la que uniese sus bocas. Rodeó su cuello y pegó su cuerpo al de Shawn que la recibió con ansia, elevándola mientras sus bocas se fundían en un baile y una búsqueda desesperada por unirse, en todos los sentidos. Shawn irrumpió entre sus labios, poseyéndola con la lengua, en busca de la suya. Sus sabores se mezclaron, emborrachando sus sentidos. Él no había

probado antes la ingenuidad más pura, la inocencia más delirante. Y ella no había sucumbido con anterioridad a la devastadora sensación de perder el control de sus sentidos. Enredó sus dedos finos y elegantes, en el cabello de él, haciendo que la presión de sus bocas aumentara, necesitada de experimentar más. Los dientes de Shawn mordisquearon su labio inferior con suavidad y el gesto hizo que la excitación se anidase en su vientre, despertando instintos animales y primarios que creía dormidos.

Quiso jugar ella también; primero presionó ligeramente los labios masculinos, con los suyos, recorriéndolos con pequeños y tentadores besos tan suaves como el aleteo de una mariposa. Se bebieron el uno al otro y a la lluvia entre sus bocas, con exquisita ternura. Tara se separó para ser ella la que mordisquease su labio, en esa ocasión. Shawn exhaló un gruñido, mientras acariciaba su espalda por encima de la ropa empapada. Y ella se separó nuevamente del abrazo dando un paso atrás, cubriéndose la boca con la mano, avergonzada.

Estaba segura de haberle parecido inexperta y torpe. Incluso era posible que le hubiese hecho daño.

Shawn la observó con las mejillas arreboladas y la respiración entrecortada. Se tocaba los labios hinchidos con los dedos, y lo miraba con una mezcla de sorpresa y azoramiento, completamente encantadores.

—Lo siento —dijo ella dejándolo perplejo.

Shawn sonrió, salvo la distancia entre los dos y acarició su mejilla con dulzura. La lluvia cesó como por arte de magia y ambos miraron al cielo, comprobando que empezaba a despejarse. Lentamente bajaron los rostros para fundirse el uno en la mirada del otro.

—Yo no —aseguró él tomándola por la barbilla y volviendo a depositar un beso sobre sus labios, con una carencia tortuosamente delicada, como si quisiera memorizar cada centímetro de su boca.

Se miraron el uno al otro, reconociendo sus almas. Sintiendo sus corazones latir frenéticos, exaltados y excitados.

Tara supo en ese instante que ya solo dos cosas podrían hacerlo latir de pura felicidad; los días grises, y su mirada azul.

CAPÍTULO 15

—Ven conmigo. —Shawn la tomó de la mano y tiró ligeramente de ella.

Tara se puso nerviosa.

—¿Adónde? —preguntó dudando. Para él, besar a una chica debía ser lo más natural del mundo, pero ella acababa de hacerlo por primera vez. No sabía qué era lo normal en esa situación. Ni lo que esperaba de ella.

—Estamos llenos de barro, podríamos ir a darnos un baño al río. Está cerca.

Shawn entrelazó sus dedos con los de ella, uniendo sus manos íntimamente.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —preguntó tentándola.

—¿Te refieres a algo mejor que darme un baño en el río con un completo idiota?

La sonrisa juguetona de Tara lo dejó hipnotizado. Sin duda se merecía que ella lo llamase así, después de haber huido de sus propios sentimientos la noche anterior. Y le devolvió la sonrisa.

—Sí, a eso me refería exactamente.

Tara comenzó a negar con la cabeza.

—No, hasta la hora de la comida —aseguró volviendo a mirar sus

manos unidas.

Él no esperó a que pudiese arrepentirse y volvió a tirar de ella, para guiarla corriendo entre los árboles. Cuando llegaron al río, Tara se dio cuenta de un par de detalles que no había tenido en cuenta antes de aceptar la proposición.

Shawn se había sacado ya la camiseta, por encima de la cabeza, cuando se giró y la vio mirar el agua, con duda. Se acercó a ella reconociendo la vacilación en sus ojos.

—No sé nadar —confesó sin dejar de observar el agua. Hasta que él estuvo a pocos centímetros de ella. Entonces se dio cuenta de que Shawn tenía todo el torso desnudo, ocupando por completo su campo de visión. Las partes de su anatomía que había podido apreciar fugazmente en ocasiones anteriores, ahora se exponían libremente para deleite de sus ojos. El calor inundó sus mejillas y la zona más baja de su vientre, despertando abruptamente su deseo.

—¿No sabes nadar?

Tuvo que sacudir la cabeza para centrarse en su pregunta.

—No, no sé. Quizás no ha sido buena idea...—Tara intentó dejar de mirarlo tan descaradamente y apartó la vista a un lado—. Además, no tengo bañador...

Shawn la tomó de la barbilla obligándola a que lo mirara.

Ella tragó saliva.

—La ropa ya está mojada y la finalidad del baño es limpiarnos el barro. En cuanto a lo de no saber nadar... Esta zona no es profunda, vas a hacer pie sin problemas. Además, no pienso soltarte en ningún momento.

Shawn inclinó la cabeza y suavemente depositó un beso en sus labios, que le robó el oxígeno de los pulmones y lo que le quedaba de cordura. Abrió los ojos lentamente y lo vio dar un paso atrás, para seguir desnudándose. El corazón comenzó a irle a mil por hora mientras él se abría los botones del vaquero, al tiempo que se deshacía de las deportivas, quitándoselas con los pies, como hacia ella, cada día. Al ver que él la escrutaba con la mirada, con pulso trémulo se quitó la chaqueta fina y comenzó a desabrocharse los pantalones pirata. Después se despojó de las zapatillas, de la misma forma. En unos segundos quedó ante sus ojos con las braguitas blancas que se había puesto esa mañana y la camiseta de tirantes, del mismo color, que había elegido para acompañar el pantalón.

Se sintió expuesta, también era la primera vez que se desnudaba frente a un hombre, que no fuese su médico. Aunque lo que más turbada la tenía no era mostrarse ante él, sino el hecho de tenerlo con tan solo unos ajustados bóxers negros frente a ella. Shawn no parecía avergonzado, muy al contrario, se mostraba relajado y disfrutando de su azoramiento. Cuando le tendió la mano ella la tomó evitando mirar aquella parte de su anatomía aún cubierta

por la escueta y ajustada prenda. Aunque una voz en su interior le gritaba que lo hiciera. Intentando dejar de pensar en ello, decidió entablar conversación.

—¿Y es seguro bañarse aquí? —preguntó fijando la vista en el suelo para no herirse con ninguna piedra de la orilla.

—Tranquila, yo te protejo de la amenazante fauna salvaje de estas aguas —se burló. Ella hizo una mueca.

Shawn se adentró primero en el agua, mostrándole que esta solo llegaba a cubrirle por la cintura. Antes de ayudarla a entrar, se zambulló por completo. Un par de segundos más tarde emergió de las aguas con una gran sonrisa. El largo cabello, como el trigo, caía sobre sus hombros. Y la piel morena, brillante por el agua que descendía dibujando cada uno de los esculturales músculos de su pecho y abdomen, hicieron que se le secase la boca.

Tara se mordió el labio inferior, evitando gemir como una colegiala estúpida. Cuando él se acercó a la orilla y le ofreció la mano nuevamente para ayudarla a entrar, contuvo el aliento.

Shawn la vio adentrarse en el agua y sonreír ante la sorpresa inicial por la baja temperatura de la misma.

—Está buena —indicó él.

—Está fría —lo corrigió. Pero no dejó de reír en ningún momento.

—Ven aquí, quejica, yo te daré calor —dijo él tirando de su mano para pegarla a su cuerpo.

La sonrisa de Tara se esfumó inmediatamente para dar lugar a la sorpresa. Parpadeó varias veces y apoyó las manos en su pecho, como parapeto entre sus cuerpos. «¿De veras era tan inocente como aparentaba?», pensó Shawn. No podía ser. Era una chica preciosa. Los tipos como él debían matarse por salir con ella. Pero allí estaba, temblando entre sus brazos, como una hoja. Clavó la mirada en la suya buscando las respuestas del gran misterio que escondía. Su abuela le había dicho que Tara era un alma joven con el sufrimiento de un alma vieja, en la mirada. Le había impactado esa descripción.

Tara inclinó la cabeza hacia atrás y se mojó el cabello ante la mirada fascinada de Shawn que la seguía sosteniendo entre sus brazos. Para no lanzarse sobre ella y devorarla, decidió comenzar a hablar.

—¿Te molesta esa cosa para bañarte? —le preguntó señalando la férula.

Tara negó con la cabeza.

—No es la primera que me ponen. Una vez te acostumbras, ni recuerdas que la llevas.

Shawn recordó que le había visto un par de feos cardenales marcando la piel pálida de sus piernas, y varios más en sus brazos y hombro.

—¿Sueles tener muchas peleas con el lavabo? —preguntó con gesto indescifrable.

Ella rio ligeramente.

—Soy un poco torpe. Tengo tendencia a darme con los muebles.

Shawn elevó una mano y le apartó un mechón del oscuro cabello del rostro, pegado a su mejilla. La acarició con suavidad extrema. Descendió por su cuello, su hombro, rodeó la marca morada de su piel, para no hacerle daño, y siguió bajando con sus yemas por la espalda de Tara. La sintió estremecerse entre sus brazos y abrir los labios para exhalar un ligero gemido.

—Voy a volver a besarte —anunció en un susurro ronco.

Ella se limitó a acceder con un movimiento de su cabeza, mientras contenía el aliento.

Shawn salvó los escasos centímetros que los separaban con tanta lentitud que ella creyó estar a punto de desfallecer cuando él por fin se apoderó de su boca. Cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo le dio la bienvenida con desesperada necesidad. Y cuando él la presionó contra su cuerpo por la cintura, elevó los brazos y rodeó su cuello, con un solo pensamiento en mente; sentirlo, fundirse con su piel. Poco después había rodeado la cintura masculina con sus piernas y se había abandonado al placer enloquecedor que le proporcionaba la boca de Shawn. No se cansaba de sus labios ni de su lengua juguetona y extasiante.

De repente él separó sus rostros, con gesto pétreo.

—¿He hecho algo mal? —La pregunta escapó de los labios de Tara, por la sorpresa, al sentir su cambio.

—¿Qué? ¿Cómo vas a hacer algo mal? —Shawn no podía creer que ella hubiese sopesado siquiera esa posibilidad.

—¿Entonces? —Se sintió estúpida y avergonzada y desvió la mirada, pensando que debía ser más que evidente su torpeza con los hombres.

—Me estás volviendo loco, Tara —dijo él volviendo hasta ella y tomando su rostro con ambas manos.

Tara abrió los ojos de par en par ante su declaración.

—No soy de piedra, ¿sabes? No puedes besarme así y esperar que no desee muchas más cosas de ti... Pero algo me dice que debo ir despacio... contigo. No quiero estropearlo. Eres muy especial.

Tara sonrió de forma encantadora y él no pudo evitar besarla nuevamente para robarle la sonrisa y bebérsela como el más dulce de los néctares.

Resopló, dejando escapar la frustración por tener que detenerse.

—Ven, súbete a mi espalda. Voy a subirte a las rocas, allí podremos secarnos —dijo Shawn dándole la espalda para que ella subiese a caballito sobre él.

No lo dudó. Se aferró a su espalda y dejó que la llevara por el agua

hasta llegar a la zona de rocas de la orilla contraría. Allí se giró y la impulso para subirla sobre ellas. Inmediatamente él saltó y se sentó a su lado.

—Necesito que me distraigas de... esto —dijo él señalando la sublime erección que pugnaba contra su calzoncillo—, así que, ¿por qué no me habla de los planes que tiene para su vida, señorita Liberman?

Tara parpadeó varias veces, tras apreciar el descomunal bulto de su entrepierna y desvió la mirada, sonrojada. «¿Se lo había hecho ella?» Se sintió tan avergonzada como poderosa y sexi.

—Bien... Pues... ¿De veras te he hecho yo eso? —preguntó finalmente sin poder dejar de pensar en su estado.

—Preciosa, te puedo asegurar que por muy amante de la naturaleza que sea, lo único que hay aquí que pueda despertar mi libido —dijo señalando su erección con la cabeza—, eres tú.

Tara se mordió el labio, y fue el turno de Shawn de apartar la vista para no lanzarse sobre ella a besarla.

—Esa no es forma de ayudarme.

Ella sonrió.

—Está bien. Pues... yo estudiaba a distancia en la escuela de arte, en San Francisco. Quiero hacer novelas gráficas... —Tara dejó caer la mirada tentada por volver a ver esa parte de su anatomía, hasta que él le chistó, llamando su atención.

—A los ojos. No querrás que me sienta como un objeto sexual, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —repuso ella apenas conteniendo la risa—. De acuerdo, continúo. Como te decía, me gusta el diseño gráfico, la pintura, el dibujo... Tengo muchas ideas. Y me gustaría, en un futuro, poder dedicarme a ilustrar novelas gráficas. Poco después de la muerte de mi madre eché una solicitud para el *Sarah Lawrence College* y me respondieron hace dos meses, ofreciéndome una beca.

—Entonces... ¿en otoño vas a ir a estudiar a Nueva York?

Shawn esperó la respuesta con aparente tranquilidad, aunque su corazón había empezado a bombear con fuerza, ante la posibilidad.

—Muy probablemente. Aun no se lo he dicho a mi padre, pero nada me gustaría más.

—¿Por qué no se lo has dicho? Es algo de lo que sentirse muy orgulloso. Es una universidad prestigiosa. No aceptan a todo el mundo, y mucho menos le dan una beca. Debes ser realmente excepcional. Me encantaría ver tu trabajo.

—Bueno, no creo que a mi padre le parezca bien que me aleje de la familia.

—Tienes... ¿cuántos? ¿Diecinueve años?

—Casi veinte —puntualizó.

—Es una edad estupenda para estudiar fuera y descubrir mundo. Experimentar... —su sonrisa traviesa le caldeó el alma.

—Es lo que hiciste tú al marcharte a la universidad, ¿experimentar?

—Hice muchas cosas —dijo él en tono misterioso.

—Que no vas a contarme...

—Hoy no —contestó haciéndose el interesante.

—No importa, ya me imagino algunas de ellas —repuso elevando la barbilla, muy digna.

Prefería no oírlo. Lo cierto era que, después de ver lo que era capaz de hacer con esa boca y esas manos, sí que podía imaginárselas. Y de alguna forma volvió a experimentar algo nuevo para ella; los celos.

Decidió volver a relajarse en las rocas y cerrar los ojos dando la conversación por terminada, antes de revelar torpemente cómo se sentía.

Shawn la imitó y ambos elevaron el rostro hacia el brillante sol, sin entender como podía lucir de forma tan espectacular después de la lluvia de hacia un rato. Él bajó la mirada para observarla en aquel estado de paz. Su larga y sedosa cabella castaña llegaba casi hasta las rocas. Los labios sonrosados y hinchidos por los besos que habían compartido eran una tortuosa tentación, al igual que su cuerpo perfecto de dulces curvas, reveladas solo para él bajo la ropa mojada. Tara se inclinó hacia atrás tumbándose sobre las rocas y él tragó saliva. Su pecho se erguía contra la tela blanca de su

camiseta, y sus pezones oscuros y erectos despuntaban pidiendo atención. Pensar en rodear con sus labios uno de esos pezones, lamerlo y capturarlo entre sus dientes, provocó que su erección también se alzara osada, en sus bóxers. Se pasó la mano por el rostro y el pelo, recordando su promesa de ir despacio. Resopló con fuerza antes de lanzarse de nuevo a las frías aguas del río buscando aplacar su deseo, por el momento.

CAPÍTULO 16

Tara bajó los escalones de dos en dos. El día anterior, y tras el encuentro con Shawn y su baño en el río, Zora había anulado su cita para verse. Había tenido que sustituir a un compañero en el trabajo y doblar turno. Por eso habían quedado en citarse esa noche. No habían podido charlar desde el día anterior y se moría de ganas por contarle todo lo sucedido. No le había adelantado nada porque quería ver su cara de sorpresa, pero en un par de ocasiones, eufórica como estaba, había estado a punto de soltarlo todo aunque fuese por mensaje; lo feliz, abrumada, pletórica, ilusionada y nerviosa que se sentía.

Aquellas palabras ni siquiera eran capaces de aproximarse mínimamente a todo cuanto estaba experimentando, pero serían el comienzo de una larga noche de chicas de palomitas, helado y charlas, durante horas. Zora estaba sola en casa e iban a provechar para quedarse allí. Aunque en el último momento le había escrito un mensaje para decirle que antes iba a darle una sorpresa, porque quería que viese un sitio. No le gustaban mucho las sorpresas, pero estaba tan feliz que esa pequeñez no iba a arruinar su entusiasmo.

Llegó hasta la planta baja y encontró a su padre allí, leyendo algo. Robin y Apple aún no habían regresado de hacer unas compras y habían

estado la tarde solos en la casa. Por ese motivo se la había pasado por entero en su cuarto, sin salir un minuto, concentrada en trabajar en el cartel para el baile el espectáculo de Apple.

Estaba a punto de marcharse a la cocina para beber algo, mientras esperaba a que Zora llegara, cuando su padre la llamó haciendo que detuviese sus pasos.

Durante un segundo se quedó muy quieta en el sitio. Si no hacía ruido, tal vez él desistiese y no se viese obligada a cruzar ni una palabra con él.

No tuvo tanta suerte.

—¡Tara! ¿Puedes venir, por favor? —la volvió a llamar. Estaba claro que sabía que estaba allí y resultaba patético y cobarde seguir ocultándose.

—Claro —fue su escueta respuesta mientras se giraba y comenzaba a marchar, con el ánimo del condenado camino de la horca.

—Pasa —le ordenó su padre levantando la vista de los álbumes que tenía sobre las piernas. Le hizo un gesto con la mano y ella terminó de entrar en la sala—. Siéntate, por favor —volvió a ordenar.

—No tengo tiempo, he quedado con Zora. Está a punto de venir a por mí —intentó excusarse, pero su padre se limitó a señalarle el sillón, junto al suyo, para que tomara asiento.

—Estaba ojeando viejas fotos. Cosas de hace muchos años y... he pensado que, quizás te gustaría conservar tú algunas de ellas...

Tara tomó la primera fotografía que su padre le ofreció. Contuvo el aire al ver que se trataba de una imagen de su madre, embarazada de ella. Estaba subida sobre un escalón, con los brazos en cruz. Su padre, en el escalón superior, le sujetaba las manos. Ambos sonreían a la cámara, felices.

—Tu madre estaba embarazada de ocho meses en esa foto —le dijo su padre mientras se frotaba la barbilla. En sus labios se dibujó una sonrisa cansada—. Ese fue un buen día —continuó—. Se empeñó en ir al zoo a pesar de hacer un calor insoportable y estar muy avanzada. No había visto a nadie comer tanto helado como a ella, ese día.

Tara que no podía despegar la mirada del rostro de su madre, radiante y feliz, tragó saliva.

—Sí, a nadie le gustaba más el helado de chocolate y menta, que a ella.

—Lo sé, cada viernes le llevaba un cubo de dos litros, que ella engullía durante el fin de semana. El domingo por la tarde ya no quedaba una gota.

Tara sacudió la cabeza sin entender por qué quería compartir esos recuerdos con ella, cuando era evidente que durante años le habían importado un comino su madre y el maldito helado.

Estaba a punto de protestar cuando le tendió otra foto.

Se reconoció inmediatamente, aun antes de tomarla en sus manos. No debía tener más de dos años, llevaba un vestidito blanco y zapatitos a juego. Su madre había decorado su cabello ensortijado con una diadema de

pequeñas florecitas blancas y rosas y reía mirando algo fuera del encuadre.

—Esa es de tu segundo cumpleaños. La foto la hizo tu madre mientras yo te cantaba aquella horrible canción que tanto te gustaba sobre el monito Tiki. Tuve que comprarte un mono igual, de peluche. Dormiste con él hasta... no sé...

—Los nueve años. Dormí con él hasta los nueve años —apuntó ella con un nudo en la garganta—. Mira, no entiendo qué pretendes hacer con todo esto... —comenzó a protestar elevando la voz.

Su padre la interrumpió poniendo sobre sus manos un montón de fotografías. Ella las pasó rápidamente, una tras otra, sacudiendo la cabeza, sin entender lo que pretendía haciéndole recordar su abandono.

«¿No se daba cuenta de que eso era exactamente lo que estaba haciendo?»

De repente se detuvo.

Allí no había solo fotografías del tiempo en el que su padre estuvo con ellas. Había copias de las celebraciones de sus siguientes cumpleaños, con los diplomas de sus logros académicos, con trabajos que había realizado para la escuela de arte, y muchos momentos más de su día a día. Recordaba los instantes en los que su madre la perseguía, cámara en mano por la casa, y la obliga a posar con el pretexto de que crecía demasiado rápido y quería inmortalizar el momento.

«¿Qué hacía él con aquellas fotografías?» Daba por sentado que estas estaban en las cajas que había preparado la tía Sit y que ella no se había atrevido a abrir, aún.

—¿Qué...qué haces tú con esto? ¡Eran de mamá! ¡No tienes derecho!
—exclamó cada vez más confusa y furiosa.

—No, en realidad son mías. Siempre lo han sido. Formaban parte de nuestro acuerdo de divorcio. Tu madre debía mantenerme al tanto de cada pequeño detalle y cambio en tu vida. Y me enviaba fotografías y videos periódicamente para que yo pudiese ver cómo crecías, como te hacías una mujer. Así podía comprobar que estabas bien.

Los ojos de Tara se abrieron a la par que sus labios. Frunció el ceño y empezó a sacudir la cabeza, no queriendo creer una palabra.

—Si tanto te importaba, ¿no habría sido más fácil seguir con nosotras?
—le increpó furiosa, levantándose y comenzando a temblar.

—Tara, las cosas no son tan fáciles. No podía quedarme, aunque era lo único que deseaba. Pero tu madre...

—¿Mi madre? ¡No te atrevas a hablar de mi madre! ¿Pretendes culparla a ella de tu marcha, ahora que está muerta?

Graham la vio con el rostro enrojecido y desencajado por la furia, el dolor y la impotencia. Y supo que se había equivocado. Solo había querido hacer un nuevo acercamiento, pero había vuelto a fracasar estrepitosamente.

—No quiero escuchar una palabra más —declaró dejando caer las fotografías al suelo y levantando las manos. Dio un par de pasos atrás poniendo distancia, mientras el dolor asomaba a sus ojos brillantes por las incipientes lágrimas.

—Tara, por favor. Tenemos que hablar...

—No, en realidad no tenemos que hacerlo. Ni ahora, ni nunca. Tía Sit es la que quería que viniese. Ella pensaba... En realidad, no sé lo que pasó por su cabeza para creer que esto funcionaría. Pero me da igual. —Exhaló e inhaló con fuerza intentando respirar, a pesar de que le resultaba cada vez más difícil—. Mira, no sabía cómo abordar el tema, pero este es tan buen momento como otro... —dijo sabiendo que no sería capaz de aguantar sus absurdos intentos de acercamiento mucho más tiempo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su padre.

—Este otoño ya no seré problema tuyo, ni de nadie. Me han aceptado en el *Sarah Lawrence College*, en Nueva York. Me han concedido una beca para terminar allí mis estudios. Y aunque no lo hubiesen hecho, mi madre se encargó de dejarme una buena suma de dinero para que no tuviese que depender de nadie hasta que pudiese ganarme la vida con mi trabajo.

La mirada de su padre se cubrió por la sorpresa y el estupor, a causa de su marcha planeada.

—Como ves, no te necesito. Hace mucho tiempo que no lo hago. Tu te

encargaste de que así fuese. Ahora ya es tarde para jugar a las casitas. Guarda tus energías para Apple. Por tu bien, espero que seas mejor padre con ella de lo que has sido conmigo. No se merece menos.

Tara pronunció las últimas palabras con los retazos de autocontrol que le quedaban. Estaba a punto de romper en un llanto desconsolado y, por nada del mundo quería darle el gusto de verla flaquear. Huyó corriendo de allí, tomó su bolso de la entrada y salió de la casa mientras las primeras lágrimas rebasaban, abordando sus mejillas.

En el exterior se sorprendió al ver que Shawn descendía del coche, aparcado frente a la puerta de su casa. Sin pensarlo dos veces corrió hacia él, necesitando salir de allí cuanto antes.

Shawn, en cuanto vio que Tara salía de su casa, y el estado en el que se encontraba, corrió hacia ella. Esta terminó entre sus brazos, desahogando su dolor contra su pecho.

—¡Tara! ¿Qué ha pasado? —preguntó tenso y sobrecogido.

—Por favor, sácame de aquí. Ahora. —Fue lo único que pudo responderle, entre lágrimas.

No lo dudó y la llevó hasta su coche. Abrió la puerta del copiloto y la acomodó allí con delicadeza. Mientras daba la vuelta al vehículo miró hacia la casa, con gesto pétreo. Subió al coche y arrancó, tras comprobar que ella seguía envuelta en su llanto. Sintió como se le encogían las entrañas por verla

sufrir, y puso el coche en marcha para llevársela de allí.

—¿Estás más tranquila? ¿Quieres un poco de agua? —le preguntó Shawn mientras abría la guantera y sacaba un botellín. Se la ofreció sin esperar una respuesta y ella bebió despacio.

Había detenido el coche justo antes de llegar a casa de Percy. Quería darle tiempo a reponerse antes de encontrarse con sus amigos.

—Gracias —dijo secándose los labios con el dorso de la mano.

—Solo es agua —repuso tomando un mechón de su cabello y enroscándolo en su dedo.

—No es solo por el agua. Me refiero a todo; a dejarme desahogarme, a sacarme de allí..., y también por el agua.

Forzó una sonrisa y él acarició su mejilla.

—¿Qué ha pasado, Tara? —le preguntó con suavidad.

Ella negó con la cabeza y se pasó la mano por la frente, apartándose el cabello.

—He discutido con mi padre. No... entiendo lo que pretende hacer... Él decidió marcharse, abandonarnos... Y ahora... Es demasiado tarde. El daño está hecho. Nos dejó, ¿qué excusa puede haber para renunciar a tu mujer y tu hija? ¿No éramos suficientemente buenas para él?

Shawn que la vio comenzar a desahogarse, al principio guardó silencio

con las mandíbulas prietas. No le gustaba verla sufrir.

—¿Le has preguntado? —intervino cuando ella se detuvo.

Tara lo miró con estupor.

—¡No, claro que no! ¡No estoy dispuesta a darle la oportunidad de que me mienta, o aun peor, que intente culpar a mi madre como ha querido hacer esta noche! No le consiento que hable mal de ella. Mi madre lo sacrificó todo por mí; cada día, cada minuto, cada desvelo de su vida.

—Me habría gustado conocerla. Debió ser una mujer maravillosa, si crio a otra mujer tan especial como tú.

Tara sonrió levemente y para él fue como inhalar aire fresco.

—¿Y qué haces tú aquí? No es que me queje, has sido mi salvador... —volvió a sonreír—, pero había quedado con Zora.

—Lo sé. Ahora la veremos. Está en casa de Percy. Yo también había preparado algo especial para esta noche, y cuando me dijo que había quedado contigo, le hice cambiar de planes.

—Entonces, ya no va a ser una noche solo de chicas...

—¿Decepcionada?

Tara se perdió en sus alucinantes ojos azules y negó con la cabeza, sonriendo.

—Bien, porque yo me moría por verte —confesó Shawn—, y salvando la distancia entre los dos la besó en los labios, robándole el aliento—. Y por

besarte —gruñó frente a su boca.

Tara, que se sintió enardecida en cuanto él poseyó su boca, le rodeó el cuello con los brazos e intentó pegarse a él pero chocó con la palanca del coche. Miró a un lado y a otro antes de preguntar:

—¿Le has robado el coche a tu abuelo?

—¡Noooo! El coche es mío.

Tara alzo una ceja. En el salón de la casa de Shawn había una fotografía de hacía muchos años en la que se veía a su abuelo junto a aquel flamante Ford Gran Torino, negro.

—Él me lo regaló cuando ya no fue capaz de conducir más. Era su bebé y yo su único heredero. No me hizo falta robárselo. —Rio con ganas.

La risa de Shawn le caldeó el vientre y alegró su corazón.

—Es precioso. Un coche muy elegante —concedió ella.

—Sí que lo es, no lo cambiaría por ningún otro. Pero solo lo saco en ocasiones especiales.

—¿Cómo esta? —preguntó con picardía.

—Exactamente, como esta.

—¿Y qué tienes pensado? Si lo hubiese sabido me habría arreglado un poco más...

—Estás preciosa, realmente preciosa. Ahora me arrepiento de haber quedado con esos dos —confesó señalando en dirección a la casa de Percy.

Shawn la recorrió de arriba abajo. Tara se había puesto un vestidito violeta, corto, no llegaba a cubrir la mitad de sus torneados muslos. Y se ajustaba de manera sutil a su pecho y caderas. Las sandalias de tiras que se cruzaban cubriendo sus gemelos, le parecieron de lo más sexis. Tanto como el aroma a vainilla y coco de su largo cabello, sedoso y suelto, como a él tanto le gustaba.

—¡No me mires así!

—¿Cómo? ¿Como si fueras comestible?

Aquella afirmación encendió las mejillas de Tara, al tiempo que su mente se llenaba de imágenes en las que él saboreaba diferentes partes de su cuerpo, con esa lengua tan diestra que tanto la turbaba al besarla.

Sonrió, entre avergonzada y traviesa.

—Oh... Dios mío, no hagas eso... Ya sabes lo que me pasa cuando sonrías de esa forma...

Shawn se ajustó la entrepierna del pantalón, y Tara abrió los ojos desorbitadamente.

—Vamos, perdición. Será mejor que nos reunamos con Zora y Percy antes de que decida cancelar la sorpresa y darme un festín contigo —aseguró él.

Tara sintió como su sexo se humedecía con aquellas palabras, de manera instantánea. Por suerte, Shawn bajó del coche y comenzó a rodearlo

para ayudarla a bajar, y no pudo ver el estado en el que la había dejado sin apenas tocarla.

Veinte minutos más tarde, tras saludar a Percy y Zora y que esta última la hiciese ir aparte para hacerle un rápido resumen de las últimas novedades, se marcharon de allí. Y aunque pensó que lo harían todos en el mismo vehículo, su amiga insistió en que fueran en coches separados alegando que así estarían más cómodos. Terminó por imaginar que lo que quería era darles tiempo para estar solos.

No le importó. En la poco más de media hora que tardaron en desplazarse de Woodstock a Rutland, Shawn hizo que se olvidase de lo sucedido con su padre, enfrascándola en una conversación sobre todas las trastadas que habían hecho Percy y él, desde niños. Y en los ingeniosos castigos que su abuelo le imponía por cada una de ellas. Tara estuvo riendo casi cada minuto del trayecto. Y disfrutando, de cuando en cuando, de las furtivas caricias que Shawn le prodigaba; en cada semáforo, cruce o parada que tuviesen que hacer a causa del tráfico.

Era deliciosamente atento con ella y eso le encantaba. Hacía que su corazón se hinchiese cada vez que la observaba, perdiéndose en sus gestos, en sus palabras, en su mirada increíblemente azul y turbadora.

—Ahora ya, ¿vas a decirme qué hacemos aquí? —le preguntó cuando

llegaron a su destino.

—Nnn...o —contestó él sin mirarla, girando en una de las calles y comenzando a buscar aparcamiento. No cualquier aparcamiento, sino uno especial para su coche en el que estuviese seguro de que no se lo rallarían.

—No sé si te había dicho que no me gustan las sorpresas —adujo ella mordiéndose el labio y poniéndose nerviosa al ver que él se detenía frente a la puerta de un hotel.

—Está va a gustarte, te lo aseguro. ¿Confías en mí?

—Depende, ¿me has traído a un hotel?

Shawn, con el ceño fruncido se asomó por la ventanilla de Tara, colocándose prácticamente sobre ella para poder ver la fachada.

Tara sintió despertar cada centímetro de su piel, por la proximidad.

Y entonces él rio con ganas.

—No... aún no —puntualizó, por el simple placer de ver como ella se sonrojaba—. Vamos allí —terminó por confesar señalando el edificio contiguo perteneciente a una galería de arte.

Tara miró el edificio tan fascinada como mortificada por haber sospechado de él.

—Señorita Liberman, no sabía que tuviese una mente tan... traviesa —la pinchó antes de reírse abiertamente y dejarla en el coche, con su bochorno.

Un segundo después, Shawn le abrió la puerta para ayudarla a salir. Y

tras cerrar el vehículo, la tomó de la mano con posesión.

—¡Una galería de arte! Vaya, princesa, estás cambiando los hábitos de este grupo en cuanto a salidas. Hemos dejado los bares y hamburgueserías para volvernos cosmopolitas —le dijo Zora, tan impresionada como ella, cuando se reunieron en la entrada del local.

—Habla por nosotros, muñeca —le dijo Percy a su novia—. Shawn va a un montón de cosas de estas en Nueva York. El último fin de semana que fui a verle me hizo tragar una exposición de arquitectura. —Los ojos del chico se abrieron desorbitadamente al tiempo que reproducía una explosión con la boca y se daba un tiro en la sien con el dedo índice.

—Eres un payaso. Este tipo de cosas están bien, para variar —lo amonestó Zora por el comentario—. Ya puedes ir tomando nota. Una futura reportera famosa, como yo, tiene que estar cultivada.

—Sí, muñeca —se limitó a contestar Percy, dándole un cachete en el trasero que provocó las risas de Zora.

—Si no fueras tan guapo... —repuso ella.

Tara, mientras, ya estaba absorta en las esculturas y pinturas de la exposición de arte urbano a la que la había llevado, Shawn. Este, a su lado, la acompañaba por las salas y estaba atento a todas sus reacciones, gestos, y comentarios. Algunas de las esculturas se podían tocar y Tara no dudó en pasar las yemas de los dedos por las hendiduras y formas, apreciando las

texturas, completamente embelesada.

—Esto te va a encantar —le dijo Shawn, largo rato después, guiándola hasta la última y solitaria sala.

Tara se dejó llevar, expectante. Y al entrar en aquel mágico espacio se quedó con la boca abierta. Las paredes estaban cubiertas de infinidad de pinturas elaboradas con diversas técnicas. Pero lo sorprendente de las mismas no eran estas en sí, sino el juego de luces reflejado sobre ellas de las esculturas de metal situadas en el centro de la sala. Algunos de los reflejos conferían a las pinturas una tercera dimensión haciendo que pareciese que iban a cobrar vida. Durante largo rato estuvo enredando con el juego de brillos y destellos, entendiendo como funcionaban, y cómo hacían variar las pinturas.

—Es impresionante...

—Estoy de acuerdo, es impresionante verte disfrutarlas —dijo él colocándose tras ella. Le apartó el cabello a un lado y la besó en el cuello.

La electricidad que atravesó su cuerpo la dejó pegada al suelo y sin aliento. Shawn que vio como se erizaba la piel de su cuello y brazos, sonrió satisfecho y repitió el gesto nuevamente, arrancándole un gemido quedo.

—¿Cómo de despacio tienes pensado ir conmigo?

La pregunta de Tara lo pilló completamente desprevenido.

Tara se giró y clavó su mirada violeta en él, con una intensidad que lo

dejó hipnotizado e inmóvil. Ella posó la mano sana sobre su pecho y la deslizó lentamente por su camisa, hasta su vientre. Los músculos de esta zona de su anatomía se contrajeron al tiempo que sentía crecer su deseo y su entrepierna. Shawn levantó las manos y tomó su rostro suavemente, pero con decisión. Enredó los dedos en su cabello y bajó lentamente hasta posar los labios sobre los suyos que lo recibieron con una dulzura delirante. Tanteó la boca femenina de hermosos labios con forma de corazón, con los suyos mucho más duros y exigentes, conteniendo las ganas de devorarlos y dejándose llevar por el deseo animal que ella le despertaba. Con el pulgar trazó el contorno de su mandíbula y al llegar a la barbilla, descendió por su cuello hasta su clavícula, con deliberada lentitud. Apoyó la frente en la de Tara y la observó mientras su mano seguía descendiendo sobre su vestido. Cuando llegó a su pecho y lo rodeó, aprisionándolo en su mano. Tara contuvo la respiración y cerró los ojos sofocando un nuevo gemido. Sus mejillas estaban completamente arreboladas y, bajó su mano, Shawn pudo sentir su corazón crepitar con la velocidad el aleteo de un colibrí. Deslizó el pulgar hasta acariciar con él su pezón erecto. Y ella abrió los ojos de par en par, turbada.

«Su dulce Tara», pensó. Se moría por seguir deleitándose con sus preciosas curvas y en especial con ese pecho tentador y perfecto que anhelaba saborear con su lengua. Pero en lugar de eso, lo abandonó para rodearla con

el brazo, pegándola a su cuerpo y besó su frente mientras exhalaba con profundidad. Luego bajó hasta su boca.

—Solo un poco más —le dijo susurrando junto a sus labios. Y selló la promesa, sabiendo que la espera iba a consumirlo lentamente.

CAPÍTULO 17

—¡Tara! ¡Es alucinante! ¡El cartel más bonito que he visto en mi vida!

Apple llevada por el entusiasmo la rodeó con sus bracitos, pegándose a ella con fuerza. La emoción de la niña caló en su pecho caldeándolo con un sentimiento que no supo identificar.

—¡Vaya! ¿Eso significa que he acertado?

—¿Acertado? Quiero colgarlo aquí en la habitación. ¿Cómo has hecho eso? No sé dónde quedará más bonito —dijo empezando a probar en distintas paredes del cuarto.

Tara sonrió. La visita a la exposición de arte le había enseñado muchas cosas sobre todo acerca de ella misma, pero también le dio unas cuantas ideas para el cartel de Apple para su representación. Estaba claro que no podía realizar aquel juego de luces metálicas sobre su pintura, por problemas logísticos, pero sí podía imitar el efecto final aplicando una técnica de sombreado con esmaltes metálicos en diversos puntos de la figura de la bailarina que representaba con claridad a Apple. Los destellos cobrizos, hacían que la imagen en la que predominaban el rosa y el blanco, pareciese a punto de salirse del papel, a la vez que le proporcionaba un halo mágico.

Apple estaba tan feliz, que algunas lagrimitas empezaron a deslizarse por sus mejillas. La vio taparse la boca sin apartar la vista del cartel. Tara, sin

poder evitarlo fue hasta ella y la rodeó con su brazo acercándola a su cuerpo.

—No te marches nunca, Tara. No me había dado cuenta de cuánto quería una hermana hasta que has llegado a casa.

El corazón se le encogió en un puño. No pudo contestarle. ¿Cómo iba a explicarle que planear su marcha era exactamente lo que estaba haciendo? Mesó su cabello con dulzura sintiéndose fatal por pensar en abandonarla. Desde la discusión con su padre no había vuelto a hablar con él, que deambulaba por la casa con gesto pétreo. Ella agradecía no tener que entablar conversación y se alegraba de poder marcharse de allí y no tener que verlo. Pero en sus planes no había estado encariñarse de la niña. Ni querer que formase parte de su vida, aunque así estaba siendo.

—Apple —pronunció su nombre con cautela—... Sabes que estoy estudiando, ¿verdad?

Ella asintió, limpiándose las mejillas.

—Pues me han ofrecido plaza en un centro en Nueva York, que es muy importante para mí.

Apple se separó de ella para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Quieres marcharte y olvidarte de que existo? ¿Es por papá?

—¡No voy a olvidarme de que existes! ¿Cómo podría hacerlo? Eres mi hermana... —Tuvo que tragar saliva para dejar pasar la congoja que aquella afirmación le provocaba.

—Entonces, aunque estés fuera durante el curso, ¿vendrás en vacaciones a verme?

—Y no solo eso. Podremos hablar por teléfono, por Skype, me mandarás vídeos de tus actuaciones y yo de mis exposiciones y trabajos.

—Eso estaría bien... —dijo la pequeña, pero en su tono se reveló que no estaba convencida del todo.

Tara tomó aire y le colocó un mechón de cabello que se le había salido del moño de bailarina.

—¿Qué te parece si mientras, aprovechamos lo que queda de verano y pasamos más tiempo juntas? —Apple sonrió ampliamente con la propuesta —. Esta noche tenía pensado ir con... unos amigos al autocine. ¿Quieres venir con nosotros?

—¡Sí, sí, por favor!

Rio ante la carita pedigüña de su hermana.

Se fundieron en un nuevo abrazo, esta vez de agradecimiento. Estaba feliz por compartir más tiempo con ella. Aunque no sabía cómo se iba a tomar Shawn que hubiese invitado a Apple precisamente a unirse a los planes que tenían para estar juntos, esa noche. Una parte de ella se sentía mortificada y la otra un poco aliviada, porque la verdad es que deseaba y temía, en partes iguales, quedarse a solas con él. Pues su cuerpo reaccionaba con absoluta desesperación a su contacto. Un contacto que pensó que estaba prohibido

para ella y que ahora anhelaba en sueños, en cada momento de su día en los que se sorprendía fantaseando con escenas deliciosamente íntimas y excitantes.

Sacudió la cabeza dándose cuenta de que lo estaba volviendo a hacer y se levantó de la cama de Apple.

—Está bien, le he mandado por correo a tu madre el archivo digital del cartel para que pueda mandarlo a la imprenta. Mañana si quieres te ayudo a colocarlos por el pueblo. Pero ahora tengo que marcharme. Voy a hacer unas llamadas para decirle a mis amigos que somos uno más para el cine, ¿de acuerdo?

Apple asintió con vigor y ella salió de la habitación mordiéndose el labio y preguntándose por la reacción de Shawn al descubrir que iban a tener una cita con carabina. Para que no pareciera tan extraño, decidió llamar a Zora primero y preguntarle si ella y Percy se apuntaban al cine. Tal y como esperaba, esta no solo no tuvo inconveniente, sino que se entusiasmó con la idea. Cuando colgó la llamada, marcó el teléfono de Shaw, pero se detuvo antes de dar al botón de “llamar”. Observó con duda la pantalla. La noche anterior no habían podido verse porque Shawn había llevado a su abuelo a un pueblo cercano para hacer unas compras. Pero habían hablado cerca de dos horas por teléfono, en las que este le había reiterado las ganas que tenía de estar con ella, a solas. Su voz sonaba grave e insinuante cuando lo hacía y

ella sentía derretirse aquellas zonas de su anatomía que estaban deseosas por despertar de su letargo.

Con el dedo a pocos centímetros del botón, decidió no hacerlo y apagó la pantalla. En su lugar, tomó su cartera, se guardó el móvil en el bolsillo, y salió de allí dispuesta a dar la cara.

Cuando media hora más tarde llegaba hasta la casa de Shawn, este salió a su encuentro como si la hubiese estado esperando.

—¡Hola, preciosa! —la saludó con voz grave justo antes de besarla en los labios.

Los sentidos de Tara se nublaron inmediatamente, haciendo que todo desapareciese para ella salvo la boca exigente de Shawn. Aun aturdida percibió que él se separaba lentamente. Estuvo a punto de protestar cuando vio en el porche a su abuela, que acababa de salir. Las mejillas se le encendieron como un cartel luminoso y se pasó los dedos por los labios.

—Buenos días, señora Lockwood —la saludó, avergonzada por la muestra de afecto que acababa de presenciar.

Fue a acercarse a ella para saludarla adecuadamente y notó que Shawn no solo la acompañaba hasta la casa, sino que la mantenía sujeta rodeándola por la cintura, con posesión. El gesto no pasó desapercibido para la anciana que los miraba analíticamente.

—Buenos días, Tara. Me alegra volver a verte —le dijo Pearl, clavando

su mirada sabía en ella.

—Lo mismo digo.

—Ha sido una sorpresa. Una agradable sorpresa —apuntó Shawn, mirándola.

—Bueno, es que tenía que comentarte una cosa de... esta noche, y prefería hacerlo personalmente.

Shawn arqueó una ceja y la señora Lockwood se dio cuenta de que sobraba en aquella conversación. Con el pretexto de tener que poner las judías en remojo se adentró en la casa, no sin antes pedir a Tara que volviese pronto a visitarles. Ella le aseguró que así sería. Y en unos segundos quedó a solas con Shawn, que la miró con los ojos entornados.

—¿Por qué intuyo que vamos a tener otra cita en grupo? La tercera de esta semana, por cierto...

—¿Porque es exactamente lo que vamos a tener? —La mueca de Tara estuvo a punto de hacerlo reír, pero se mantuvo aparentemente impassible mientras tiraba de ella para sentarla sobre sus piernas, en el balancín del porche.

—¡Shawn! ¡Tus abuelos pueden salir en cualquier momento! —lo amonestó.

—Mis abuelos ya saben que estamos saliendo, lo que les extrañaría sería que no te tocase.

Ver que él hablaba tan abiertamente de que tenían una relación le provocó un placer especial. Ella aun no había sido tan consciente de lo que se estaba fraguando entre los dos.

—Pero dime, ¿por qué estás evitando quedarte conmigo a solas?

—No lo hago...

—Shhhh... —la detuvo tomándola de la barbilla—. No intentes mentirme. Eres tan transparente que es imposible no saber lo que pasa por tu mente, en cada momento. Y ahora me estás evitando. ¿Crees que me portaré mal si nos vemos sin carabina?

La sonrisa perezosa de Shawn hizo que se derritiera.

—No, más bien me da miedo ser yo la que lo haga —se oyó a sí misma confesar, sin haberlo filtrado siquiera. Ese era el poder que tenía su mirada azul e hipnótica, dejaba de pensar y se limitaba a sentir.

La sonrisa de Shawn se amplió en sus labios ante la confesión y se arrepintió de haber abierto la boca.

—¡No te rías! —protestó.

—No lo hago, pero me resulta encantador —dijo apartándole un mechón de la mejilla, para acariciársela con dulzura—. Dime una cosa, ¿en qué burbuja has estado para ser tan inocente, a tu edad?

La pregunta la pilló desprevenida.

—¿Tengo que haber estado en una burbuja? ¿No puedo simplemente

ser una buena chica?

—Las buenas chicas también tienen sexo, se besan, acarician, experimentan...

Shawn pronunció las palabras contra su oído, rozando con su aliento el lóbulo de su oreja. Tara cerró los ojos sintiendo el aire espesarse en sus pulmones, y él besó su cuello. Toda la piel de Tara se erizó en respuesta.

—Creo que esta no es una conversación para tener aquí... —dijo ella en un susurro, queriendo dar por zanjado el tema.

—Tienes toda la razón del mundo —aseguró él de repente. Y levantándose, se la subió al hombro.

—¡Bájame! ¡Estás loco! —protestó ella cabeza abajo.

Shawn abrió la puerta de la casa, lo suficiente para gritar:

—¡Abuela, voy a salir un rato!

Desde dentro de la casa Tara escuchó la respuesta de la mujer.

—¡Márchate tranquilo!

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¡Bájame ahora mismo! —Lo golpeó en la espalda, pero él solo intensificó su risa.

—¿Dios mío? No, preciosa. Me parezco más a un demonio —se burló él, sin detenerse.

Viendo que caminaba con ella subida a su hombro como si fuera un saco, solo pudo taparse la cara con las manos, avergonzada. Pocos segundos

más tarde, lo oía abrir la camioneta; una Ford azul, e introducirla en el asiento del copiloto. Antes de que pudiese protestar, le cerró la puerta en las narices. Dio la vuelta al vehículo y se subió a su asiento. Cuando Shawn la miró, ella estaba cruzada de brazos y con el ceño fruncido.

—¿Me estás secuestrando? —preguntó cuando arrancó el motor.

—Técnicamente... se podría considerar un secuestro, pero en realidad solo quiero tener una cita a solas contigo. Después te dejaré sana y salva en tu casa. Y sin pedir rescate.

—No sabía que fueses tan bruto.

—Soy muchas cosas, que pronto vas a descubrir.

Tara giró el rostro hacia la ventana para ocultar su excitación, de la mirada curiosa de Shawn, que sonreía con socarronería.

Durante el trayecto en coche estuvo intentando concentrarse en el paisaje. Pasaron bajo uno de los preciosos puentes cubiertos del pueblo, y sacó la cabeza por la ventanilla para sentir el aire en sus mejillas cuando se adentraron en una carretera cubierta a ambos lados por frondosos árboles que regalaban una fresca sombra. Una vez más, maldijo no disfrutar del sentido del olfato para poder oler las maderas y la colorida vegetación. Debía ser todo un espectáculo para los sentidos. Hacía pocos segundos que había cerrado los ojos, apoyada en la ventanilla, cuando el vehículo se detuvo y con él su corazón.

Miró a un lado y a otro intentando reconocer el sitio en el que se encontraban, pero no le pareció más que otra zona boscosa. Estaban en lo que parecía un sendero, rodeados de árboles que ocultaban la camioneta de la vista de aquellos que circulaban por la carretera adyacente.

—¿Aquí es donde traes a tus víctimas para sus sacrificios? —preguntó tan nerviosa que su voz sonó una octava más alta.

—No, aquí es donde te traigo a ti para tener un momento de intimidad —dijo. Y tomándola de su asiento, con perturbadora facilidad, la volvió a sentar sobre sus piernas como si fuera una niña.

Tara apoyó una mano en su hombro y la otra en su pecho, manteniendo las distancias.

—¿Qué tal llevas la mano? —La pregunta sobre el estado de su contusión la pilló por sorpresa. Le habían quitado la férula el día anterior y ya no había señales de la inflamación.

—Bien, está perfectamente ya —dijo conteniendo la respiración cuando Shawn comenzó a trazar círculos en su palma, hacia el interior de su muñeca. Allí se detuvo al notar la textura diferente de su piel.

Tara apartó la mano, rápidamente, pero Shawn volvió a tomar su muñeca y la giró para observar la quemadura que cubría una porción de esta.

—¿Cuándo te la hiciste?

Evitó mirarlo, pero él le levantó la barbilla para escrutarla.

—Con poco más de dos años, puse la mano en un calefactor encendido.

Con aquella sencilla explicación, Tara sabía que no podía siquiera acercarse a la descripción del momento en el que sus padres descubrieron que tenía analgesia congénita. Lo que ocurrió fue que se quedó dormida sobre la alfombra, jugando. Durante el sueño se giró y terminó por apoyar la muñeca directamente en la parrilla incandescente del calefactor. Sus padres descubrieron que se había quemado al oler su piel chamuscada. Su madre le había contado aquel aterrador momento, para ellos, cientos de veces. Ella, sin embargo, no era capaz de recordar nada.

—Debió dolerte mucho —dijo sin dejar de acariciar esa porción de piel que ella solía ocultar con mangas largas, pañuelos o pulseras. Qué él no sintiese rechazo hacia su fealdad era turbador.

Se encogió de hombros no sabiendo que contestar. ¿Se suponía que debido a la relación que estaban comenzando debía ser sincera y contarle que jamás podría sentirlo? ¿Cómo se lo tomaría él? ¿Sería de los que la veían como a una especie de heroína? ¿Los que la miraban como a un bicho raro? No quería que dejase de mirarla como lo hacía, como si fuese solo una chica más. Una chica que le gustaba.

Shawn continuó ascendiendo con las yemas de los dedos, acariciando esta vez el interior de su antebrazo. La piel de esta zona era más fina y sensible y enseguida sintió como se erizaba, hasta el cabello.

Shawn la miró fascinado. Tara era tan sensible a sus caricias, a los más mínimos contactos que era extasiante ver como reaccionaba. La vio erizarse y siguió ascendiendo por su brazo. El silencio se había instaurado entre los dos, como un manto denso que los mantenía aislados del mundo.

Allí, en el interior de su camioneta solo existían ella y él. Sus pieles, y las miles de cosas que estas querían contarse. Queriendo memorizar cada poro de la misma, siguió su recorrido hasta su hombro. Le apartó el cabello a un lado dejando expuesto su cuello. Tara exhaló un suspiro cuando acercó los labios y lo besó con suavidad. Shawn ya se había dado cuenta de que era una de sus zonas erógenas, y era un placer verla excitarse para él. Intensificó el beso y succionó con suavidad dejando que la incipiente barba raspase su piel.

Cuando ella gimió sintió que perdía parte de su cordura.

Con un brazo la rodeaba por la cintura y elevó el otro para acariciar su mejilla. Tara cerró los ojos y siguió el movimiento de su mano, totalmente entregada. Buscó su boca, cuyos labios entreabiertos ya pedían atención y se apoderó de ellos con hambre despedida. El juego de sus lenguas, buscándose, reconociéndose, no tardó en enardecerlos a ambos.

El sabor inocente y dulce de Tara lo extasiaba de tal forma que tuvo que apartarse y respirar antes de dejarse llevar. Tara, no estando conforme, levantó los brazos y rodeó su cuello. Apoyó la frente en la suya y durante un segundo eterno, se perdieron en la mirada el uno del otro.

—Sigue... por favor —le pidió con aquella boquita que tanto le gustaba.

Shawn volvió a tomar su rostro con las manos y la besó con suavidad. Se estaba volviendo loco, necesitaba más, mucho más. Cuando ella mordió su labio inferior, tomando las riendas del beso y exigiendo su premio, gruñó contra su boca y profundizó la invasión. Tara se recolocó sobre su regazo para pegarse más a él, algo difícil dentro de la camioneta y en aquella postura. Entonces Shawn la alzó, agarrándola por la cintura y la colocó a horcajadas sobre él. Buscó en su mirada algún atisbo de incomodidad, pero solo vio deseo, el mismo que lo atormentaba a él. Cuando volvió a rodear su cuello y se pegó a su cuerpo, la tomó de la cadera, fascinado con su belleza.

Los besos se hicieron más intensos y sus respiraciones entrecortadas comenzaron a empañar los cristales de la camioneta. Las manos de Tara volaron rápidamente por su pecho, acariciándolo sobre la camiseta. Contuvo el aliento cuando ella pasó sobre sus pezones. Y gruñó cuando sus pequeñas manos se introdujeron bajo la tela fina, eliminando la barrera entre sus pieles. La suavidad de sus dedos, que a tientas recorrían sus abdominales y pecho, hizo que el dolor de su erección luchando por ser liberada, aumentara en sus pantalones. Él imitó su gesto e introdujo las manos bajo la camiseta para acariciarle la espalda. La sintió estremecerse y siguió ascendiendo lentamente hasta apoyar las manos en sus hombros. La presionó hacia abajo contra su

cuerpo, enterrando el rostro en su pecho, mientras la hacía consciente del deseo que lo atormentaba hasta el delirio. Atónito, la vio moverse sobre su tortuosa erección haciendo que perdiese la poca cordura que le quedaba.

—Tara... —gruñó contra su boca.

Ella estaba jugando con fuego y estaba seguro de que no era consciente de hasta qué punto.

—Tócame, por favor. Como hiciste en la galería... —susurró, sin atreverse a mirarlo a los ojos mientras se lo pedía.

—Solo si me miras, todo el tiempo —apuntó tomándola de la barbilla.

Tara no había sentido nada igual en su vida. Shawn despertaba cada fibra de su ser. La hacía sentir viva, febril y sexi. En definitiva; una mujer. Nunca antes había tenido semejante nivel de intimidad con nadie y no sabía bien el terreno que pisaba, pero una cosa tenía clara; cada poro de su piel le pedía más. Temiendo que él no fuera a dárselo, obedeció y lo miró.

Perderse en su mirada azul fue como caer al vacío. Se le encogieron las entrañas y sintió vértigo. Aun así, se la sostuvo completamente hipnotizada. Queriendo ahogarse en el mar azul de sus iris y en las promesas que estos le brindaban. Cuando Shawn, con un movimiento rápido, desabrochó su sujetador y tomó uno de sus pechos por debajo de las prendas para amasarlo con suavidad, las terminaciones nerviosas que de este despertaron de manera tan abrupta que de sus labios escapó un jadeo ahogado y sorprendido.

—Tara... no imaginas cuánto te deseo... —declaró él con voz ronca.

—Sigue... —le pidió ella. Su aliento se mezcló con el de él, emborrachándolo.

Shawn comenzó a trazar pequeños círculos sobre su pezón erecto. Mientras se movía debajo de ella, buscando un mayor contacto de sus sexos. La presión de su erección lo estaba destrozando. Cuando pellizcó el pezón y ella se arqueó en respuesta a su placer, no pudo soportarlo más y le subió la camiseta para lamer el caramelo dorado de su pecho, con devoción. La apretó con fuerza a él, oyéndola gemir, exaltada. Tenía unos pechos sublimes; llenos, suaves, deliciosos y enloquecedores. Succionó su disco dorado, emborrachándose. Y el líquido pre-seminal manchó sus bóxers.

No podía dejar que aquello continuara. La deseaba tanto que se estaba consumiendo. Quería estar dentro de ella, sentirla por completo, abrazándolo en su interior. Y aunque se mostrase tan enardecida como él, tenía la certeza de que iba a ser su primera vez. Una primera vez que no podía consentir que se produjera en su camioneta, de cualquier manera.

Soltó el pezón tras una última succión, dejándolo libre con pereza.

Tara lo miró aturdida por el deseo. Sus pupilas dilatadas cubrían casi por completo sus iris, dejando tan solo un pequeño disco de su precioso color. Las mejillas encendidas, la piel brillante, el cabello enmarcando su rostro... Era tan hermosa y a la vez parecía tan frágil, que tuvo ganas de aprisionarla

entre sus brazos y no dejarla marchar nunca más.

El sentimiento, tan inmenso como turbador, hizo que su pecho se hinchara. Resopló con fuerza y se pasó una mano por el cabello, intentando deshacerse de la frustración de no poder hacerla suya en ese momento. Cuando ella lo miró sin entender lo que pasaba, la besó fugazmente y acarició su mejilla.

—Sí que eres un peligro cuando estamos a solas...

Tara iba a protestar, pero él siguió hablando.

—Así que creo que es una magnífica idea que tengamos una cita en grupo, esta noche —dijo sonriendo para ella—. Será la única forma de impedir que te haga el amor en cada maldito rincón de este pueblo.

La última afirmación de Shawn tuvo un efecto devastador en su sexo, haciéndolo palpar, enardecido.

Libre, esa era la palabra que describía como se sentía cuando estaba con él.

Y le encantaba.

CAPÍTULO 18

Tara caminó despacio entre los arbustos que llevaban al jardín trasero de Zora. Estaba todo completamente a oscuras y tuvo que alumbrarse con la linterna del móvil para no tropezar con alguno de los múltiples aparejos de jardinería que tenía el padre de su amiga diseminados por el pasillo lateral, adyacente a la casa. Le pareció extraño no oírla ni a ella, ni a Percy. Shawn llegaría un poco más tarde, cuando terminase algunas cosas con su abuelo. Se suponía que iban a hacer una barbacoa nocturna, aprovechando que el padre de Zora tenía noche de bolos.

Llamó a sus amigos esperando no encontrárselos dándose el lote. Casi a punto de llegar, el maullido de un gato a su espalda le dio un susto de muerte. Se giró sobrecogida, aferrando el móvil contra su pecho. «¡Maldito bicho!», se dijo al ver al animal saltar con agilidad entre los setos. Sus ojos verdes y cristalinos la miraron analíticamente.

Sonrió a causa de los nervios, sintiéndose estúpida por asustarse de aquella manera tan tonta. Volvió a girarse para adentrarse en el jardín, cuando de repente este se iluminó por completo y un grupo de gente gritó:

—¡Sorpresa!

Si se había sobresaltado con el gato, la sorpresa estuvo a punto de provocarle un infarto. Se quedó mirando a los presentes completamente

pasmada, sin entender nada. No conocía a la mayoría de los que estaban allí reunidos, observándola con rostros expectantes.

—¡Felicidades, princesa! —gritó Zora. Y antes de que pudiese reaccionar, esta la abrazó con fuerza.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó aún unida a su abrazo.

—¿De verdad pensabas que no descubriríamos que hoy es tu cumpleaños e íbamos a dejar que te quedases sin celebración? —le preguntó su amiga con su habitual cara de duende travieso.

Tara sonrió sin saber muy bien qué decir. Zora la tomó del brazo y empezó a presentarle uno por uno, a los asistentes a su fiesta de cumpleaños.

Aquella mañana se había levantado con el propósito de que fuese un día más para ella. Ya tenía veinte años y le costaba reconocerse en la imagen que le devolvía el espejo. Como si hubiesen pasado meses, en lugar de semanas, desde su llegada. Nunca había visto tanto color en sus mejillas con anterioridad, ni ese brillo en los ojos. Y no había otro culpable más que Shawn. Desde hacía tres semanas se veían a diario, la mayor parte de las veces acompañados de amigos o de Apple, que había repetido en dos ocasiones su papel de carabina desde la primera vez que fue con ellos al autocine.

Pero ese día no había esperado hacer nada especial. Era la primera vez

que llegaba el día de su cumpleaños y no lo celebrara con su madre. Ese único pensamiento hacía que se le encogiese el corazón. Recordaba como esta se esmeraba en esa fecha para que todo fuese perfecto. Se aseguraba de que fuese especial para ella, desde que abría los ojos por la mañana, hasta el último minuto de la noche. Y como nada volvería a ser igual, no había querido ni pararse a pensar en ello.

Pero poco después de levantarse la había llamado su tía Sit. Hacía una semana que no conseguían localizarse y, tras felicitarla, se enfrascaron en una larga conversación en la que se pusieron al día de todas las novedades de sus vidas, que no eran pocas. Tan solo haber podido hablar con su tía ya era suficiente regalo para ella. Pero entonces había bajado a desayunar y en la cocina encontró a su padre, Robin, y su hermana, esperándola para dar cuenta de un copioso desayuno a base de tortitas, zumo de arándanos y pastel de zanahoria y queso; su favorito. Y sobre este, escrito con letra temblorosa: «Feliz cumpleaños, Tara.»

En aquel momento, simplemente, no supo qué decir. Se había quedado atónita frente a la mesa de la cocina. Apple no había dejado ni que lo asimilara cuando la tomó de la mano y la llevó hasta su silla. Su padre le sonrió por primera vez desde que le anunciase su marcha, en otoño. Le dio un imprevisto beso en la mejilla justo antes de que tanto Robin como Apple, la rodearan con sus brazos y la besasen para felicitarla. No estaba acostumbrada

a tantas muestras de afecto y se sintió abrumada. Ambas se habían esmerado mucho en preparar aquellos manjares para celebrar su cumpleaños y estaba realmente impresionada y agradecida.

Dieron buena cuenta del desayuno, enfrascados en una animada conversación sobre el festival y el baile de recaudación para la biblioteca. Definitivamente había aceptado la invitación de Robin y había quedado en acompañarla al día siguiente para ayudarla con los preparativos. Apple, emocionada porque se habían vendido todas las entradas para su representación, también acaparó gran parte de la conversación. Su padre, sin embargo, se mantuvo en un segundo plano, dejándolas hablar a ellas. Tan solo al final del desayuno lo vio levantarse, sin previo aviso, para regresar minutos después con un paquete envuelto para regalo.

Tara quedó enmudecida, sin saber qué hacer ni qué pensar. Viendo que no era capaz de tomar el bulto de manos de su padre, este lo colocó ante ella sobre la mesa.

—No teníais que haberlo hecho. Yo no esperaba siquiera... este desayuno —dijo. Y en su voz se evidenció la emoción.

—Tara, somos tu familia. ¿Cómo no íbamos a celebrar este día contigo? —Se quedó mirando la mano de Robin sobre la suya y la cara de su hermanita, llena de felicidad y expectación. Un nudo se instaló en su garganta.

—¡Abre el regalo! ¡Ábrelo ya! —repitió Apple dando palmas, entusiasmada.

Comenzó a hacerlo, sin estar convencida de merecer un detalle así. Había pasado gran parte de aquellas semanas evitando a su padre y a Robin.

—De veras. No creo que deba... —dijo deteniéndose en mitad del proceso.

—Ábrelo. Es tuyo. Y estoy seguro de que lo necesitarás en otoño, cuando empieces en el Sarah Lawrence.

Tara clavó la mirada en los ojos de su padre que, a diferencia de los últimos días, no estaban cargados de reproche y dolor sino de aceptación y cierto orgullo.

Sintiendo que el nudo de su garganta aumentaba por momentos, terminó de abrir el paquete, para encontrarse con la mejor tableta grafica del mercado; una Wacom dth-1320-uk. Quería ese modelo desde hacía meses, y se preguntó cómo lo había sabido su padre.

Por supuesto, después de aquello, no había esperado encontrarse con más sorpresas ese día. Una sencilla barbacoa entre amigos era todo lo que había deseado. Y ahora se encontraba rodeada por decenas de chicos y chicas de su edad, que tan solo la conocían por haberse cruzado con ella por la calle.

—¿Quién es toda esta gente? —susurró a Zora, cuando la guiaba a un

nuevo grupo de personas.

—Pues los chicos de pueblo. Aquí celebramos los cumpleaños así. Invitamos a todo el mundo. Si hace buen tiempo, hacemos barbacoa. Y si hace frío, nos vamos todos al bar. Es una oportunidad única para que conozcas a todo el mundo.

Tara no estaba muy convencida de querer hacerlo. No estaba acostumbrada a las grandes aglomeraciones de gente, ni sabía qué decir a aquellas personas. Miró a un lado y a otro buscando a Shawn, pero no lo encontró. Antes de poder preguntar a Zora si sabía algo de él, esta ya le estaba presentando a dos chicas y un chico, que la recibieron calurosamente.

—Necesito beber algo —dijo al cabo de media hora, queriendo darse un respiro.

—Claro, ¿qué quieres? Yo te lo traigo —se ofreció Percy.

—No es necesario, de verdad. Solo dime dónde está la bebida.

Encogiéndose de hombros Percy le indicó la entrada trasera a la cocina, donde habían dispuesto barreños con latas y los barriles de cerveza. Tara se dirigió al interior de la casa, devolviendo el saludo a los invitados que se cruzaba en el camino.

Abrió la puerta corredera de la cocina y entró, dando gracias de que estuviese desierta. Se apoyó en la pared y respiró con profundidad, aliviada. Agradecía la molestia que se habían tomado sus amigos, que además no

sabían que aquella era su primera fiesta con gente de su edad, y lo desubicada que se sentía por ello.

Y entonces oyó voces que provenían de la entrada. Se separó de la pared con curiosidad al escuchar que susurraban y se dirigió hacia ellas con sigilo. Parecía que no era la única que buscaba algo de intimidad. Cuando estaba a punto de llegar, antes incluso de abrir la puerta para ver a la pareja que hablaba entre murmullos, distinguió la voz de Shawn.

Se quedó petrificada al comprobar que efectivamente era él, y la chica en cuestión no era otra que Verónica, una de “las chicas malas” que le presentó Zora en su primera incursión en el pueblo. La rubia de mirada de tigresa ahora rodeaba su cuello con los brazos de forma posesiva mientras él le tomaba las manos. No cabía una gota de aire entre sus cuerpos, ni sus bocas, enlazadas en un beso salvaje.

El mundo se le cayó a los pies en ese mismo instante, y el corazón se le detuvo agónicamente en el pecho.

—Tara... —Shawn pronunció su nombre al notar su presencia.

Sintiendo que se asfixiaba, se giró para marcharse.

—Tara... ¡No! Esto no es lo que parece... —lo oyó decir tras ella—
¡Suéltame, Verónica!

Shawn, temiendo lo que pudiese haber interpretado al verlos en semejante momento, se deshizo del agarre de la chica y corrió tras ella

interceptándola antes de que pudiese entrar de nuevo en la cocina.

—Tara, espera. De veras que no es lo que parece. —La volteó tomándola del brazo.

—¿No estabais besándoos? —preguntó fuera de sí.

Verónica se limpió la comisura de la boca con una sonrisa ladina, mientras pasaba junto a ellos para marcharse. La miró de arriba abajo, como si la viese poca cosa, y lanzó un beso a Shawn con la mano.

Tara cerró los ojos con fuerza sintiendo que todo su cuerpo temblaba por el dolor.

—No, no nos estábamos besando...

—¿Me tomas por imbécil? —preguntó abriendo los ojos desorbitadamente. «¿Cómo era capaz de negarle algo que había visto con sus propios ojos?»

—Era ella la que me besaba a mí, y no al revés. No tengo ningún interés en Verónica.

Intentó tomarla por el rostro pero Tara lo evitó con brusquedad, apartándose. El dolor que Shawn vio reflejado en sus preciosos ojos violetas fue devastador para él.

—Tienes que creerme... Jamás te haría algo así... —Se acercó a ella hasta tenerla aprisionada entre su cuerpo y la pared, buscando su mirada con desesperación.

—¿Tan ingenua crees que soy? ¿Tengo que creer que se te ha tirado encima y no has podido evitarlo?

—Es exactamente lo que ha pasado. Me ha besado y yo la estaba apartando.

Tara resopló con fuerza. La rabia que sentía recorrerla en ese momento era completamente nueva para ella. Nunca se había sentido tan traicionada y fuera de sí.

Shawn hizo un nuevo intento de tocarla queriendo posar las manos en sus hombros, pero ella lo empujó.

—No puedes creer en serio que nos haría esto... —dijo él en un susurro.

Tara leyó la desolación en sus ojos y apartó la vista. ¿Podía confiar en él? ¿Estaba dispuesta a que jugasen con su maltrecho corazón?

—Sólo dime una cosa, ¿has tenido algo con ella?

Shawn resopló y se pasó la mano por el pelo. Cuando Tara pensó que ya no iba a contestar, él confesó.

—Una vez, hace mucho tiempo.

Tara comenzó a andar, queriendo salir de allí cuanto antes, buscando un lugar en el que desahogar su dolor.

—¡Tara! ¡Fue hace mucho tiempo y no significó nada! No he vuelto a tener nada con ella.

La sujetó por el brazo y ella se revolvió soltándose.

—Tara... no te vayas... Te quiero.

Las palabras la atravesaron como un latigazo y las lágrimas contenidas por la rabia salieron de sus ojos, inundando su mirada. Su padre también la había querido y no dudó en abandonarla, ¿por qué no iba él a traicionarla, del mismo modo?

Envuelta en lágrimas salió corriendo de allí. No podía mirarlo. No quería hacerlo. No podía dejar que la convenciese y jugase con ella.

En su afán por huir de allí no vio que Verónica, tras su salida al jardín, había cerrado la puerta por la que ella había entrado. Colisionó de lleno contra ella y terminó por atravesarla cayendo en el jardín, envuelta en una explosión de cristales.

Sacudió la cabeza y se pasó las manos por el rostro. Una chica gritó y ella levantó la vista cruzándose con la mirada de Zora que la observaba paralizada. Se levantó y entonces sintió un líquido cálido y espeso cayendo por su rostro. Se miró las manos cubiertas de sangre, y el vestido blanco sobre el que resaltaba la que emanaba de los cortes de sus brazos. Miró a su alrededor, sintiendo los ojos de todos los presentes clavados en ella. Incluyendo a Shawn. Pudo leer su turbación y volvió a sentirse como un monstruo de feria. Como cuando con cinco años cayó de lo alto del tobogán del patio del jardín de infancia, y después siguió jugando como si tal cosa.

Ese fue su último día de clase. Y aquella era la última fiesta a la que iba a acudir.

Cuando vio que Shawn y Zora hacían ademán de ir a socorrerla, salió corriendo como alma que lleva el diablo, huyendo de allí en dirección a su casa. Buscando desesperadamente que se la tragara la tierra.

CAPÍTULO 19

Tara se miró el brazo apoyado sobre la camilla, con una vía intravenosa puesta. Y se pasó la mano libre por la frente mientras contenía el llanto. La maquinita a la que estaba conectada pitó al subir sus pulsaciones y la cortina del box se abrió inmediatamente.

—Cariño, tienes que estar tranquila. El médico no tardará en volver — le dijo su padre, pasándole una mano por el pelo.

Tara cerró los ojos, solo quería desaparecer. Que la fulminara un rayo en ese mismo instante. No había necesitado anestesia para que le cosieran los múltiples y pequeños cortes en brazos y cabeza, pero el dolor de su corazón era insoportable e intratable. La agonía la estaba consumiendo y solo quería gritar.

Cada vez que cerraba los ojos, a su mente regresaban Shawn y Verónica besándose ante ella. Sacudía la cabeza y entonces lo oía decirle que la quería. «¡No, no podía quererla!». Y menos después de saber que era un monstruo. Todos los de la fiesta la habían visto atravesar, como una estúpida, aquella maldita puerta. Y salir de allí corriendo como si no hubiese sido nada. Recordaba sus caras aterradas. La expresión incrédula de Shawn y Zora. Se giró en la camilla encogiéndose en posición fetal, para volver a llorar. «¿Por qué había pensado que podía tener una vida normal? ¿Por qué se había dejado

llevar por el espejismo de aquella felicidad efímera y tan frágil como el papel?»

El corazón de Graham se encogió al verla sufrir de aquella forma. A su hija no le dolía el cuerpo sino el alma. Volvió a sentir la impotencia de no poder protegerla. Lo que ella sentía no se podía curar con unos puntos y un par de tiritas. Acarició su espalda, sintiendo bajo su palma la convulsión de su cuerpo. No sabía lo que le había pasado esa noche. Pero ella no lloraba por una maldita puerta de cristal. ¿Y si su madre, finalmente, tenía razón? ¿Y si su hija no estaba preparada para el mundo real? ¿Estaba siendo un egoísta buscado normalizar su situación, cuando la empujaba a vivir como una persona normal?

—Doctor Dawson, ¿tiene ya los resultados de las placas? —oyeron ambos que Robin se dirigía al médico.

—Enseguida vuelvo —aseguró Graham a su hija para acercarse a su mujer y hablar con el doctor.

El médico los miró a ambos y después sacó las placas que acaban de hacerle.

—A su hija la protege un ángel, no hay duda de que ha tenido mucha suerte. No hay signos de derrames internos, ni de conmoción. El golpe en la cabeza ha sido fuerte, pero solo tiene la herida de la frente y los cortes en brazos. Lo más sensato sería que permaneciese esta noche en observación...

—Acaba de decir que no hay signos de contusión —lo interrumpió Robin.

—Sí, así es... pero nunca se sabe...

Robin miró a Tara y esta negó con la cabeza.

—Si permaneciese aquí en observación, ¿de qué estarían pendientes? ¿Cuáles serían los síntomas de alarma?

El doctor se cruzó de brazos.

—Bueno... una alarma importante son los dolores de cabeza, que en el caso de Tara están descartados. Pero estos suelen venir acompañados de náuseas, vómitos, mareos, pérdida de consciencia...

—Bien. Todo eso podemos controlarlo desde casa, y si viésemos algo extraño enseguida la traeríamos.

—Señora... les reitero mi ofrecimiento del otro día. Si me permitiesen estud...

Graham fue a hablar, pero Robin lo detuvo colocando una mano sobre su pecho.

—Disculpe, doctor, pero creo que Tara fue excepcionalmente clara el otro día. No deseamos que nadie la someta a experimentos ni estudios, como si fuese un conejillo de indias, ¿lo entiende? Y si sigue insistiendo, no solo nos veremos obligados a cambiar de médico, sino que no tendré el más mínimo reparo en presentar una queja a la dirección del hospital.

El médico tomó aire, apretando las mandíbulas. Después miró a Tara y terminó por resoplar, aceptando.

—No será necesario. Disculpen la sugerencia.

Robin recibió una mirada de infinito agradecimiento de Tara, y no pudo evitar emocionarse.

—Ahora, si nos disculpa, llevamos siete horas en este hospital y queremos irnos a casa.

—Está bien. En el mostrador les dejó el informe médico con las recomendaciones para su cuidado. Si todo sigue así, en un par de días debería estar bien. Salvo por los puntos que tendrá que volver para que se los examinemos y quitemos.

El doctor se giró hacia Tara, que comenzaba a incorporarse en la camilla.

—Espero no volver a verla en mucho tiempo, señorita Liberman.

—Lo mismo digo —le contestó ella.

Cuando regresaron a casa, las primeras luces de un atardecer temprano empezaban a iluminar el cielo con destellos dorados. Tara respiró sintiendo que le pesaban hasta los pulmones, del agotamiento. Solo quería cerrar los ojos y dormir. Dormir una semana, un mes, toda una vida...

—¿Ese es Shawn Lockwood? —preguntó Graham escudriñando la

puerta de su casa, desde el principio de la calle.

El corazón de Tara comenzó a latir frenéticamente y su padre pudo leer en su cara la consternación, a través del espejo retrovisor.

—¿Es el responsable de lo que te ha pasado esta noche? —preguntó con las mandíbulas prietas.

Tara parpadeó frenéticamente. ¿Era Shawn el responsable de lo que le había ocurrido? Indudablemente, del dolor de su corazón, sí. Pero él no tenía la culpa de que ella hubiese atravesado el cristal y hubiese resultado herida. El espectáculo final había sido todo cosa suya.

Negó con la cabeza.

—No, él no ha tenido nada que ver. —Su padre soltó el aire contenido en los pulmones—. Pero no quiero verlo. Ni a él ni a nadie, por favor —se apresuró a decir llegando a la casa.

Vio a Shawn mirar el colche y levantarse de los escalones del porche, al ver que se acercaban. Tenía el gesto demudado, tal vez por la preocupación, o arrepentido por haber sido descubierto con Verónica. En cualquiera de los casos, no quería hablar con él...

—No te preocupes, yo me ocupo —dijo su padre justo antes de detener el coche, frente a la entrada.

Robin se apresuró a salir del asiento del copiloto y le abrió la puerta para ayudarla a salir. Pasándole un brazo sobre los hombros, de forma

protectora, la acompañó hasta la puerta.

—Tara... ¿Estás bien? ¡Necesito hablar contigo! —Lo oyó decir a su espalda, mientras su padre se interponía en su camino, cortándole el paso.

—Mira chico, Tara necesita descansar ahora mismo. Será mejor que te marches —le dijo colocando una mano sobre su pecho, para detenerlo.

Shawn miró la mano del Graham sobre su pecho y resopló con fuerza intentando calmarse. No era ningún chico, y conocía la relación de Tara con su padre. No era de él de quién había que protegerla.

—Solo necesito hablar con ella, saber que está bien —le dijo viendo como ella entraba en la casa, sin mirar atrás.

—Está bien, pero no quiere ver a nadie.

Shawn clavó su mirada azul en la suya, entre desconcertado y dolido. Y Graham suspiró. En aquellas semanas había visto brillar a su hija de pura felicidad y no era tonto, si se había producido ese cambio en ella era a causa de ese chico. Pero también la había visto llorar, destrozada esa noche. Y era algo que no podía obviar.

—Mira... Tara no es como las demás chicas...

Tara que estaba oculta, tras la puerta, contuvo el aliento pensando que su padre iba a revelar su secreto.

—De eso ya me he dado cuenta —repuso Shawn, con contundencia.

Graham volvió a resoplar, no era difícil reconocer en la mirada de

Shawn lo que sentía por su hija.

—No. No llegas a saber hasta qué punto es diferente. Pero eso no es lo importante. Ella no quiere verte ahora. Hazme caso y déjala tranquila. Es mejor para ella, y para ti.

Shawn recibió el comentario, como una amenaza velada. Y Tara, desde su escondite, como el mejor consejo que le podía dar su padre, por experiencia propia. El dolor de su corazón se intensificó hasta hacerse insoportable, y salió corriendo a su dormitorio para abandonarse al llanto.

CAPÍTULO 20

Shawn parpadeó un par de veces pensando que estaba sufriendo una alucinación. Solo así podía explicar que, tras una semana de intentar hablar con Tara por teléfono, esperar frente a su casa a que saliera, y pretender que Zora intercediese por él con ella, la estuviese viendo en ese momento caminando por una de las calles de Rutland.

Él había tenido que ir esa mañana a imprimir unos planos que le habían enviado del gabinete en el que trabajaba en Nueva York, y en los que tendría que trabajar durante las dos siguientes semanas. Aunque había dudado que le fuese a ser posible, cuando solo la tenía a ella en la cabeza. No había podido borrar ninguna de las imágenes de esa noche de su mente. Sobre todo, su mirada de dolor y decepción.

Y después se llenaba de rabia. «¿Cómo podía creer que él era capaz de hacerle daño de esa manera? ¿Acaso no lo conocía? ¿No se había abierto a ella más que a ninguna persona en toda su vida?»

Los días sin saber de Tara eran agónicos y eternos. Tanto como las noches en las que, sin poder dormir, iba hasta el silo y recordaba su mirada violeta, sus manos sobre su cuerpo, su boquita preciosa envuelta en sus besos. No estaba dispuesto a renunciar a lo que ella le hacía sentir. No podía perderla.

Por eso cada día iba hasta su casa, y no había dejado de llamarla. Y para un día que tenía que dejar de hacerlo, ella aparecía ante él, como una ensoñación. La vio detenerse delante de un escaparate y meter una mano en el bolsillo trasero de su pantalón. Llevaba una gorra puesta, pero no tenía duda de que era ella. Su forma de moverse, de tocarse el cabello para colocárselo a un lado. Como daba vueltas con las yemas a un anillo, entre sus dedos. Eran cosas suyas, esos pequeños gestos en los que él se detenía para quedarse embelesado mirándola, como en ese momento.

Sacudió la cabeza y miró a un lado y a otro, esperando encontrar a su escolta, casi policial. Los cuatro primeros días, tras el incidente, Tara no había salido de casa en ningún momento. Pero cuando empezó a hacerlo, iba siempre custodiada o por su padre, o por la mujer de este y su hermana pequeña. Era extraño que estuviese allí sola, pero era una oportunidad que no podía dejar escapar. Dejó los planos en el asiento del copiloto y bajó de la camioneta. Mirando a un lado y a otro de la calle, cruzó sorteando los coches. No podía esperar a que el semáforo cambiase de color y perderla de vista. Corrió hasta ella con la impaciencia de un niño.

Tara estaba mirando el escaparate de una tienda de música mientras esperaba que Robin y Apple salieran de la tienda contigua, en la que se vendían accesorios, *maillots* y otras cosas de ballet. Ella, mientras, había

decidido disfrutar un poco más del sol de aquel día. También de la tranquilidad de estar en un sitio en el que nadie la conocía, ni la miraba para susurrar después.

Estaba intentando leer la información de un cartel que anunciaba el concierto de un grupo que seguía a través de YouTube, cuando le pareció ver tras de sí el reflejo de Shawn, corriendo hacia ella. Su corazón se saltó un latido y entró de lleno en una vertiginosa carrera. Debía estar volviéndose loca. Él había estado apostado en su puerta durante días, esperando hablar con ella, pero no lo veía capaz de seguirla hasta allí en plan acosador. Sin pensárselo dos veces decidió entrar en la tienda y perderse entre las estanterías con CDs y vinilos antiguos, allí expuestos. Parapetada tras una de esas estanterías, escuchó la campanilla de la puerta volver a sonar, anunciando la entrada de un nuevo cliente. Dejó que tan solo sus ojos asomaran para ver si realmente se trataba de él, y se quedó sin aliento.

Shawn la buscaba con la mirada, recorriendo el local.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó la dependienta rápidamente, de forma solícita.

A ella ni la había mirado al entrar. Tara hizo una mueca.

—No, gracias. Solo voy a echar un vistazo.

—Claro... Pues si necesitas algo, no dudes en decírmelo —volvió a ofrecerse la chica.

Esta vez, Tara resopló con malestar.

Estaba claro que era guapo, demasiado guapo, quizás. Pero eso de que todas lo miraran como si fuera comestible... No era más que una de las razones por las que debía mantenerse lejos de él. Se giró con la intención de escapar por el pasillo contiguo cuando se chocó de bruces con él, que la tomó entre sus brazos.

Durante una centésima de segundo solo pudo enlazar la mirada con la suya. Como si estas se hubiesen estado anhelando durante esos días con desesperación. Parpadeó al darse cuenta de que perdía la fuerza de las piernas.

—¿Qué demonios haces aquí? —le increpó.

—Recibiendo un regalo del destino, imagino —dijo él sin despegar su mirada de ella.

Tara creyó que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Por favor, suéltame. Tengo que irme —rogó casi sin aliento.

—No puedo. Tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que decir —apartó la vista para romper el lazo entre los dos.

Shawn soltó el aire con pesar, y este acarició su mejilla.

—Pues entonces límitate a escuchar. No puedo dejar que las cosas sigan así. Tara... por favor... tienes que creerme. Yo no besé a Verónica. Ella

fue quien me abrió la puerta de la casa. Estaba borracha y tropezó con la alfombra. La sujeté y se me tiró al cuello para besarme. Yo no le devolví el beso. Intentaba apartarla cuando apareciste.

Shawn le dio toda la explicación sin tomar aire entre palabra y palabra, como si temiese que no lo dejase terminar. Era exactamente la misma explicación que le había dado Zora cuando, tras tres días de no contestar sus mensajes, amenazó con hacer huelga de hambre si no la recibía en casa. Su amiga aseguraba que Shawn era completamente inocente y que, hasta la propia Verónica, se iba jactando de haberla hecho creer que se estaban enrollando.

Ella no quería pensar en si era cierto o no, pues aunque él no hubiese tenido intención de traicionarla de manera tan vil, había otros motivos para mantenerlo alejado de ella. Recordaba las palabras de su padre como grabadas a fuego: «Aléjate. Es lo mejor para ella y para ti.» Ella era quien era, y como era. Y eso no iba a cambiar nunca. Tenía a cuantos la rodeaban preocupados por su salud. Y él solo creía quererla porque no sabía la verdad. De conocer su secreto, no estaría tan dispuesto a estar con una persona que era una carga constante. No iba revelar la verdad y darle la oportunidad de abandonarla por ser mercancía estropeada. Eso le rompería el corazón para siempre. Prefería dejarlo ahí, cuando aún le quedaban retazos que salvar.

Viendo que ella no parecía estar dispuesta a contestarle, Shawn insistió.

—Tara, por favor, cuando te dije que te quie...

El pánico se apoderó de Tara que no quería volver a escuchar esas palabras y tapó su boca con la mano.

—¡No! No lo digas. No puedes hacerlo. No lo entiendes. Tienes que olvidarme, Shawn. De lo contrario, soy yo la que va a hacerte daño a ti.

Tras aquella abrumadora declaración, Tara se giró y salió corriendo del local. Shawn tardó un segundo en reaccionar, no entendiendo qué era lo que le había querido decir. Cuando fue tras ella, la vio reunirse con Apple y su madrastra.

Apretó los puños sintiendo nuevamente que la mitad de él se marchaba sin mirar atrás.

CAPÍTULO 21

—¿Cuántas veces ha escuchado ya esa canción? —preguntó Robin a su marido que estaba leyendo el periódico, o al menos intentándolo, mientras se oía desde el primer piso una y otra vez *Giving You Up*, de Miley Cyrus.

—¿Seguidas? Esta es la número veintitrés. Alternada con otra media docena de canciones tristes sobre el desamor, he perdido la cuenta.

—¡Dios santo!

—Lo sé. Podría cantártela ahora mismo, me sé hasta la última nota.

—Cielo, tienes muchas virtudes, pero lo de cantar nunca ha sido lo tuyo.

Graham hizo una mueca.

—Lo que sí podrías hacer es hablar con ella.

Esta vez los ojos del hombre se abrieron de par en par, con estupor.

—¿Pretendes que le hable sobre chicos? ¡Ha roto con su novio! Es mi niña...

—Por eso, porque es tu niña y está sufriendo. ¿No recuerdas lo que era que te rompieran el corazón a su edad?

—No, han pasado muchas lunas de eso —dijo fingiendo amnesia.

—Míralo de esta forma, si no hablas con ella, esta será la banda sonora de nuestras vidas hasta que vuelva en otoño a la universidad.

Graham puso los ojos en blanco.

Sin mediar una palabra más, cerró el periódico y lo dejó sobre la mesa. Se levantó sin estar convencido de ser el adecuado para meterse en esas aguas pantanosas. No había conseguido que su hija se abriese a él, ¿y ahora pretendía darle consejos sobre el corazón? Subió los escalones frotándose la nuca y sopesando qué palabras debía usar. Con la mano rodeando el pomo de su puerta, tomó cuanto oxígeno fue capaz de guardar en los pulmones, intentando infundirse valor. Giró sin molestarse en llamar, pues con lo alta que estaba la música era un milagro que lo oyese.

Soltó el aire en un sonoro suspiro al verla sentada en el suelo, con la espalda apoyada en los pies de la cama. Tenía las rodillas flexionadas y entre ellas un paquete de pañuelos de papel, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, mientras sus labios repetían la letra, acompañando a la voz de la cantante. En ese momento cantaba: «Estoy renunciando a ti...», de forma desgarradora.

—¿A qué estás renunciando, cariño?

A pesar de haber intentado no gritar en exceso para hacerse oír sobre la música. Su voz la sobresaltó haciendo que se revolviere en el sitio y comenzase a limpiarse con ambas manos las mejillas enrojecidas, hinchadas, y empapadas en lágrimas.

—¡Papá! ¿Qué haces aquí?

Tal vez fuese porque estaba con la guardia baja, pero a Graham no se le escapó que su hija lo llamaba de esa manera por primera vez desde que llegó a la casa. Sintió que su pecho se hinchaba de felicidad, pero no era momento para pensar en él. Y resolvió dejar el regocijo para más tarde. Decidido a ayudarla se sentó en el suelo frente a ella. Tara lo miró sorprendida.

—He venido a ofrecerte un bote salvavidas, antes de que te ahogues.

Ella hizo una mueca.

—¿Y si quiero ahogarme?

—No quieres. Solo crees que sí porque duele demasiado. Pero eres sobradamente lista para dejar que esto pueda contigo.

Tara bajó el rostro para mirarse las manos. A su padre no le faltaba razón, dolía demasiado.

—Ahora dime, ¿a qué estás renunciando?

—A él —terminó de decir con un puchero igual a los que hacía de niña cuando no le daban lo que quería.

—Imagino que hablamos del joven Lockwood.

—¡Papá! ¡No es un niño! Está en el último año de universidad y ya trabaja como arquitecto. —Lo defendió ella con fervor.

Su padre además de asimilar la información, sonrió suavemente.

—Shawn, llámalo Shawn. O mejor, no lo llames de ninguna forma. No quiero oír su nombre.

—Eso no es verdad.

—¿Crees que miento?

—Creo que te engañas a ti misma. Si no te importase, como dices, estarías en la calle disfrutando del verano con Zora. Pero en lugar de eso estás aquí, desgastando esa canción y llorando como una plañidera. Por cierto, ¿podemos bajar la música un poco? La última vez que hablé a gritos fue en un concierto de ACDC y luego estuve una semana afónico.

Tara puso los ojos como platos. Jamás se habría imaginado a su padre, siempre tan encorsetado, escuchando a un grupo como ACDC. Mucho menos yendo a un concierto suyo. Tomó el mando del suelo y, dando al botón, apagó la música.

—¡Ey! Yo también tengo mi lado salvaje. Esa mirada ofende.

Graham no estaba seguro de ir por buen camino en la conversación, pero al menos había hecho que su hija dejase de llorar y casi formulase una sonrisa.

—¿Y por qué quieres renunciar al chico del que estás enamorada? ¿Se ha portado mal contigo? ¿Te ha hecho daño? —Contuvo la respiración esperando la respuesta y deseando que no fuese así. De lo contrario, el tipo iba a sufrir las terribles consecuencias.

Tara negó con la cabeza.

—Bueno... hubo un malentendido el día de mi cumpleaños, antes de

que me comiese la puerta. Lo vi con una chica, parecía que se estaban besando...

Graham apretó los puños.

—Pero solo estaba quitándosela de encima.

—¿Eso es lo que te ha dicho? —No es que quisiese dudar del chico, pero quería asegurarse de que no aconsejaba a su hija que se abriese al amor para caer en brazos de un sinvergüenza.

—Eso es lo que me dijo esa noche, en los cien mil mensajes que me ha mandado, y lo que asegura Zora que pasó. Hasta la chica en cuestión va alardeando de haber conseguido que rompamos.

—Entonces... si es inocente, ¿por qué no estás con él?

—¡Papá! ¡Por qué me quiere! Y yo... también le quiero —terminó por confesar en un susurro lo que se había negado a verbalizar hasta el momento.

Graham chasqueó la lengua contra el paladar.

—¡Tienes razón, lo vuestro es imposible! Nadie en su sano juicio tendría una relación con una persona que le quiere. ¡Es una completa locura! ¡Te prohíbo que lo hagas!

El gesto dramático de su padre mientras se burlaba de ella, hizo que se riese.

—No estoy loca. Tú mismo se lo dijiste...

El semblante de su padre mudó radicalmente, para tornar serio.

—Te oí, le dijiste que soy diferente. Que por su bien y el mío, era mejor que se alejara de mí. No quiero ser una carga para él igual que lo fui para mi madre, para ti y para la tía Sit.

—¡Tara! ¿De qué estás hablando? Nunca has sido una carga para ninguno de nosotros. Le dije que se alejara de ti porque tú no querías verlo. Y si seguía insistiendo iba a tener que vérselas conmigo. Pero nunca te he considerado una carga para mí, ¿cómo iba a ocurrírseme algo semejante?

—Tú eres mi padre, me querías y te fuiste porque era demasiado para ti...

Graham estuvo a punto de preguntarle si eso era lo que le había dicho su madre, pero luego recordó que, si la nombraba, Tara se pondría a la defensiva y una vez más fracasaría en su intento por acercarse a ella. Estaba demasiado cerca de conseguirlo, no podía echarlo todo a perder. Aquella era la conversación más larga que habían tenido desde hacía más de trece años.

—Tara... ¿Recuerdas aquella caída que tuviste con cinco años en el jardín de infancia? Te caíste de lo alto de un tobogán.

—Sí... —dijo Tara sin entender por qué recordaban ese momento—
Fue mi último día de escuela.

Graham resopló.

—Así es. Desde que descubrimos que tenías analgesia congénita, tu madre y yo tuvimos formas diferentes de afrontarla. Tuviste muchos

accidentes antes de ese, y es cierto que cada día temíamos más las consecuencias de que sufrieses esta patología. Pero mientras yo me negaba a pensar que por ello debías llevar una vida distinta a la del resto de la gente, tu madre quería mantenerte en casa, protegida todo el tiempo. Sin embargo, cuando llegó el momento de escolarizarte conseguí convencerla para matricularte en una escuela y que no estudiases en casa. Yo solo quería que llevases una vida normal. Que tuvieses amigos, que crecieras feliz. No podía imaginarte dentro de una burbuja, apartándote del resto del mundo, como si fueses un bicho raro.

Se pasó la mano por la barbilla, buscando las palabras para continuar. Era un autentico milagro que Tara no lo hubiese detenido ya. Y supo que, si no conseguía hacerle entender a su hija lo que había pasado, no tendría otra oportunidad.

—No sé qué recuerdas de la caída, pero fue lo peor por lo que pasamos hasta el momento. Te levantaste como si tal cosa. Como si no te hubieses caído de una altura de dos metros. Estuviste jugando media hora más y entonces, perdiste el conocimiento. Sufriste una hemorragia cerebral y tuviste que ser intervenida de urgencia.

Tara sacudió la cabeza sin entender por qué no tenía conocimiento de aquel accidente y esa intervención. Su madre le había contado cada una de las ocasiones en las que se había lesionado, cientos de veces, excepto esa.

—Estuviste semanas ingresada en el hospital, y casi nos costó perderte. Fue lo más duro por lo que tuvimos que pasar. Los dos sufrimos mucho, pero la forma de tu madre de afrontarlo fue culparme a mí. Dijo que yo era el responsable por haber insistido en que te matriculáramos en un colegio para niños normales, en el que no podíamos supervisarte todo el tiempo.

—Pero no fue culpa de nadie. Fue un accidente...

—Lo sé... ahora lo sé. Pero de alguna manera llegué a creer que tu madre tenía razón. Empecé a pensar que yo me empeñaba en que llevaras una vida normal, no por ti, sino por no querer asumir tu patología. Creí que era un egoísta que te empujaba a llevar una vida peligrosa para ti, y que junto a mi corrías peligro. Nuestro matrimonio se rompió y yo solo sabía mirarte con culpa y remordimientos. Pero al mismo tiempo no podía verte crecer en una burbuja.

Tara miró a su padre. No sabía bien qué pensar de lo que le estaba contando. Ella siempre había pensado que se había marchado porque no soportaba la responsabilidad de tener a una hija con esas necesidades. Se sentía confusa, perdida. Como si la realidad se desdibujase ante ella.

—Cariño, tienes que entender que dejarte lo fue lo más difícil que he hecho jamás. Desde que naciste, iluminaste mi vida de una forma cómo jamás pensé que nadie haría. Ni siquiera tu madre, a la que te puedo asegurar que quise con locura. Recuerdo cada momento vivido contigo como un

regalo. Y cada día de estos trece años lo he pasado arrepintiéndome de haber firmado el acuerdo que redactó tu madre.

Graham la vio a punto de preguntar y levantó una mano para detenerla.

—Ella solo quería protegerte, cuidar de ti de la mejor forma que supo. Lo dio todo por su niña. Y en ese momento creí que debía tener razón, cuando por mi empeño casi te habíamos perdido. Entrar en los pormenores del acuerdo no viene al caso ahora, pero la condición era que yo no debía formar parte de tu vida, salvo en la distancia. Me aseguraba de enviarte dinero cada mes para cubrir todas tus necesidades, e hice un fondo para tus estudios. Tu madre me enviaba, varias veces al mes, fotografías, videos, trabajos tuyos... Miles de cosas que nunca fueron suficiente para llenar el vacío de mi corazón.

Tara empezó a llorar. Y esta vez sus lágrimas solo sabían a años perdidos, al odio injustificado que había alimentado hacia su padre, y a la frustración que sentía en cada poro de su piel.

Graham fue hacia ella y la rodeó con sus brazos. La apretó contra su pecho y, por primera vez, Tara se dejó abrazar hundiendo el rostro en el pecho de su padre que rompió en lágrimas junto a ella.

—Entonces, ¿nunca pensaste que era una carga para ti? —preguntó largos minutos más tarde.

—Jamás. Y me consta que para tu madre tampoco fue así.

—A la tía Sit la estaba apagando poco a poco, a causa de la preocupación.

Su padre rompió a reír y ella se separó de su pecho para mirarlo sorprendida.

—¿Te lo ha dicho ella? —le preguntó.

—No, pero la he visto, cada día. Menos mal que aceptó ese trabajo en el crucero...

—Tara, tu tía aceptó el trabajo en el crucero no para desprenderse de la gran responsabilidad que eras para ella, sino para darnos la oportunidad de volver a estar juntos. Tener que estar fuera formaba parte de su plan. Esa naviera lleva años intentando contratarla, pero solo aceptó cuando vio que no habría otra forma de obligarte a verme.

Tara abrió los ojos desorbitadamente no pudiendo creer que su tía hubiese sido capaz de manipularla de esa forma. Aunque bien pensado, siempre pensó que tenía grandes dotes interpretativas.

—Mi niña, mi preciosa niña. Has cargado toda tu vida con un peso que no existía. Intentamos protegerte tanto que no nos dimos cuenta de que el mayor de los daños te lo estábamos provocando nosotros.

—Papá, lo siento mucho —dijo envuelta por las lágrimas, nuevamente.

—No tienes nada que sentir, cariño. Soy yo el que tiene que pedir perdón. No lo hice bien... —Acarició su mejilla limpiándole las lágrimas,

como hacía cuando era pequeña—. Pero de todo hay que aprender.

—¿Qué quieres decir?

—Solo que es evidente que cuando amas a alguien, el camino correcto no está en dirección contraria. Y que no puedes dejar que el miedo domine tu vida, Tara. Eres tan joven y tienes tantas experiencias por vivir... Llena tu vida de magia, de momentos únicos e irrepetibles, de aciertos, pero también de errores. Solo de ellos se aprende y gracias a ellos apreciamos las cosas maravillosas que vienen después. Ya eres adulta. Ahora te corresponde a ti decidir si quieres vivir en una burbuja o salir al mundo, y comértelo.

Tara volvió a dejarse caer sobre el pecho de su padre, que la abrazó mientras ella suspiraba con fuerza. Tenía muchas cosas que asimilar, y una decisión importante que tomar; la más importante de su vida.

—Parece nerviosa —dijo Robin cuando tomaron asiento y vieron a Apple saludarlos desde el lateral del escenario.

—Lo va a hacer fenomenal —aseguró Tara a su lado, devolviendo el saludo a su hermana—. Nunca he visto a nadie ensayar con más ahínco que a ella.

—Es una perfeccionista —apuntó su padre con orgullo.

—El salón está lleno. —Tara miró a un lado y a otro. La multitud había acudido al espectáculo en el que varios talentos locales iban a hacer una

exhibición de sus dotes, y no cabía un alfiler. Se alegraba por la recaudación para las reformas de la biblioteca, pero sobre todo por su hermana, que había estado muy preocupada por la asistencia de público.

En ese momento, Apple empezó a hacerle señales con él dedo y encogió la mirada intentando entender qué quería mostrarle. Se quedó paralizada al ver que era a Shawn, tres filas delante de ella, en la sección de su izquierda. Él, que había seguido también los gestos de la niña, se giró para encontrarse con su mirada.

Tara sintió que le ardían las mejillas al haber sido pillada in fraganti. Durante unos segundos sus miradas quedaron enlazadas y sintió que el resto de los presentes desaparecían alrededor, salvo él y sus impresionantes ojos azules. La necesidad de sentirlo, de tocarlo, se hizo insoportable. Y entonces las luces se apagaron y la sala quedó a oscuras, salvo por la pequeña luz dorada del centro del escenario. Las primeras notas, al piano, de *The Power of Love*, de Gabrielle Aplin comenzaron a sonar y tuvo que obligarse a mirar al escenario para ver la actuación de su hermana. Aunque algo desde ese momento le decía que ya no estaba sola. Que, de alguna forma, Shawn estaba con ella.

Una vez más su hermana consiguió emocionarla, y las lágrimas no tardaron en abordar sus ojos. La perfección de los movimientos de la niña y el sentimiento que imprimió a su baile hicieron que todos los presentes

quedasen hechizados. Un par de segundos tras la última nota de la canción, con todo el público sumido en un mutismo sepulcral y abstraídos en las emociones, irrumpieron en un caluroso aplauso. Miró a su hermana con orgullo y aplaudió con entusiasmo. El público se levantó para seguir vitoreando a la pequeña bailarina que se inclinaba en una reverencia, agradeciendo los aplausos. Robin, su padre y ella, aprovecharon que todos estaban en pie para salir de la fila de asientos e ir a la parte trasera del escenario para felicitar personalmente a Apple. Al pasar junto a los asientos en los que había visto a Shawn, no pudo evitar girar el rostro buscando su mirada, pero para su sorpresa, él ya no estaba allí.

«¿Lo habría imaginado?» No podía ser, Apple se lo había señalado. Confusa, siguió caminando hacia el backstage. «Tal vez se había marchado al ver que estaba ella allí.» Aquella posibilidad la mortificó.

—¡Cariño, has estado fantástica! —Su padre fue el primero en abrazar a Apple, elevándola del suelo. Ella, aferrada a su cuello, se giró para mostrar su hermosa y satisfecha sonrisa.

—Te dije que los dejarías con la boca abierta —le dijo tirando de la falda del precioso *tutú* rosa que habían decorado con purpurina dorada, para asemejarlo al del cartel.

—¿Tú crees que les he impresionado? —preguntó la niña, queriendo oír más halagos.

—No se va a hablar de otra cosa en semanas—aseguró Robin tomando el relevo y siendo ella la que la abrazase hasta que la pequeña se quejó por los apretujones.

Cuando Apple consiguió zafarse del abrazo de su madre fue a por ella y tiró de su chaqueta para que se agachase a su altura.

—¿Has visto a Shawn? Estaba entre el público —le dijo poniendo las manos alrededor de su boca, para susurrarle la confidencia en el oído.

Tara sonrió.

—Sí, lo he visto. Ha venido a verte, estarás contenta. —No se atrevió a decirle que ya no estaba en la sala.

La cara de Apple se iluminó con una enorme sonrisa. Y antes de que comenzase la siguiente actuación, se marcharon de allí para volver a tomar asiento.

El resto de las actuaciones, aunque de gran calidad, no distrajeron lo suficiente a Tara como para que dejase de buscarlo entre el público. Encontró a Zora y a Percy que felicitaron a Apple desde sus asientos con elocuentes gestos. Pero ni rastro de él.

Para cuando terminó el espectáculo ya había perdido toda esperanza. Se levantaron de sus asientos y empezaron a caminar en dirección a la salida, cuando una mano se posó en su brazo para detenerla. Al girarse a mirar vio que se trataba de la señora Lockwood, que le sonreía con calidez.

—Señora Lockwood, ¡qué alegría verla! —la saludó feliz de haberse encontrado con ella. Y se dejó abrazar por la anciana. El siguiente en saludarla fue su marido, que le preguntó:

—¿Qué tal estás? Hace un tiempo que no pasas por casa...

Estaba a punto de contestar cuando tras ellos vio a Shawn, que esperaba su respuesta. Tragó saliva bajo la atenta mirada de los tres y de sus padres y hermana que esperaban para salir.

—Bueno... he estado un poco liada. Pero la próxima semana paso a hacerles una visita. —Tara no supo cómo fue capaz de pronunciar una sola palabra, pues sentía que le temblaban las manos y el corazón, de sentir la mirada azul de Shawn clavada en ella.

No se había ido por ella, pero estaba allí solo para acompañar a sus abuelos. Por su gesto indescifrable no sabía si verla le alegraba o le molestaba.

—Nos encantará que lo hagas —le dijo la anciana posando una mano sobre la suya, de forma afectuosa.

Tara volvió a abrazarla con cariño.

Se incorporó y tras la despedida de la pareja de ancianos, creyó ver que Shawn tenía intención de acercarse a hablar con ella, cuando otra pareja se metió en medio, interceptándola.

—¡Oh, Tara! Estos son los señores Banks; Melinda y Larry. Melinda es

la directora de eventos del centro cultural. Me comentó que se había quedado impactada con la calidad del trabajo que has hecho para el cartel de Apple...

Tara dejó de escuchar, tan solo era consciente de la mirada de Shawn, anclada en ella. Estaba segura de que él había estado a punto de acercarse a hablarle. Y ahora, tras ver que era acaparada por la pareja, bajaba el rostro para continuar hacia la salida.

—... ¿Te gustaría? —Fue lo único que consiguió escuchar de cuanto le dijo la señora Bank.

—¿Disculpe? —preguntó confusa, sin saber a qué se refería.

—Se que nuestra galería es pequeña y que tu obra es de una calidad muy superior a la de los trabajos que solemos tener la oportunidad de exponer, pero para nosotros sería un orgullo como conciudadana de esta población, que expusieses una muestra de tu trabajo.

Tara parpadeó un par de veces.

—Por... por supuesto, sería un honor. Desde que llegué he podido empaparme de la belleza de este pueblo, y tengo muchas obras inspiradas en algunos de sus lugares. Serían perfectos para una muestra sobre esta ciudad.

—¡Oh! ¡Eso sería fantástico! —dijo entusiasmada la mujer—. Si te pasas el lunes por mi despacho podemos empezar a organizarlo —añadió encantada mientras sacaba de su pequeño bolso una tarjeta impresa con sus datos, y se la entregaba.

—Así lo haré —agradeció. En ese momento tomaron la palabra su padre y Robin que empezaron a hablar con los Banks, mientras con paso lento y desesperante, terminaban de salir del recinto.

Estaba emocionada por la propuesta, pero en su mente solo había un objetivo; volver a encontrarse con los maravillosos ojos azules que le robaban el aliento.

Cuando por fin llegaron al hall del edificio Tara escudriñó la masa de gente buscando a Shawn. Y entonces fue interceptada por Zora, que como era su costumbre, la tomó del brazo y le dio un beso en la mejilla.

—Tu hermana ha estado espectacular —le dijo con su inmensa sonrisa.

—Lo sé, es la mejor —contestó con orgullo—. Ha trabajado mucho y se merecía que viniese tanta gente.

—Bueno, algunas se podían haber quedado en sus casas —comentó su amiga y, siguiendo la mirada de Zora, vio a quiénes se refería.

Al fondo de la sala estaban Verónica y su amiga Nina, como siempre juntas, charlando y riendo. Entonces vio a Shawn, a pocos metros de ellas, que seguía con sus abuelos.

—Perdóname Zora, luego hablamos —dijo separándose de ella, con un objetivo; ir hacía él.

—Espera, ¿qué vas a hacer? —le preguntó su amiga tomándola del brazo, nuevamente.

—Voy a invitarlo al baile de mañana.

Tara no pudo ver la sonrisa de Zora, pues en cuanto esta la soltó, siguió caminando hacia él, sin poder apartar la vista de su rostro.

Estaba tan guapo que robaba el aliento. Iba vestido con una camisa celeste y unos pantalones de vestir azul marino. El cabello recogido en un moño, despejando sus hermosas facciones. Y esa barbita recortada que encuadraba su mandíbula marcada y cosquilleaba su piel cada vez que la besaba en el cuello. Lo quería todo, todo para ella.

Comenzó a sortear a la masa de gente que había entre los dos, con el corazón en un puño. Sus ojos se desviaron hacia Verónica cuando vio que tenía el mismo objetivo que ella.

Se detuvo en seco.

Y entonces Shawn elevó el rostro y la vio. Sus miradas se cruzaron, enlazándose la una en la del otro. Cuando Verónica llegó hasta él y posó una mano sobre su pecho, Shawn se la apartó sin mediar una palabra. Y sin dejar de clavar su mirada azul en ella, comenzó a caminar en su dirección. Tara sintió que su corazón volvía a latir con fuerza y lo imitó yendo hacia él.

Ninguno de los dos fue consciente del resto de personas que llenaban el hall, solo se veían el uno al otro, cada vez más cerca. Movidos por una fuerza imparable, alimentada por la necesidad. Cuando llegaron al centro de la sala, y tan solo los separaron escasos centímetros, el corazón de Tara ya se había

entregado a una carrera desenfrenada. Shawn elevó las manos y rodeó su rostro. Ella no se apartó, solo cerró los ojos disfrutando de la exquisita caricia. Los abrió cuando sintió el aliento de Shawn sobre sus labios y la frente contra la suya. Durante unos segundos él se limitó a torturarla, tan próximo a sus labios que creyó que iba a desfallecer.

El primer contacto fue sutil y dulce hasta el extremo. No pudiendo esperar más, rodeó su cuello y lo atrajo a ella. Sus bocas se unieron y la descarga que él le provocaba cada vez que la besaba, recorrió su cuerpo reconociendo al hombre del que estaba enamorada. La pegó a él y sintió estallar cada poro de su piel de pura felicidad.

CAPÍTULO 22

Tara se miró en el espejo, tan nerviosa que tuvo que sujetarse una mano con otra para detener el temblor de las mismas. Inhaló y exhaló varias veces pretendiendo ralentizar el latido frenético de su corazón, pero este se negaba a hacerle caso. Sabiendo que no conseguiría ganar esa batalla, intentó concentrarse en comprobar si estaba perfecta.

Aquella noche tenía que estarlo.

Giró a un lado y a otro y tiró hacia arriba de los tirantes de su vestido rosa nude, con las dudas de última hora sobre si habría elegido bien su vestuario. Shawn estaba a punto de recogerla para el baile y quería dejarlo con la boca abierta. Llevaba todo el día planificando hasta el más mínimo detalle de esa noche, y no quería que finalmente su indumentaria no estuviese a la altura. Se sujetó el cabello con ambas manos hacia arriba, sopesando la posibilidad de recogerlo, pero recordó que a Shaw le gustaba suelto para poder enredar los dedos en él cuando la besaba. Rememorar la forma de apoderarse de su boca le caldeó la sangre y el vientre, haciendo que soltase un suspiro.

Nada conseguiría estropear esa noche.

Faltaban tres semanas para finalizar el verano y estaba dispuesta a aprovechar cada minuto, cada segundo de ese tiempo, antes de marcharse a

Nueva York. Él también se marcharía pocos días después. Y esperaba que, tras esa noche, hiciesen planes juntos para el otoño. Él le había dicho que la quería, pero ella aún no le había confesado lo que guardaba su corazón. Quería hacerlo después del baile. Iba a ser la primera vez que dijese aquellas palabras a un hombre y sentía los nervios aletear en su estómago, como cien mil mariposas deseosas por escapar.

Sabía que tenía más cosas que confesarle. Su padre le había aconsejado que fuese sincera con él y le contase lo de su patología. Y pensaba hacerlo, pero no tenía que ser esa noche. Aquella la tenía reservada para entregarle su corazón. Tendría tiempo de entregarle sus miedos al día siguiente.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo dándose la vuelta.

—Tu cita ya está... ¡Oh, Tara! ¡Estás preciosa! —comenzó a decirle Robin, pero se detuvo para contemplarla llevándose las manos a la boca.

—Gracias —contestó con una sonrisa, pasando las manos por el vestido—. Tú también estás muy guapa —aseguró repasándola de arriba abajo. Robin se había puesto un vestido verde que hacía resaltar el color de sus ojos.

—Gracias —le devolvió el gesto—. Este baile es muy importante. Hemos trabajado mucho en su organización. Necesito que esté todo perfecto —le confesó nerviosa, y Tara se recordó a si misma hacía solo unos segundos.

—Y así va a ser, estoy segura.

—Espero que sí. Pero... —Tara la vio sacudir la cabeza como si quisiese dejar de pensar en ello—, yo he venido a avisarte de que Shawn ya está aquí.

Los nervios volvieron a apoderarse de ella. Inhaló y exhaló un par de veces con profundidad y, tomando su pequeño bolso de mano, salió con Robin de la habitación.

Cuando llegó a la escalera y vio a Shawn a los pies de la misma, tuvo que recordarse a sí misma la necesidad de seguir respirando. Jamás había visto a un hombre tan arrebatadoramente guapo y sexi. Parecía sacado de una película de James Bond. Con su traje oscuro e impecable y la camisa blanca. Se había vuelto a recoger el cabello y recortado la barbita que encuadraba su preciosa barbilla. Al cruzar la mirada con la de él, reconoció la misma admiración en la suya y no pudo evitar sonreír como una boba.

Recordando que debía bajar, se recogió el bajo del vestido para no caer como una boba, a sus pies. Durante todo el descenso, solo tuvo ojos para él, enlazados íntimamente con sus miradas. Solo cuando llegó abajo, se dio cuenta de que su padre los observaba, cámara en mano.

—Lo siento, chicos, pero hay que immortalizar este momento —dijo su padre cuando vio que estaban a punto de besarse.

Ambos sonrieron y se giraron para cumplir con la foto. Shawn la rodeó

con su brazo, por la cintura. Y ya solo sentir su mano sobre la fina capa del vestido, le produjo un cosquilleo en el bajo vientre que la turbó e hizo preguntarse cómo iba a llegar cuerda al final del baile.

Cuando por fin terminaron con las fotos se dirigieron hacia la puerta y se despidieron, al menos por un rato. Ya que más tarde volverían todos a encontrarse en el baile. Nada más salir por la puerta, y cerrar esta tras ellos, Shawn la tomó en sus brazos y la besó sin compasión. Hambriento de ella.

—Dios mío... estás preciosa —gruñó contra sus labios.

Tara sonrió encantada. Se alegraba de no ser la única que iba a babear esa noche.

—Tú también estás muy guapo.

Esta vez el que sonrió fue él, con esa sonrisa golfa que a ella tanto le gustaba.

Durante un segundo ambos se quedaron mirándose, embobados.

Shawn no podía creer que estuviese allí con ella. Estaba tan hermosa que dolía no tocarla. Se preguntó cómo iba a ser capaz de portarse bien toda la noche, cuando solo podía pensar en desnudarla lentamente y besar cada centímetro de su precioso cuerpo, con devoción. Aun no sabía cómo había conseguido frenarse hasta ese momento, pero la necesidad que se apoderaba de él era ya insoportable.

—¿Qué piensas? —le preguntó ella entornando la mirada.

Shawn sacudió la cabeza.

—Me preguntaba por qué demonios he dejado que me convenzas para recogerte en la camioneta. Eres una princesa, tenía que haber venido a buscarte con un carruaje. Y a falta de uno, el Torino habría sido una buena opción. —Mintió a medias porque, aunque no era lo que pensaba en ese momento, sí que se había preguntado un par de veces a qué venía esa insistencia de ir con la camioneta cuando ambos se habían vestido de gala.

—Me encanta tu camioneta —dijo ella con una sonrisa traviesa. Lo besó con dulzura en los labios, y aprovechó la consternación masculina para tirar de él en dirección al vehículo.

El baile estaba siendo otro enorme éxito que dejaba en relieve la gran labor organizativa de Robin. El tema de la fiesta, como no podía ser otra manera teniendo en cuenta el destino de la recaudación, eran los libros. Y todo el salón de baile estaba decorado como una antigua biblioteca. La iluminación con lamparas de latón, las miles de hojas impresas colgando sobre sus cabezas, prendidas en hilos transparentes que las hacían flotar sobre los asistentes, las tartas con formas de enormes tomos de la literatura clásica, y las estanterías antiguas de maderas nobles, con las urnas en las que se depositaban las contribuciones, eran solo algunos de los detalles que consiguieron la admiración de los presentes.

Tara estaba como en una nube. Durante las dos primeras horas, estuvo bailando con Shawn, Zora y Percy. Pero las cosquillas en su estómago se hacían cada vez más intensas, conocedora de sus planes para esa noche y de que la hora se acercaba. Sintiendo que ya no podía más, y que Shawn empezaba a sospechar que algo le pasaba, decidió que había llegado el momento.

—¿Te importa si nos vamos ya? —le dijo en susurro contra el oído.

Shawn la miró enarcando una ceja, mientras la rodeaba por la cintura.

—¿Te encuentras mal?

—No... Al contrario, estoy de maravilla. Pero me gustaría estar un rato contigo...a solas.

Shawn analizó a Tara que le obsequiaba una mirada expectante mientras se mordía el labio, de esa forma que lo volvía loco. Y contuvo el aliento.

—El baile no ha terminado...

Tara posó una mano sobre su pecho y él se detuvo.

—¿Te da miedo quedarte a solas conmigo, Shawn Lockwood? —lo provocó mientras descendía lentamente por su torso, hasta sus abdominales.

Shawn contrajo los músculos de esa zona y sonrió de una forma tan sexi, que Tara tuvo que tragar saliva. Era su juego y no podía echarse atrás, aunque los nervios se la estuviesen comiendo por dentro.

—Vamos —le susurró al oído, y entrelazó los dedos con los suyos.

Shawn se dejó llevar a la salida, completamente hipnotizado.

Tara devolvió un guiño cómplice a Zora, justo antes de salir del salón de baile.

—¿Y quieres ir a algún sitio en concreto o ...?

Tara no lo dejó terminar.

—Yo te guío —dijo sin más.

Shawn la miró seducido. Le fascinaba verla tomando la iniciativa y se preguntaba hasta dónde querría ella llevar aquel juego. Durante un rato siguió sus indicaciones, cada vez más expectante y confuso. Cuando salieron de la carretera, para meterse en un sendero en mitad del bosque, se alegró de no haber llevado el Torino. Y se preguntó si era lo que había pensando ella al pedirle que no lo hiciera. La volvió a mirar con curiosidad. Siguió conduciendo unos minutos más hasta que ella de repente, tras mirar a un lado y a otro, le pidió que se detuviese. Shawn observó el exterior. Bajo la capa espesa de los árboles, la luna apenas podía filtrarse entre las ramas y estaba todo tan oscuro como la boca de un lobo. Desde luego, si ella buscaba un lugar solitario para estar un rato a solas, no había otro más propio que aquel. Pero estaba mucho de lo que él tenía en mente, y creía a la altura de un momento como ese.

—¿Estás segura de que este es el sitio? —preguntó enarcando una ceja.

—Completamente —dijo ella con una sonrisa radiante, mientras buscaba algo en su bolso.

—Está bien. ¿Y ahora qué?

—Bajemos —dijo ella abriendo su puerta.

—¿Bajar? Tara, el bosque está muy oscuro. ¡No puedes caminar por aquí, te puedes hacer daño! —exclamó apresurándose a descender para rodear el vehículo con rapidez, e ir a su encuentro.

Cuando llegó hasta ella, esta miraba hacia arriba, muy quieta. La tomó de las manos y la imitó, preguntándose qué estaría observando. Vio que llevaba un pequeño mando en la mano, que presionó en ese momento. Y entonces, cientos de luces doradas se encendieron sobre sus cabezas. Colgaban de cintas del mismo color, de las ramas de los árboles. Sonrió al ver una docena de pequeñas sombrillas de papel encerado, suspendidas boca abajo, entre los árboles.

—¿Has hecho tú todo esto? —preguntó mirando alternativamente el ambiente mágico que había creado, y su rostro.

Tara sonrió abiertamente.

—Con la ayuda de una brujita que me ha prestado las luces led.

—Ya... —dijo él embelesado, mirándola —Me encanta.

Tomó su rostro entre las manos y la besó con devoción, bajo aquella luz mágica que los envolvía como en un sueño.

—Pero aún hay más —dijo ella rompiendo el beso.

—¿Más? —preguntó pensando que no deseaba nada más, salvo estar allí con ella.

—Abre la camioneta —dijo Tara yendo a la parte de atrás.

Shawn la miró con el ceño fruncido. Cuando ella le insistió con un gesto, obedeció abriendo el portón trasero.

—Ayúdame a subir —le dijo.

—Tara... llevas un precioso vestido de gala, ¿y quieres subir a la parte trasera de mi camioneta?

—Solo desde ahí arriba se ve la magia —dijo ella con una sonrisa.

Supo que haría cualquier cosa que ella le pidiera, por loca que pareciese, y cogiéndola en volandas la subió. Después la siguió él. Tara abrió el arcón que tenía allí y en el que solía guardar herramientas. Salvo que esta ocasión en su interior había mantas, y una cesta de picnic. Parpadeó un par de veces al ver que tomaba las mantas y comenzaba a estirarlas sobre la superficie metálica, dejando una mullida base, sobre la que se sentó. Después dio unos golpecitos a su lado invitándolo a sentarse junto a ella.

—Tara...

—¿Puedes venir, por favor? Tengo algo importante que decirte.

Shawn la miró, parecía nerviosa y aún así no dejaba de sonreír de aquella forma que lo volvía loco. Obedeció sin más y se sentó a su lado.

Elevó una mano y le acarició la mejilla. Lo cierto era que el lugar más romántico, no podía ser. Y bajo aquella luz, quiso grabar su rostro en la mente para siempre.

—Te amo —dijo ella de repente.

Shawn contuvo el aliento y habría jurado que su corazón se había detenido bruscamente. El sentimiento devastador que lo inundó era tan enorme que temió que fuese a estallarle el corazón en el pecho, emocionado.

—Yo también te amo, Tara —dejó que su alma hablase por él y pronunció las palabras totalmente perdido en su mirada. Tara sonreía radiante.

—Bien... —dijo ella bajando la mirada con las mejillas encendidas.

Shawn la observó mirarse las manos y se preguntó que pasaría por esa cabecita suya. Cuando levantó el rostro y volvió a enlazar su mirada violeta con la suya, la seguridad e intensidad con la que lo hizo, lo abrumó.

—...Porque quiero que me hagas el amor, esta noche.

Tara no esperó a que él se pronunciase. Tenía muy claro lo que quería. Había perdido mucho tiempo ese verano dejándose llevar por el miedo, y era algo que no iba a hacer nunca más. Amaba a Shawn y él la amaba a ella. Y aunque no sabía lo que les depararía el futuro, solo había una persona a la que ella quisiera entregarle su cuerpo y su alma; a él. Por eso se acercó y presionó con sus labios los suyos, en un beso en el que esperaba poder expresar

cuanto albergaba en su corazón. Shawn no tardó en tomar su rostro con las manos y devolverle el beso aumentando la intensidad. Cuando ella sintió su experta lengua introducirse en su boca, invadiéndola y emborrachando sus sentidos, dejó escapar el aire de sus pulmones para llenarse solo del aliento masculino que le proporcionaba la vida. Con suavidad Shawn se inclinó sobre ella, entre besos y caricias. Tara rodeó su cuello con los brazos, queriendo atraerlo para siempre junto a ella.

—Tara... —susurró cuando estuvo sobre ella.

Le encantaba oír su nombre dicho por él. Lo hacía como si la venerara, como si la acariciase con cada letra.

—¿Estás segura? —le preguntó con delicadeza.

Ella asintió y él la volvió a besar. Primero en los labios, para después ir descendiendo poco a poco por su mandíbula, el lóbulo de su oreja, y finalmente su cuello. Tara gimió entregada y enardecida. Su piel se erizó en respuesta inmediata a la caricia de los labios de Shawn sobre la piel sensible de sus hombros. Shawn la giró ligeramente entre besos y, antes de poder darse cuenta, él estaba abriendo la cremallera trasera de su vestido hasta el final de su espalda. Shawn le apartó el cabello a un lado y siguió el recorrido por su piel. Esta vez desde la nuca y bajando por su espalda, llenándola de besos que iban despertando cada poro de su piel al más absoluto delirio. Introdujo las manos entre el vestido y su cuerpo e hizo que los tirantes

cayeran por sus hombros. Tara contuvo el aliento al sentir sus pechos expuestos a la brisa nocturna y ante sus ojos. Sus mejillas se encendieron y Shawn sonrió con deleite. La dejó allí expuesta, mientras se apartaba para quitarse la americana y desabrochaba cada uno de los botones de su camisa, con lentitud, bajo la atenta mirada de Tara. Cuando estuvo desnudo de cintura para arriba, se arrodilló ante ella y fue caminando como un león acercándose a la presa. Ella se apoyó en sus codos, echándose hacia atrás, y se mordió el labio cuando él volvió a besarla en el cuello. Sus torsos desnudos tan cerca, pero sin tocarse. La piel se llamaba a gritos, pero Shawn no dejó que se tocarán. En su lugar, descendió por su cuerpo, y fue dejando una impronta de besos mientras bajaba por la clavícula y descendía hasta que sus labios quedaron frente a uno de sus pechos. Tara se lamio los labios cuando él pasó la lengua sobre su pezón como si chupase un succulento helado. Sopló sobre él para verlo endurecerse ante sus ojos y tras otra sonrisa, lo volvió a lamer, esta vez con codicia. Tara gimió cuando la boca experta de Shawn se apoderó de su disco dorado, succionándolo por completo. La descarga de placer fue tan brutal que tuvo que aferrarse a las mantas. Apretó los muslos, el uno contra el otro, cuando sintió que su sexo se humedecía y comenzaba a latir con cada embestida de su boca, que cambiaba de un pecho a otro, torturando ambos hábilmente.

Tara abrió los ojos de par en par cuando él dejó caer su peso para que

sintiese sobre su sexo, la erección que pugnaba por ser liberada de sus pantalones. Abrió las piernas, queriendo apreciarlo más. Sintiéndose enardecida y poderosa, bajó las manos para desabrocharle los pantalones. Shawn la besó en los labios, pero la dejó hacer, esperando ver qué planes tenía. Cuando Tara introdujo la mano para abarcar con ella su miembro pétreo, exhaló un jadeo entregado. Ella, envalentonada ante su reacción, decidió acariciarla en toda su extensión frotando con su mano arriba y abajo, volviéndolo loco.

—Cariño, no puedes hacer eso... —le dijo con voz ronca.

—¿No? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—No si quieres que llegue hasta el final —le dijo con una sonrisa canalla.

Se apartó de ella y la despojó del vestido, deslizándolo por sus piernas. Se puso en pie, y se desnudó de una vez, completamente para ella. Verla fijar la vista en su miembro erecto, por fin liberado, fue tan excitante como encantador. Una vez más se preguntó cómo podía ser tan inocente. Le habría gustado saberlo antes de llegar a ese punto con ella. Pero ya no había marcha atrás. Se tumbó a su lado y la besó con dulzura atrayéndola hacia él mientras la rodeaba con sus brazos. Sus piernas se enlazaron y buscaron la mayor proximidad posible. Las manos de Tara volaban por su cuerpo; su pecho, sus hombros, su vientre. Y él acariciaba su espalda descendiendo mientras

trazaba círculos con las yemas de sus dedos. Cuando llegó a su trasero tomó la redondez con posesión, presionándola contra su erección. Tara se arqueó contra él y elevó las caderas. Y supo que era el momento de atender esa parte de su cuerpo que anhelaba explorar más que nada en el mundo.

La hizo rodar hasta tenerla tumbada completamente boca arriba. No dejó de besarla en ningún momento, y aprovechó su turbación para tomar sus manos por encima de la cabeza, sujetándoselas allí. Cuando Tara notó que la otra mano caminaba despacio por su vientre en dirección a su sexo, contuvo la respiración. Shawn se separó de ella lo justo para ver cada uno de sus gestos. Introdujo con igual lentitud la mano por debajo de sus braguitas. La suavidad de su pubis lo recibió como la más delirante de las promesas. Con sus dedos abrió los pliegues íntimos de su sexo y se introdujo entre ellos, con suavidad. Tara gimió en cuanto sus yemas rozaron su clítoris. La vio respirar de forma acelerada y arquearse cuando él profundizó la caricia, repitiendo el movimiento con mayor intensidad. Lo recorrió desde el clítoris hasta las puertas de la cavidad de su sexo, aumentando la fricción y dejando que empaparan sus dedos, los jugos cálidos que emanaban de su interior. Verla con los ojos cerrados, completamente azorada, mordiéndose los labios sin conseguir contener apenas los gemidos provocados por las oleadas de placer que la recorrían amenazando con hacerla estallar, desató su deseo por ella.

No tenía que preguntarle si le gustaba, era extasiante verla entregada al

placer. Cuando ella pensó que no podía soportarlo más, él introdujo sus dedos, tomándola por sorpresa. Tara abrió los ojos clavando la mirada en él. Shawn empezó a moverse en su interior. Entrando y saliendo, mientras con el pulgar seguía acariciando su clítoris hinchado. Quería prepararla bien, y supo que estaba a punto de abandonarse al orgasmo cuando sintió que los músculos de su cavidad se cernían en torno a sus dedos. Tara se arqueó una vez más y él soltó sus manos y robó su gemido, atrapándolo en su boca.

Ella intentaba recuperar el aliento, cuando oyó a Shawn susurrarle al oído:

—¿Cómo de apegada estás a estas braguitas?

Tuvo que parpadear un par de veces antes de entender su pregunta.

—Son nuevas, aun no les he cogido cariño —dijo casi sin aliento.

—Bien, porque me sobran —dijo él rasgando las finas tiras de encaje que descansaban sobre sus caderas.

Ante su mirada turbia por el deseo, Shawn sacó un preservativo del bolsillo de su cartera y se lo puso con rapidez.

—¿Estás bien? —le preguntó al ver que ella posaba una mano en su frente, brillante por el sudor.

Tara asintió con una enorme sonrisa.

—No imaginaba que fuese así —confesó exhausta.

Shawn la besó en los labios riendo y pensando que aquello no había

hecho más que empezar. Se arrodilló entre sus piernas abriendo sus rodillas y dejándola expuesta para él.

—Cariño, aun no hemos terminado.

A Tara solo le dio tiempo a incorporarse sobre los codos, cuando lo vio inclinarse para beberse su sexo. Gritó en mitad de la noche y alzó las caderas cuando la lengua de Shawn se paseó por su clítoris aún inflamado. Las oleadas de placer volvieron a ella, aún más fuertes que las anteriores, llevándola al límite de lo imposible. Parecía que cada poro de su piel fuese a estallar en mil pedazos mientras él recorría los pliegues más íntimos de su feminidad con hambre desmedida.

—No puedo... más —dijo entre susurros aferrada a las mantas.

—Un poco más, cariño —pidió él.

Y con una sonrisa endiablada y aquel rostro de ángel caído, se colocó sobre ella y comenzó a introducirse en su interior. Apoyó los codos a ambos lados de su cabeza y la besó dulcemente mientras se deslizaba en su interior, muy despacio. Dejando que se acomodase a su tamaño. Esperó que hiciese algún gesto a causa del dolor y la resistencia inicial por la invasión, pero viendo que no era así, prosiguió. Cuando la poseyó por completo, Tara enlazó las piernas en torno a su cintura y él se perdió en su mirada violeta, más brillante de lo que la había visto jamás.

Estar dentro de ella era la experiencia más sublime de su vida. Y

sentirla abrazándolo en su interior, todo lo que necesitó para perder la cordura. La besó con sutileza, intentando contener el deseo desgarrador que le gritaba que se dejase llevar. Tenía que ser delicado con ella y sus movimientos contenidos lo estaban matando.

—Por favor, quiero más —rogó clavándole los dedos en la espalda y presionándolo contra ella.

—No quiero hacerte daño —le dijo volviendo a besarla.

—No lo haces. Necesito sentirte...

Una nueva embestida, ahogó su suplica. Tara se aferró a sus hombros y Shawn comenzó un baile diabólico con sus caderas.

Allí, bajo las luces doradas de los árboles, con Shawn sobre ella invadiendo su interior, apoderándose de cada resquicio de su ser, Tara alcanzó la felicidad más pura. Sintió llenarse su pecho de algo tan inmenso que las lágrimas amenazaron con desbordarse en sus ojos. Shawn entrelazó las manos de ambos sobre su cabeza. Fundiendo sus miradas, mientras las almas de ambos se tocaban de una forma única y extraordinaria, llegaron ambos al orgasmo más devastador y estremecedor.

Shawn dejó descansar su frente sobre la de Tara, con un único pensamiento en mente; jamás podría separarse de ella.

CAPÍTULO 23

—Tienes la piel de gallina —le dijo tirando de una de las mantas, para cubrirla.

La respuesta de Tara fue darle un beso en el pecho, sobre el que estaba recostada mientras la rodeaba con su brazo. Pensó en si se podía ser más afortunado que él, en ese momento. Tomó su mano y enlazó los dedos con los suyos. Vio ambas manos unidas y tomó aire antes de preguntarle:

—¿Quieres vivir conmigo, en Nueva York?

Tara se quedó muy quieta. Tanto, que él pensó que la había matado del susto. Se incorporó colocándose sobre ella. Su expresión era de absoluta perplejidad. Y seguía sin ser capaz de decir nada.

—Es muy posible que haya sido demasiado directo, pero Tara... Es lo que siento —le apartó un mechón de cabello de la mejilla y la acarició con suavidad— Te amo. Lo cierto es que no he amado a nadie antes, como te amo a ti. Tampoco he tenido anteriormente interés en vivir con otra persona. Igual soy el peor compañero de convivencia del mundo, pero no puedo imaginar estar ambos en Nueva York, y no levantarme cada mañana viendo esa carita tuya. —Recorrió sus facciones como si necesitase grabarla en su mente, y continuó argumentando—. Los horarios allí son imposibles. Se pasa uno más tiempo yendo de un lado a otro, que en los sitios. Entre la universidad y el

trabajo no quiero que nuestra relación se enfríe porque al final no dispongamos de tiempo para nosotros. Quiero dormir contigo cada noche — declaró, y aunque ella no pudiese verlo, aquella confesión era tan sorprendente para él como lo podía ser para ella.

No mentía al decirle que no había querido vivir antes con nadie. Se las había ingeniado para pasar de la residencia estudiantil a su pequeño piso en Nueva York, sin tener que cohabitar con otras personas. Había sido afortunado en ese sentido. Pero lo cierto es que tenía la sensación constante de que Tara se le escapa entre los dedos, y necesitaba asegurarse de que no desaparecería de su vida.

—No sé qué decir —terminó por expresar ella—. Yo también te amo, de una forma que jamás pensé que sería posible. Pero... Tengo veinte años y nunca he vivido sola.

No quería decirle que siempre había dependido de otras personas y no quería sentir que era lo que hacía con él. Llevaba meses imaginándose en la residencia, con sus clases en la universidad, siendo independiente... No quería perder a Shawn, y nada le gustaría más que dormir cada noche con él, pero tenía miedo.

Shawn leyó la duda y el temor en sus ojos. Y maldijo su ímpetu y haberse dejado llevar. Tal vez la había asustado y con ello conseguido el efecto contrario al que buscaba; alejarla de él.

—No tienes que pensarlo ahora —dijo en tono neutral.

Esta vez fue Tara la que tomó su rostro entre las manos y se acercó a él para besarlo.

—Shawn, te amo, te quiero, y deseo... mucho más de todo lo que me has dado esta noche —dijo con una sonrisa traviesa que alegró el corazón de Shawn—. Y ni tu trabajo, ni mi universidad, ni la tuya, ni todos los transportes del mundo y sus locos horarios, conseguirían que eso cambiase.

Shawn la besó con codicia, bebiéndose sus palabras y la promesa que acababa de hacerle. Tomó uno de sus pechos y lo acarició para oírla jadear contra su boca, enardecida y rendida al placer.

—Está bien... Está bien. Lo pensaré... —aseguró ella rindiéndose, casi sin aliento, mientras su cuerpo despertaba abruptamente para reclamar todo el placer que él estaba dispuesto a darle. Y al que se abandonó en ese mismo instante.

Dos horas más tarde, Shawn la ayudaba a subir al asiento del copiloto de la camioneta, besándola cada dos por tres, como si no pudiese separarse de su piel. Tara sonrió y se abrazó a su cuello.

—Cómo me gustaría desayunar contigo... —le dijo con voz áspera.

—¡Hagámoslo! —le propuso él con una de sus sonrisas canallas.

—No puedo. Ya es muy tarde, no quiero que mi padre llame a la policía.

Shawn chasqueó la lengua contra el paladar.

—Al menos parece que las cosas están mejor entre vosotros —comentó cuando subió a la camioneta.

—Hemos hablado y aclarado muchas cosas del pasado. Creo que todo será más fácil a partir de ahora.

—Me alegro. No me gustaba verte triste. —Shawn arrancó el motor y tomó su mano para besarla antes de comenzar a conducir entre los árboles, y dejar aquel mágico lugar.

El agotamiento empezó a hacer mella en ella y se acomodó en el asiento. Apenas estaban a veinte minutos de su casa y apoyó la cabeza sobre el respaldo, sentándose de lado y dedicándose a observar el atractivo perfil de Shawn, mientras sus parpados comenzaban a entornarse. Shawn había sintonizado la radio y la voz de Ed Sheeran, cantando su tema, *Perfect*, inundó la cabina. Fue como si cada nota, cada palabra, fuesen dirigidas a ella.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando las potentes luces de un vehículo la cegaron. Se enderezó rápidamente asustada por el exabrupto y la maldición que salieron de los labios de Shawn. Lo vio dar un volantazo para evitar el vehículo que, frente a ellos, había invadido su carril estando a punto de colisionar contra la camioneta. La rápida maniobra de Shawn impidió que así fuese, pero al llegar al arcén una gran roca levantó la rueda derecha. Tara notó el brazo de Shawn sobre su pecho, presionándola con fuerza contra el

asiento, justo antes de que la camioneta volcase y ella cayese en la más absoluta oscuridad.

No supo cuánto tiempo después, despertó aturdida. Frente a sus ojos se repitieron las escenas del accidente y el terror se apoderó de ella. Miró a su lado buscando a Shawn. Este estaba inconsciente y sangraba por la cabeza. Lo tocó en el cuello con dos dedos, buscándole el pulso a pesar de que sus manos no dejaban de temblar. Respiró aliviada al comprobar que seguía vivo. Buscó su bolso, pero no lo encontró. Levantó la vista y se fijó en el otro vehículo, que se había salido al otro lado de la carretera. Intentó abrir su puerta pero no pudo. Entonces bajó la ventanilla y apoyando los pies en el respaldo, consiguió salir por esta.

Del otro vehículo salía humo del motor y los ocupantes no parecían moverse. Caminó hacia él, con la cabeza dándole vueltas. Cuando abrió la puerta del conductor se dio cuenta de que esta no era otra que Verónica. A su lado estaba Nina. Sacudió la cabeza cuando sintiéndose aturdida, la visión empezó a nublársele.

—¡Verónica! —la llamó y hasta su propia voz le sonó lejana y amortiguada por una especie de zumbido.

La chica no se movió. Miró fuera del coche y vio que bajo él salía líquido. No podía oler si se trataba de combustible, pero no parecía tan espeso como el aceite y no era agua.

Tenía que sacarlas de allí.

Soltó primero el cinturón de Verónica y tomándola bajo los brazos la arrastró hasta el exterior, dejándola al otro lado de la carretera. Una vez allí, fue a por Nina sintiendo que le faltaba el aire. Abrió su puerta y al tomarla bajo los brazos para repetir la operación, vio que de su regazo caía una botella de tequila. Sabiendo que no podía perder el tiempo, tiró de ella y caminando hacia atrás. La arrastró para colocarla junto a su amiga.

Al dejarla en el suelo vio que está llevaba el bolso y buscó en su interior su teléfono móvil. Allí estaba. Se pasó la mano por la frente, al tiempo que intentaba fijar la vista borrosa en la pantalla y marcar el teléfono de emergencias.

Shawn abrió los ojos, envuelto en una nube espesa y borrosa. Sacudió la cabeza y parpadeó varias veces antes de recuperar la nitidez de la visión. Lo hizo justo a tiempo de ver a Tara arrastrar el cuerpo de Nina por la carretera, para ponerla a salvo. Algo en sus movimientos era extraño. Se movía con dificultad, y su brazo izquierdo caía con un ángulo imposible.

Golpeó el cristal para llamarla, pero ella no lo oyó. Desesperado, intentó soltarse el cinturón y salir de allí, pero estaba atrapado contra la puerta. La cabeza le latía con fuerza y al tocársela vio la sangre que caía sobre su rostro. Sin importarle, volvió a centrar su atención en ella. La vio llevarse al oído un teléfono. Lo último que vio, antes de desmayarse, fue su

cuerpo menudo caer como una muñeca de trapo, contra la carretera.

CAPÍTULO 24

—¡Tara! —La señora Lockwood se levantó del sillón, junto a la cama de su nieto en el hospital, y le tomó la mano.

—Tranquilo hijo...—Intentó apaciguarlo hablándole con suavidad mientras este se revolvía. Había pasado las últimas horas en un estado angustiante de semi inconsciencia. Le pasó una mano por la frente y le apartó el cabello. Lo vio entreabrir los ojos y sonrió para él.

—Abuela... ¿Dónde está Tara? —le preguntó. No era la primera vez que lo hacía, pero sí la primera que estaba lúcido.

—Está aquí, en el hospital. La están atendiendo... —Pearl no quería decir a su nieto que el estado de su novia era bastante crítico. Sabía que eso lo desesperaría.

—Necesito verla —declaró sin más e intentó levantarse. Se llevó la mano derecha a la cabeza cuando notó que se mareaba. Entonces vio que tenía el brazo izquierdo completamente inmovilizado.

—Tranquilo, no puedes hacer movimientos bruscos. Te diste un buen golpe en la cabeza, te has hecho varios cortes, y te has roto la clavícula. No has necesitado que te operaran, pero es necesario que lleves el brazo inmovilizado, en cabestrillo. Tendrás que hacer rehabilitación...

—¿Y Tara? ¡Quiero ver a Tara! —interrumpió a su abuela. Le daban

igual las lesiones que hubiese sufrido. Necesitaba saber que estaba bien.

—Está viva. Es lo único que importa.

La contestación de su abuela lo dejó sin aire en los pulmones.

—¿Es lo único que importa? ¡Demonios, abuela! ¿Dónde está? — preguntó incorporándose, mientras hacía una mueca a causa del terrible dolor.

—Hijo, por favor... No puedes moverte. —Intentó persuadirlo cuando vio que se ponía en pie, y se arrancaba la vía intravenosa con la que le suministraban los calmantes. Lo abrazó por la cintura temiendo que fuera a caerse en redondo. Al darse cuenta de que no podía con el peso de su nieto, tomó el mando sobre la cama, y llamó repetidamente pidiendo ayuda. En unos segundos la puerta se abrió y por ella apareció la enfermera.

—Puede ayudarme, por favor —le pidió la anciana.

—Por supuesto... ¡Señor Lockwood! ¿Qué hace en pie? ¡No puede levantarse!

—Voy a ir a ver a mi novia. ¿Dónde está Tara? Necesito saber cómo está —dijo obviando la orden.

Cuando la señora Kimberly, enfermera desde hacía más de veinte años, vio la mirada decidida del hombre al que intentaba sujetar para que no cayese de bruces contra el suelo, supo que tenía la batalla perdida. Aquella mirada azul era una fuerza de la naturaleza. O hacía algo para ayudarlo, o en cualquier momento se escabulliría hasta conseguir hacerlo él solo. Y sin

supervisión podía caerse y agravar su estado.

—Está bien. Haremos una cosa. Iré a por una silla de ruedas y yo misma lo llevaré a verla. ¿Está ingresada aquí?

—Sí, mi abuela dice que sí. Es Tara Liberman... —Hizo una mueca de dolor, conteniendo el aire que le dolía al respirar, y miró a la enfermera que se había quedado en silencio.

—Perdón, ¿ha dicho Tara Liberman? ¿La chica que salvó a otras dos en un accidente?

Las imágenes de Tara, arrastrando el cuerpo de Nina, volvieron a él inundando su retina. El corazón se le detuvo en el pecho. Pero antes de que pudiese decir nada, la enfermera continuó.

—Lo siento, cielo, pero ahora no puedes verla; lleva en quirófano varias horas. Sufrió múltiples traumatismos, entre ellos un neumotórax...

—¿Neumotórax?

—Una perforación del pulmón —explicó—. Es un milagro que siguiese con vida cuando llegó la ambulancia. Todo el mundo habla de ello hoy en el hospital.

—Pero... no puede ser... yo la vi de pie, junto a Nina...

—Su caso es increíble. Realmente uno entre un millón. Se partió varias costillas en el accidente, y cuando sacaba a las chicas del coche, con el esfuerzo se perforó ella misma el pulmón. ¿Se lo pueden creer? Es una

especie de heroína. Si no llega a ser por su enferme....

—Nos hacemos una idea —la interrumpió su abuela al ver que la enfermera no se daba cuenta de que cuanto más hablaba, peor era el color del semblante de su nieto.

La señora Kimberly miró a la anciana y luego a su paciente y se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse, a causa del dolor.

—Perdón. Tiene que volver a acostarse. Pero no se preocupe. Estaré informada y en cuanto la señorita Liberman salga del quirófano, vendré a contarle lo que averigüe.

—Se lo agradecemos enormemente —contestó su abuela.

Shawn se dejó ayudar para volver a la cama, con la mente en una nebulosa. Empezó a recordar cada secuencia del accidente a cámara lenta, y ya no fue consciente ni de que la enfermera se marchaba, ni de que su abuela la acompañaba hasta la puerta para hablar con ella, entre susurros.

Recordó haber visto el coche que había ocupado su carril, ir de frente hacia ellos. También haber tenido que dar un volantazo violento para evitar la embestida. El otro coche hizo lo mismo y terminó empotrado en un árbol, mientras ellos volcaban al colisionar contra una roca. Al darse cuenta de que iban a volcar había puesto su brazo frente a Tara para evitar que ella se fuese contra el salpicadero. «¿Le había roto él las costillas?» Sacudió la cabeza y el dolor aumentó hasta hacerlo gemir de agonía.

La señora Kimberly volvió para volver a ponerle la vía intravenosa y administrarle calmantes. Ajeno a los movimientos de la enfermera, siguió repasando en su mente cualquier resquicio de recuerdo que le ayudase a entender lo que había sucedido. «¿Cómo había podido ella, con las costillas rotas y múltiples traumatismos, sacar a Verónica y a Nina del coche?» No pudo pensar más. Observó a la enfermera con mirada perdida, cuando se dio cuenta de que el sueño se apoderaba de él, envolviéndolo en un manto oscuro.

—Le he administrado un sedante también. Necesitamos que esté tranquilo. Ahora no puede hacer mucho por su novia —informó la enfermera a la señora Lockwood cuando vio que el hombre caía en un profundo sueño.

—Se lo agradezco, de no ser por usted no habría podido detenerlo.

—No hay de qué. Para cualquier cosa que necesite, no dude en volver a llamarme. Acaba de empezar mi turno y estaré aquí hasta la noche —le dijo la señora Kimberly con una sonrisa.

La enfermera estaba a punto de salir por la puerta cuando Pearl recordó una cosa.

—Disculpe... —la detuvo—. Me ha parecido que antes quería decir algo sobre lo milagroso del caso de Tara.

—¡Oh! Dios mío, ¡sí! ¿No le parece increíble? En mis veinte años

como enfermera nunca había visto algo así... ¿Se imagina no poder sentir dolor? Lo de esa chica es asombroso.

—Sí que lo es... —repitió Pearl en un susurro.

—Yo había oído de esa enfermedad; la analgesia congénita, pero nunca había visto un caso antes. Es... asombroso —repitió la mujer levantando las manos—. Esas chicas... las del otro coche, que por cierto iban borrachas, tuvieron mucha suerte de que la señorita Liberman estuviese allí. Los bomberos llegaron cuando su coche había comenzado a incendiarse.

—¿No me diga? —Pearl se llevó la mano a los labios, horrorizada.

—Sí. Si no llega a ser por la novia de su nieto, podían haber muerto quemadas.

La enfermera sacudió los hombros, sufriendo un escalofrío, ante la idea.

—Las chicas tuvieron suerte, pero ella... Lo que hizo para sacarlas del coche... le está pasando factura. Sus lesiones empeoraron considerablemente con los esfuerzos.

La enfermera vio que la que perdía el color en ese momento era la anciana, y se maldijo por tener la lengua tan larga.

—Será mejor que se siente un rato. —La acompañó hasta el sillón—. Le traeré un vaso de agua fría. La chica está en buenas manos. Ahora usted

solo tiene que preocuparse por su nieto —dijo justo antes de salir de la habitación.

Pearl miró a su nieto con pesar. Lo que no sabía aquella mujer era que si Tara no salía de esa, una parte de Shawn se iría con ella. Su nieto no volvería a ser el mismo jamás. Lo había visto enamorarse de aquella joven, y entregarse a ella como no lo había hecho con nadie más.

Posó una mano, sobre la de Shawn y rezó, envuelta en lágrimas, mientras velaba su sueño.

Shawn llegó a la habitación de Tara con el último aliento que le permitieron sus fuerzas, justo en el momento en el que su padre salía por la puerta. Cuando este lo vio, no supo interpretar su mirada. Tal vez lo culpaba del accidente y el estado de su hija. La enfermera le había dicho que Tara había salido de la operación y que aparentemente estaba a salvo. Aunque aun no había despertado. Las siguientes horas eran cruciales y las quería pasar con ella.

—Señor Liberman... —lo saludó.

—Shawn, no es buena idea que estés aquí ahora —fue la respuesta del hombre.

—Lo siento, pero no puede impedir que esté con ella —aseguró

haciendo ademán de obviarlo y pasar por su lado. Pero Graham le impidió continuar, posando una mano sobre su pecho.

—Me temo que sí puedo. Soy su padre...

—¿Su padre? ¿Qué clase de padre? ¡He visto las marcas en los brazos y piernas de su hija...! —Shawn por fin soltó las sospechas que habían estado rondando por su cabeza, desde la primera vez que vio los moretones en el cuerpo de Tara. Ella no le había dicho nada, pero atando cabos sobre los múltiples “accidentes” que sufría, y la relación con su padre... no encontraba otra explicación.

—¿De qué me estás acusando, chico? —preguntó Graham tan atónito como furioso— ¿Insinúas que le he hecho daño a mi hija?

—No lo sé... ¿Lo ha hecho? —preguntó enfrentándose a él, con la misma furia que veía en los ojos del hombre.

—¡No! ¡Claro que no! Es mi hija, la quiero más que a mi vida. Y lo único que he hecho desde que nació ha sido intentar protegerla.

La intensidad que imprimió el hombre a dicha declaración hizo que Shawn diese un paso atrás, tambaleante.

—¿Protegerla de qué? ¿Quiere decir que ella se ha hecho todo eso, sola?

—De manera inconsciente, sí. Su enfermedad...

Shawn sacudió la cabeza.

—¿Qué enfermedad? ¿De qué está hablando? —consiguió preguntar, aunque el dolor de la clavícula y la cabeza lo estaban matando.

Oyó a alguien llamarlo, a gritos, por el pasillo. Se giró justo a tiempo de ver a Zora y Percy correr hacia él. Sabía que o sus abuelos o sus amigos, que habían ido a comprar algo a la maquina de la sala de espera, no tardarían en darse cuenta de que se había escapado de la habitación, pero había contado con disponer de un poco más de tiempo, o al menos haber podido ver a Tara.

—Dígame, ¿de qué enfermedad está hablando? —se giró de nuevo hacia el hombre, intentando apurar los segundos que le quedaban.

—¿No te lo dije? Le dije que fuera sincera contigo... El gesto estupefacto del hombre lo dejó petrificado en el sitio.

En ese momento Percy y Zora llegaron hasta él y ambos lo sujetaron con fuerza para soportar su peso.

—Shawn, no puedes estar aquí. Así no. Tienes que recuperarte...—le dijo Percy.

—No me importa. Quiero ver a Tara. ¡Necesito verla...! —Aquellas fueron sus últimas palabras, antes de perder las fuerzas en las piernas. Lo último que vio fue a Graham Liberman entrando en la habitación de su hija, y a esta en una cama, llena de tubos. Cayó al suelo y se dejó engullir por el

pozo oscuro de la inconsciencia.

CAPÍTULO 25

—Bien, ya estás despierto. Ahora puedo matarte —la voz de Zora sonó contundente en sus oídos y su cabeza. Y por el tono, supo que le esperaba una charla de las suyas—. ¿Te parece normal escaparte de la habitación como si tuvieses cinco años? ¡A tus abuelos casi les da un infarto al ver que no estabas en la cama!

—Baja el tono, brujita. Vas a hacer que me estalle la cabeza... —dijo con una mueca de dolor.

—Pues mira, te lo tendrías merecido. ¡Menudo susto nos has dado! —dijo cruzándose de brazos, pero esta vez su tono era mucho más suave.

—Lo siento... pero tenía que verla...

—Lo sé. Eso lo entiendo perfectamente, pero tú también tienes que entender que no puedes hacer nada por ella ahora mismo.

—Puedo tomarla de la mano. Que sepa que estoy ahí.

La mirada angustiada de su amigo hizo que a Zora se le encogiese el corazón en el pecho. Y posó una mano sobre su brazo sano, para reconfortarlo.

—¿Dónde están mis abuelos? ¿Y Percy? —preguntó mirando a un lado y a otro.

—Los he convencido para que vayan a descansar. Percy los ha llevado

a casa. Yo me quedo contigo esta noche, si te portas bien, claro. Que sino soy capaz de esposarte a la camilla.

No hablaba en broma. Shawn vio con mirada perpleja cómo Zora sacaba unas esposas de su bolso y se las mostraba con una sonrisa traviesa, mientras la hacía girar con su dedo.

—¡Maldita, sea! No quiero ni pensar dónde han estado, ni qué habréis hecho Percy y tú con ellas.

—Pues mejor no preguntes —fue la respuesta de Zora mientras las volvía a guardar en su bolso, con una mueca en los labios.

—Zora... está enferma... —Su voz sonó como un lamento—. Me lo dijo su padre. Está enferma... Y no sé siquiera qué le pasa. No me lo dijo. ¿Por qué no me lo dijo?

Zora vio que el pecho de Shawn comenzaba a alzarse y bajar con rapidez al tiempo que su respiración, cada vez más alterada. Ella acababa de descubrir la verdad sobre la enfermedad de su amiga, por boca de la señora Lockwood, y aun no era capaz de asimilarlo. Parecía un cuento de ciencia ficción.

—Shawn, tienes que tranquilizarte. No es tan malo como puedas llegar a pensar...

—Entonces, ¿tú lo sabes? —le preguntó confuso—. ¿A ti te lo contó?

—No, no... a mí tampoco me lo dijo. Me he enterado por tu abuela. A

ella se lo ha dicho la enfermera.

—Ni siquiera te lo dijo a ti... ¿Tan grave es? ¿Qué le pasa? ¡Tienes que decírmelo! —Shawn tomó la mano de Zora y la aferró llenó de desesperación.

—¡Ya he vueeeltoooo! —dijo Percy entrando en la habitación en ese momento—. Tus abuelos están en casa... ¿Qué está pasando aquí? —preguntó al notar la tensión en el ambiente.

—Hablábamos de la enfermedad de Tara —le dijo Zora.

—¡Joder! ¿No te parece flipante? Es como una especie de mutante o algo así. ¿No había un super héroe de Marvel que tenía esos poderes? —preguntó su amigo acercándose a la camilla.

—¡Percy! ¡De veras que a veces me preguntó por qué te quiero tanto! ¡Eres un auténtico zoquete!

—¿Mutante? ¿De qué demonios hablas?

—Perdona nena, pero es que es flipante. No me digas que no te molaría no sentir dolor. Nunca... jamás... —Shawn escuchó a su amigo y sacudió la cabeza al creer que había oído mal.

—¡Me vas a explicar de qué está hablando! Tara está enferma, ¿no es cierto? —preguntó cada vez más confuso.

Zora suspiró con fuerza. No sabía cómo explicar a Shawn la patología de Tara, y se le ocurrió que lo mejor era mostrarle la página médica en la que

ella había investigado cuando la señora Lockwood le había contado lo de la enfermedad de su amiga. Tomó el móvil y la localizó de entre sus últimas búsquedas en internet. Con una mueca le entregó el aparato a Shawn que comenzó a leer, sin decir una palabra.

Cuando su amigo levantó la cabeza de la pantalla, su gesto era indescifrable. Imaginó que se sentía como lo había hecho ella al leer el completo artículo que hablaba sobre la analgesia congénita y las consecuencias de vivir sufriendola. Lo que en apariencia podía parecer una bendición, como bien había dicho su novio, era algo realmente serio. Y las personas que la sufrían debían tener muchas precauciones y cuidado en su vida normal, para no pagar un precio que en ocasiones conllevaba la muerte.

Shawn cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás en la almohada. Zora no se atrevió a tocarlo. En su rostro ya se veía toda la preocupación y sufrimiento que lo atormentaban. Y sabía que necesitaría algunos minutos para asumir lo que acababa de descubrir.

Shawn empezó a recordar y a encontrar explicación a todas las incógnitas que le había despertado ella; su ingenuidad, que pareciese que había vivido en una burbuja. Era evidente que, de alguna forma, así había sido. Recordó las contusiones, la lesión de la muñeca, la quemadura en ese mismo sitio, las pequeñas cicatrices que había dispersas por su cuerpo. La recordó atravesando la puerta de cristal de la cocina de Zora, y verla

levantarse como si no hubiese pasado nada, para marcharse corriendo y huir de la mirada de todos. Apretó los parpados con fuerza. «¿Por qué no se lo había contado? ¿Creía que la amaría menos por ello? ¿Tenía miedo de contárselo? ¿Había llegado a plantearse siquiera ser sincera con él?»

—Imagino que no nos lo contó por miedo —dijo Zora como si le leyera la mente.

—¿Miedo de qué? —preguntó atónito.

—Miedo a que la viéramos como un monstruo o una atracción de feria. No te puedes imaginar lo que son los pasillos de este hospital. Todos comentan que la chica mutante ha salvado a dos chicas de morir quemadas en su coche.

Shawn apretó los puños.

—Eso es ridículo. Yo jamás la habría visto así...

—Lo sé. Yo tampoco... Pero intento imaginar lo sola que ha debido sentirse guardando un secreto como ese.

Shawn resopló dejando salir su frustración. Ahora más que nunca necesitaba estar con ella. Tara seguía sola. En su mente, estaba sola. Y necesitaba que supiese que él estaba con ella. Le daba igual si tenía que pelearse con su padre, con todos los médicos de aquel maldito hospital o con sus amigos, si era necesario. Pero tenía que estar con ella.

En ese momento unos golpes sonaron y los tres miraron a la puerta. La

sorpresa fue mayúscula cuando esta se abrió y por ella apareció el padre de Tara.

—Señor Liberman... ¿Está bien Tara? —La primera en reaccionar fue Zora, preguntando por su amiga.

—Sí, si... de momento está estable. Aun no ha despertado. La mantienen sedada, pero está bien.

—Genial —dijo Zora con alivio.

—Chicos, ¿podrías dejarme a solas con Shawn? Necesito hablar con él. —Estos miraron a su amigo esperando su confirmación. Cuando Shawn asintió ambos se dirigieron a la salida pasando por su lado.

—Estaremos fuera —dijo Percy antes de salir. Y Shawn se limitó a asentir, sin apartar la mirada del padre de Tara.

—Señor Liberman, siento mis acusaciones... —se apresuró a hablar antes de que lo hiciera el hombre. No sabía lo que había ido a decirle. Tal vez quería pedirle que se alejara de Tara y, aunque eso no iba a pasar, se sentía mortificado por haberlo acusado de maltratar a su propia hija.

Graham levantó una mano y negó con la cabeza, al tiempo que tomaba asiento en el sillón junto a la camilla, completamente exhausto.

—No es necesario. Pensándolo bien, yo en tu situación y sin conocer la patología que sufre Tara, habría creído lo mismo.

Shawn asintió sin dejar de mirar al hombre, y sin entender qué hacia

allí.

—Espero entonces que no haya venido para pedirme que me aleje de ella. Eso no va a pasar... La amo.

La contundente declaración hizo que algo se encogiese en el estómago de Graham. Estaban hablando de su pequeña, a la que acababa de recuperar después de toda una vida separados. Pero no era tan iluso como para no saber que ella se enamoraría en algún momento, y sería correspondida. Si tenía que verla con un hombre, Shawn Lockwood le parecía una opción más que aceptable.

—No he venido para eso —dijo bajando la mirada hacia sus manos—. Lo he hecho para explicarte lo que significa de veras tener la enfermedad de mi hija. Todo por lo que ha tenido que pasar...

—Nada de lo que pueda decirme va a asustarme —volvió a interrumpirlo.

—Eso espero, de todo corazón. No la había visto tan feliz jamás, como lo es estando contigo. Pero si vas a seguir con ella, quiero que lo hagas siendo consciente de todo. Si por alguna razón no quisieses mantener vuestra relación, prefiero que termines ahora y no más tarde cuando el daño sea mucho mayor.

Shawn observó la expresión angustiada del hombre que tenía a su lado, y en él reconoció solo la preocupación de un padre por su hija. Tara tenía

suerte de tener a alguien como él que velaba por su seguridad. Al menos se merecía que lo escuchase. Por lo que sin más, asintió, y esperó para oír el relato de la vida de la mujer que amaba.

CAPÍTULO 26

La voz de Shawn llegó hasta ella, despejando la nebulosa que embotaba sus sentidos. Antes de abrir los ojos, se preguntó si estaría soñando con él, como llevaba haciendo durante horas. Pero otras voces se mezclaban con la suya, en una conversación confusa que no llegaba a traducir en su mente. Puso atención y terminó por deducir que las otras dos eran las voces de su padre y el doctor Dawson. Todas las alarmas de su cuerpo despertaron y abrió los ojos para encontrarlos a los tres, charlando, a los pies de su cama.

Tuvo que hacer algún movimiento aunque ella se sentía paralizada, porque llamó la atención de los tres hombres que se giraron a observarla con gestos muy dispares; mientras su padre lo hacía con cariño y preocupación, el doctor se mostraba analítico. Y Shawn, con quien no se atrevía a cruzar la mirada, la observaba con una intensidad que no conseguía descifrar.

—Perfecto, ya estás despierta. —El doctor fue el primero en tomar la palabra, bajo la atenta inspección de los presentes—. ¿Cómo te sientes?

—Bien... —dijo con la voz áspera. Se llevó una mano a la garganta e intentó tragar.

—Espera, cariño, te traeré un poco de agua —dijo su padre y lo vio aproximarse a una mesita adyacente sobre la que había una botella grande de agua mineral. Llenó un vasito de plástico y se lo acercó a los labios, al tiempo

que la ayudaba a incorporar la cabeza.

Ella bebió como un autómata. Pero le daba igual el agua y todo lo demás. En su mente solo podía pensar en que no quería que Shawn estuviese allí, viéndola de aquella forma; en una cama, llena de tubos y cables. En la versión más patética de su vida. Un pensamiento perturbador pasó por su mente; «¿conocía ya su secreto?» Lo miró de reajo, pero su gesto inexpresivo no le revelaba nada. Quería que se la tragase el colchón, en ese mismo instante, pero no tuvo tanta suerte.

—Creí haberle dicho, señorita Liberman, que esperaba no volver a verla por aquí —apuntó el doctor con una sonrisa.

—Bueno, no se lo tome como algo personal, doctor. Me temo que no soy muy obediente —contestó al médico.

Su padre sonrió junto al médico, y Shawn hizo una mueca. Tara quería tirarse de los pelos hasta quedarse calva. Tenerlo allí, imaginando lo que sabía o no, le crispaba los nervios.

—Me voy dando cuenta —repuso el doctor—. Al menos sigue usted acompañada de ese ángel guardián suyo. —Lo vio tomar la carpeta con su expediente de los pies de la cama y comenzar a leer—. En esta ocasión ha sufrido la fractura de tres costillas, un traumatismo craneal leve, un esguince en la rodilla derecha, la dislocación del hombro izquierdo, y lo más preocupante y por lo que nos ha tenido a todos en vela, un neumotórax por el

que tuvo que ser intervenida de urgencias.

Tara tragó saliva.

—Afortunadamente, la operación fue bien. Ahora está fuera de peligro. Aunque tendrá que hacer reposo. Sé que, en su caso, se sentirá mejor antes de tiempo y tendrá la tentación de volver a su vida cuanto antes, pero le recomiendo encarecidamente que no lo haga.

Su padre le dio la mano y ella se sintió reconfortada. Aunque seguía sin atreverse a mirar a Shawn, con la mirada anclada en ella, mientras el doctor seguía su discurso sobre el repaso de su estado.

—Para el esguince de rodilla precisará estar en reposo al menos tres semanas, siguiendo una serie de recomendaciones. En cuanto al neumotórax, tardará en recuperarse y volver a las actividades de su vida diaria, aproximadamente unas cuatro semanas, y no podrá realizar actividades deportivas hasta pasados al menos tres meses. La hinchazón postoperatoria a nivel de la herida disminuirá gradualmente y generalmente desaparece a los dos o tres meses. Es posible que sienta insensibilidad u hormigueo en el área afectada durante algún tiempo, porque durante la cirugía algunos nervios se han estirado. Y puede tener fiebre leve las primeras semanas, por la noche. No tiene que preocuparse, es una reacción natural del cuerpo para favorecer la recuperación. La fisioterapia respiratoria y la recuperación gradual de la actividad física serán fundamentales para acelerar el regreso a sus actividades

cotidianas.

—No se preocupe, doctor Dawson, seguiré todas sus recomendaciones —le dijo ella con la esperanza de que no dijese nada más. Necesitaba hablar con Shawn y explicarle lo de su enfermedad antes de que lo hiciera otra persona.

—Eso espero. Ha tenido usted mucha suerte. Los sanitarios de emergencias que acudieron al accidente, lo hicieron cuando había entrado ya en parada respiratoria. Sin duda, aunque su actuación salvó la vida de las otras dos chicas, casi le cuesta la suya.

—Entonces Verónica y Nina, ¿están bien? —preguntó esperanzada.

—Sí, salvo algunos traumatismos y contusiones, se recuperarán sin problemas. Pero ahora quiero que solo se preocupe por usted. No pude volver a hacerse la heroína. Hemos estado a punto de perderla...

Shawn se revolvió en el sitio, y Tara vio la mueca de dolor de sus labios. Llevaba un brazo en cabestrillo y estaba pálido.

—¿No deberías estar en la cama, tú también? —le preguntó enlazando la mirada, cargada de preocupación, en la suya azul e infinita.

—No. Quiero estar contigo. Además, tenemos que hablar.

Graham miró al doctor, que a su vez lo miró a él, con cara de circunstancias. Ambos percatándose de que empezaban a sobrar. Pues los jóvenes se habían quedado en silencio mirándose el uno al otro, como si ellos

ya no estuviesen en la habitación.

—Cariño, voy a salir con el doctor para que me explique algunas cosas. Te dejo con Shawn, pero en un rato vuelvo —le informó su padre, y ella asintió.

—Sí, ahora por favor, ambos tienen que descansar. En unas horas regresaré para ver su evolución —apuntó el médico de igual forma.

Y ambos salieron de la habitación.

En cuanto estuvieron solos, Tara contuvo el aliento.

—Shawn...

—Tara, lo sé todo —atajó él.

Tara cerró los ojos y apartó el rostro a un lado. No quería llorar delante de él. Si ese iba a ser el momento en el que la dejaba, debía mostrarse fuerte, entera. De repente sintió la mano de Shawn sobre la suya.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Su voz estaba cargada de cierto reproche.

—Yo... —No sabía qué decir. Solo podía reconocer su miedo.

—¿Acaso creíste que te amaría menos por ello?

—¿Podrías no hacerlo? Shawn, soy la chica mutante. La rarita que puede rescatar a dos chicas con un brazo dislocado, las costillas rotas y un pulmón perforado... No sabes lo que es esto... —le dijo devolviéndole la mirada, esta vez brillante por las lágrimas.

—No, no lo sé. Pero sí que nada de lo que he averiguado en las últimas veinticuatro horas, y puedo asegurarte que ha sido mucho, no ha cambiado un ápice lo que sentía por ti.

Tara terminó por llorar.

—En realidad, sí que ha cambiado algo... —retificó.

—¿Qué? —preguntó ella en un susurro.

—Ahora encuentro sentido a todas esas cosas a las que no hallaba una explicación. Ahora sé que eres una mujer fuerte, valiente, que ha tenido que luchar mucho más que los demás...

—Un alma joven con el sufrimiento de un alma vieja —repitió las palabras de su madre cuando la describía.

Shawn reconoció aquellas mismas palabras como las que le había dicho su abuela sobre Tara.

—¿Eso es lo que quieres, Shawn? —le preguntó temiendo en partes iguales una respuesta afirmativa, o negativa.

—Sí, es exactamente lo que quiero. Quiero a la mujer que ha superado cada caída. A esa que, sabiendo que su vida corre peligro, sale a rescatar a dos chicas de una muerte segura. Quiero a la chica que me besó bajo la lluvia, y me hizo sentir por primera vez vivo de verdad. Quiero tu mente creativa y fascinante, y tu forma de admirar cada pequeño detalle para convertirlo en algo mágico. Y sobre todo, quiero a la mujer que se entregó a mí sin reservas,

sin miedo, y me hizo el mayor de lo regalos uniendo su alma a la mía.

Las lágrimas ya empañaban los ojos de Tara, al igual que sus mejillas. Shawn le limpió el rostro con su mano, acariciando su mejilla con suavidad. Y descendió sobre su boca para beberse las que habían llegado hasta sus preciosos labios. Tara elevó las manos y acarició su hermoso rostro de ángel caído, sintiendo que su aliento le devolvía la vida.

—No sabes lo que es esto... —le dijo en un susurro.

—Sé que cada día tardas una hora en repasar cada centímetro de tu cuerpo, para comprobar que todo vaya bien. Y sabes, creo que puedo ayudarte en eso... Yo me ocuparé de inspeccionar hasta el más recóndito rincón de tu piel.

Sus palabras sonaron a ardiente y turbadora promesa. Y Tara suspiró para después morderse los labios y ocultar una sonrisa.

—Pero para eso... tendrás que vivir conmigo.

Las palabras de Shawn congelaron la sonrisa en sus labios. Entrelazó los dedos con los suyos en un gesto íntimo, antes de hablar.

—Shawn, te amo. No puedes imaginar cuánto te amo. Pero tienes que dejarme ir...

La mirada de Shawn se tiñó de algo oscuro que le encogió el corazón.

—Necesito saber que puedo hacerlo sola, que puedo valerme por mi misma, sin depender de nadie. Y que cuando por fin estemos juntos, no seré

una carga para ti.

Cuando Apple irrumpió en la habitación, como una exhalación y cargada con una docena de enormes globos de colores, las palabras de Tara quedaron suspendidas en el aire. Al igual que los sentimientos contradictorios y turbadores que se apoderaron de él.

CAPÍTULO 27

Shawn sacó la cajita forrada en terciopelo negro que guardaba en la guantera del Torino, y la depositó en el bolsillo de su americana. Tras dar un par de golpecitos sobre la tela, se miró en el espejo retrovisor y resopló con la sensación de que el aire se había espesado. Miró hacia la casa de Tara y se pasó una mano por el cabello, suelto. Hacía una semana que había tenido que volver a su vida en Nueva York, solo una semana en la que no había podido ver a Tara a diario. Y había sido eterna. La vuelta al trabajo y a sus clases en la universidad habían sido mucho más duras de lo esperado, y la culpable era ella. Tras la salida de ambos del hospital se habían visto a cada minuto disponible, habían hecho rehabilitación juntos, dado los primeros paseos juntos, hablado durante horas, besado durante días y compartido hasta el más nimio de sus secretos. Y si algo tenía claro, era que ella era la mujer a la que estaba destinado a amar, para toda la vida.

El problema era que se encontraban en momento muy diferentes de sus vidas. Él había viajado, recorrido mundo, tenido varias relaciones, pasado por las experiencias que brindaba la universidad, y estaba inmerso en su proyecto de final de carrera y su trabajo. Tenía su propio apartamento y una vida hecha. Tara estaba empezando a vivir en ese momento, y entre las muchas conversaciones que habían tenido durante esas cuatro semanas, había llegado

a entender esa necesidad que sentía ella de abrirse al mundo por fin, y empezar a experimentar. Sacar su curiosidad de vivir sola, de pasar por las vivencias propias de su edad. Entender sus necesidades no hacía que fuese más fácil echarla de menos. Ni dejaba de sentir que, para él, su relación estaba a medias. Y la separación de esa última semana no había hecho más que demostrárselo.

Por eso, tomar aquella delicada decisión había sido tan duro.

Sabiendo que no podía demorar por más tiempo la conversación que debían tener, y muriéndose de ganas por perderse de nuevo en su mirada violeta, bajó del coche, se estiró la americana y, tras cerrar el Torino, se dirigió a la casa a grandes zancadas. Cuando estaba a punto de llamar al timbre de la puerta, esta se abrió y se sorprendió al ver ante él a Verónica y Nina, acompañadas por sus padres. Todos a punto de salir.

—Hola Shawn —lo saludó Robin que sujetaba la puerta mientras las visitas se marchaban. Las chicas lo saludaron con sendas y avergonzadas sonrisas. No las había visto desde la noche del accidente y se preguntó qué habrían ido a hacer allí.

Les devolvió el saludo con un leve movimiento de su cabeza. Cuando todos salieron, entró él, para ser recibido por la señora Liberman.

—Tara acaba de subir a su cuarto. Ve, seguro que se alegrará de verte —le dijo con gesto amable.

—Gracias, señora.

—Shawn Lockwood, ¿algún día conseguiré que me llames por mi nombre de pila? —le preguntó la mujer, acompañándolo a la escalera.

—No lo sé, señora, pero puede seguir intentándolo —le dijo él con una sonrisa, que despertó las risas de Robin.

La oyó reír mientras se dirigía a la cocina y él comenzó a subir. No era la primera vez que iba a estar en el cuarto de Tara. Durante esas semanas habían sido varias las ocasiones en las que se habían visto allí. Y agradecía en ese preciso instante, la intimidad que dispondrían para la conversación que necesitaban tener.

Aun habiéndose preparado mentalmente para aquel momento, cuando abrió la puerta y la vio en el suelo dibujando sobre su tableta, tuvo que contenerse para no tirarse sobre ella, como un quinceañero hormonado. Cuando ella levantó la vista y lo vio allí, la sonrisa que le brindó fue como un regalo del cielo. Tara no se lo pensó y, tras levantarse, fue a recibirlo elevando los brazos y colgándose a su cuello.

—Te he echado de menos —confesó contra su boca.

Shawn la rodeó, meciéndola en sus brazos. Tomó su rostro y se bebió sus palabras con un beso que los dejó a ambos exhaustos y deseosos de más, mucho más.

El último mes también había sido una agonía en ese sentido. No habían

podido volver a repetir su primera y única noche de amor. Y cada vez que se tocaban la tortuosa necesidad de sentirse se hacía palpable.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó ella ladeando la cabeza, con una sonrisa traviesa.

—Cada minuto. —Tara sonrió satisfecha—. ¿Acaso no lo sabes? Te lo he dicho en cada conversación telefónica, cada mensaje, cada llamada por Skype.

—Nunca me canso de oírlo —le dijo acompañándolo a la cama para que tomara asiento.

Shawn se sentó a los pies de la cama de Tara y a ella la sentó sobre sus piernas, para tenerla bien cerca. Le apartó un mechón de cabello, colocándoselo tras la oreja. Cuando ella clavó su mirada dulce y violeta en él, se preguntó como iba a soportar estar lejos de ella. Algo en su interior se encogió dolorosamente.

—¿Qué hacían aquí Verónica y Nina? Me las he encontrado al entrar —preguntó para dejar de pensar en aquello que lo angustiaba.

—Querían disculparse y darme las gracias por sacarlas del coche.

—¡Vaya! No había esperado un gesto así por su parte.

—La verdad es que yo tampoco. Me he sentido un poco incómoda. No quería que me lo agradecieran. Aunque imagino que, ahora que les he salvado la vida, por lo menos dejaran de intentar robarme a mi novio... —

Tara lo besó en el cuello con una sonrisa traviesa. Y Shawn sintió que se derretía ante el contacto de sus carnosos labios sobre la piel.

Tomó su rostro y devoró su boca con desesperada necesidad.

—Nadie podría robarte a tu novio. Me consta que está perdidamente enamorado de ti, preciosa —le dijo él con voz ronca.

—Eso espero —aseguró ella con la frente apoyada en la suya.

De repente, Tara se levantó de su regazo, poniendo distancia entre los dos.

—¡Eh! ¡Vuelve aquí! —protestó él.

—Espera, espera... Es que he hecho algo para ti. —Su sonrisa habría sido capaz de iluminar una ciudad entera. Y Shawn sonrió con ella, dejándose llevar por la expectación.

Tara, dándole la espalda, se inclinó hacia delante buscando entre varios lienzos que tenía apoyados en una pared. Durante unos segundos se dedicó a contemplar la espectacular redondez de su trasero, enfundado en aquel escueto pantalón que se moría por quitarle a mordiscos. Solo dejó su turbadora excitación a un lado, cuando la vio sacar un lienzo y volteándolo, se lo mostró con una sonrisa expectante. Se quedó sin palabras al ver el cuadro que había pintado para él, y en el que se les veía a ambos sobre la torre del silo, bajo un cielo estrellado idéntico al que disfrutaron la noche en la que le abrió su corazón.

—Tara... es precioso... —dijo casi sin palabras. La luz que se reflejaba sobre sus rostros era idéntica a la que él recordaba sobre sus facciones dulces y extasiantes.

—¿De veras te gusta? Quería regalarte un momento único para mí. Y creo que quedaría precioso en tu cuarto, en tu apartamento. Por las fotos que me enseñaste, podrías ponerlo sobre el cabecero de...

Las palabras quedaron suspendidas en el aire cuando Shawn fue a por ella y se apoderó de su boca, devastándola con necesidad desmedida. Tara se dejó llevar y lo abrazó con fuerza, enredando los dedos en su cabello dorado como el trigo. Durante largos minutos solo fueron capaces de recorrerse con las manos, con la boca, llevados por la necesidad de sentirse. Había sido una larga semana separados el uno del otro. Y Shawn sabía que aquello no había hecho mas que empezar. Quería grabarla en su mente, memorizar su tacto en la yema de los dedos, su sabor en cada papila, su olor a coco y vainilla... Aunque sabía que todas aquellas cosas juntas, no apagarían la agonía de la separación y la ausencia. Cuando creyó que ya no lo soportaría más, se separó de ella con el corazón tronando en su pecho.

—Tara... mi amor... Tenemos que hablar...

El tono que uso Shawn, más que sus palabras, pusieron en alerta a Tara que se separó de él con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó casi en un susurro.

Shawn la tomó de la mano y la llevó de vuelta a su regazo, sentándose en la cama. Ella se dejó guiar con el corazón en un puño. Conocía cada inflexión en su voz, cada mirada que él le regalaba, y sabía que lo que estaba a punto de decirle no le iba a gustar.

—Cariño, tengo que marcharme...

—¿Marcharte? ¡Pero si acabas de llegar! Pensaba que pasaríamos juntos el fin de semana, y me ayudarías a terminar de hacer las maletas para la universidad.

Tara había tenido que postergar su entrada en el *Sarah Lawrence* para terminar su recuperación y rehabilitación. Pero la siguiente semana, su padre, Robin y Apple la llevarían hasta Nueva York para acompañarla y ayudarla a establecerse en la residencia.

—Ojalá me refiriera solo a este fin de semana, pero me temo que no es así.

El ceño de Tara se arrugó aún más.

—Me han propuesto ir a Japón por un proyecto del gabinete. Es algo importante y me permitiría terminar mi proyecto de final de carrera, con uno de los mejores arquitectos del momento. Es una oportunidad única...

—¿Cuánto tiempo? —lo interrumpió ella con la mirada perdida.

—En principio seis meses —dijo él sin dejar de escrutar su gesto.

—Seis meses... —repitió prácticamente sin aliento. Sentía su cuerpo

paralizado. No quería estar sin él tanto tiempo. La última semana lo había echado tanto de menos, que sentía que le dolía la necesidad de tocarlo y sentirlo.

—Me lo dijeron hace dos días. Un arquitecto del proyecto ha tenido que regresar por problemas familiares, y ha quedado una vacante.

—¿Y tú quieres ir? —preguntó aun sabiendo la respuesta.

—Es una gran oportunidad. Y aunque no quiero separarme de ti, tú también necesitas tu espacio para experimentar todo lo que quieres vivir...

—Solo de pensar en pasar seis meses como esta última semana, viéndote solo a través de una pantallita... me falta el aire... —confesó ella.

Shawn tomó su rostro entre las manos y pegó sus frentes.

—No quiero hacerlo... —dijo él.

—Si quieres. Y tienes que hacerlo —aseguró ella liberando el oxígeno aprisionado en los pulmones— Te amo. Y ni tu trabajo, ni mi universidad, ni la tuya, ni todos los transportes del mundo y sus locos horarios, y mucho menos que nos separen miles de kilómetros, conseguirán que eso cambiase. ¿Recuerdas?

Shawn asintió sin despegar la frente de la suya, pero Tara lo abrazó con fuerza, apoyando la cabeza en su hombro. No le hacía falta verla para saber que las primeras lágrimas ya abordaban sus mejillas. Y la rodeó con sus brazos, pegándola a su cuerpo mientras le acariciaba la espalda. Su dulce

Tara, «¿cómo iba a ser capaz de separarse de ella?» Cada centímetro de su cuerpo la echaba ya de menos.

—Me estoy clavando algo. ¿Qué tienes ahí? —le preguntó ella tocando el bolsillo de la americana.

—Sácalo tu misma —le dijo él mientras le limpiaba las mejillas mojadas.

Tara obedeció con manos temblorosas. Cuando sus dedos se toparon con la cajita forrada en terciopelo, enarcó una ceja, estupefacta.

—Tranquila, no es un anillo de pedida... Todavía —le dijo con una sonrisa, leyéndole la mente.

Tara se mordió los labios, conteniendo una sonrisa.

Abrió la tapa de la caja y aun arrugó más el ceño. Sobre una esponjita negra había un papel doblado. Lo tomó y lo desdobló.

—No lo entiendo...

—Es una copia del billete que te he comprado para Japón. Para que puedas venir a verme cuando quieras.

Tara se lanzó a sus brazos y le dio un beso rápido en los labios antes de volver a leer la información de la fotocopia del billete abierto, que él le había comprado a su nombre.

—Mira debajo de la esponja —le dijo él encantado con su reacción.

Ella, con gesto escéptico, obedeció preguntándose qué más habría

tramado. Levantó la esponjita y se quedó maravillada al ver que se trataba de un colgante. Un precioso colgante con forma de nube, del que habían suspendidas tres piedras que simulaban gotas del mismo azul que el de sus maravillosos ojos.

—Es para que me lleves contigo cada día —le dijo él tomándolo de la caja. Abriendo el cierre, se lo colocó al cuello.

Tara, embargada por la emoción acarició la exquisita pieza, pensando que representaba a la perfección todo lo que le hacía feliz; los días grises y su mirada azul.

CAPÍTULO 28

—Bien, creo que esta es la última caja —dijo su padre entrando en su nuevo cuarto. Mientras él había ido hasta el coche a recogerla, Robin y Apple la habían estado ayudando a vaciar las que ya estaban sobre su nueva cama.

La habitación era de tamaño medio y tenía muebles muy básicos, pero disfrutaba de una gran ventana que le proporcionaba buena iluminación natural. Y el armario, el escritorio y las estanterías, parecían suficientes para guardar todas sus cosas. Sabía que en cuanto hubiese vaciado todo su equipaje y colocado sus cosas, se sentiría a gusto en ese lugar.

—Papá, déjala ahí, junto a la estantería. Creo que esa es la de los libros —le indicó señalándole una de las dos repisas del dormitorio.

—Por lo que pesa, estoy seguro de que sí.

—Lo siento, igual he traído demasiadas cosas, pero me costaba decidir de qué desprenderme.

—Lo importante es que te sientas bien aquí —le dijo su padre rodeándola con el brazo mientras echaba un vistazo a su dormitorio.

—¿Es lo que esperabas? —le preguntó escrutando su rostro.

No iba a negar que el hecho de tener a su hija, recién recuperada, a trescientos cincuenta kilómetros no le hacía gracia. Se repetía una y otra vez que eran solo cuatro horas en coche. Pero las últimas semanas, tras el

accidente, habían sido muy duras para ellos. Había estado a punto de perderla. Y ahora tenía que dejarla volar.

Tragó saliva y con ella el nudo de emociones que debía digerir. Como padre su función era apoyarla y Tara se lo merecía todo. Además, tenía un talento increíble, y estar en ese centro era una gran oportunidad. Sabía que su hija estaría bien allí y sin embargo no podía dejar de desear que, en cualquier momento, le dijese que prefería volver a casa junto a ellos.

—Es exactamente lo que esperaba —dijo Tara con una gran sonrisa, y él le devolvió el gesto.

Estaba a punto de emocionarse y no podía permitir que lo viese en ese estado. Se separó de ella decidiendo cumplir con la siguiente de sus labores como padre; comprobar la seguridad de la ventana y la puerta.

Tara vio a su padre concentrarse en analizar la ventana y tras encogerse de hombros, fue hasta Apple. Esta le estaba dejando algo en un cajón del escritorio.

—¿Qué tramas, pequeñaja? —preguntó a su espalda. Apple pegó un respingo y le sonrió de forma pícaro.

—Me has pillado... Solo te estaba dejando una sorpresa.

Tara metió la mano en el cajón y sacó un sobre grueso color rosa, lleno de purpurina. No había duda de que era obra de su hermana.

—He hecho un álbum con fotos nuestras de este verano. Es para que no

te olvides de mí. También he escrito en tu agenda, todos los viernes del año; «llamar a mi hermana.»

—No se me iba a olvidar por nada del mundo —La tomó entre sus brazos y la pegó a su cuerpo. Apple no tardó en rodearla y devolverle el gesto.

—Por si acaso. Es mejor ser precavida —apuntó Apple con su habitual tono resabido.

—Tú no te olvides de enviarme muchos vídeos de tus ensayos y trabajos. Tengo que presumir aquí de hermana —repuso ella. La sonrisa de Apple fue el mejor regalo que pudo recibir.

—Está todo bien. Es una habitación segura —anunció su padre tras su exhaustivo escrutinio. Ahora, será mejor que nos marchemos y dejemos que Tara se instale tranquila. ¿Sigues decidida a hacer el trámite de admisión tú sola?

—Totalmente. Ya tengo veinte años, papá, creo que podré con unos cuantos formularios. No tienes que preocuparte por nada. Tengo localizado el centro hospitalario más cercano, llevo mi expediente médico y estudiantil, la docu....

—Todo, está claro que lo tiene todo controlado, cariño —atajó Robin yendo hasta ella. La abrazó con cariño y le apartó un mechón de cabello—. Si necesitas hablar, un consejo de mujeres, o cualquier cosa, no dudes en

llamarme.

Tara asintió empezando a sentir que la embargaba la emoción.

La siguiente en fundirse con ella en un abrazo fue Apple.

—A mi me llamas siempre, te pase algo o no—le dijo levantando un dedo a modo de advertencia.

Su padre fue el último en tomarla entre sus brazos. No dijo nada, ya le había dado todo tipo de recomendaciones esos días. Y no creía que ninguno de los dos fuese a ser capaz de añadir nada más en ese momento. Solo se abrazaron, envueltos por la emoción, durante largos segundos. Tras los cuales su padre depositó un beso en su frente, y despidiéndolos con la mano, los vio salir de la habitación.

Tardó uno rato en reaccionar. Fue hasta su nueva cama, parcialmente cubierta con algunas de sus cosas, y se dejó caer sobre el colchón. Sentía cierto vértigo al pensar en todo a lo que se tenía que enfrentar, sola, por primera vez. Estaba tan nerviosa como deseosa de comenzar aquella nueva aventura. Solo una sombra acechaba su felicidad y era la marcha de Shawn hacía dos días. No queriendo caer en la añoranza que sentía cada vez que recordaba que estaba a casi siete mil kilómetros de distancia, volvió a levantarse como un resorte y siguió con la tarea de recoger sus cosas.

Dos horas más tarde, creía haber conseguido guardar hasta el último de sus trastos. Echó un vistazo al que sería su hogar durante el próximo curso y

volvió a sentir que los nervios se amontonaban en su estómago. La habitación no había quedado nada mal, se parecía a su cuarto en San Francisco, repleto de cosas, con un mural de fotografías, y las paredes cubiertas de trabajos suyos. Se sentía rodeada de momentos de amor, y al mismo tiempo sola.

En ese momento una llamada por Skype, la sacó de sus turbadores pensamientos. En primer lugar, había instalado su ordenador sobre el escritorio, y al abrir la aplicación su corazón se saltó un latido. Allí ocupando toda la pantalla tenía a Shawn.

—Hola preciosa —la saludó con una de sus sonrisas granujas y los nervios de su estómago se convirtieron en mariposas. En sus labios se dibujó una sonrisa boba.

—Hola... No esperaba tu llamada. ¡Estás aquí, conmigo! —le dijo acariciando la pantalla, embelesada.

—Ojalá, pero al menos tenía que saber qué tal llevas lo de instalarte en tu nuevo cuarto. ¿Qué tal la universidad? ¿Has podido ver ya el campus? — Su voz sonó algo metálica, pero a Tara le dio igual, no podía despegarse de su mirada azul, que la cautivaba en la distancia.

—No, aún no. Hace solo unas tres horas que llegué. Mi familia se fue hace rato y he estado instalándome. Acabo de terminar de guardarlo todo.

—Pues enseñámelo. Quiero poder recrearte cada día allí, en tu cama, con tus cosas...

Tara sonrió y tomó el portátil para pasearlo por el dormitorio, mostrándole cada detalle.

—Me gusta. Está todo impregnado con tu sello —le dijo él tras recorrer cada rincón.

—Te echo de menos —confesó ella de repente, dejando salir el sentimiento de vacío que anidaba en su interior, por saberlo tan lejos.

—Yo también te echo de menos, todo el tiempo. ¿Sabes? Estoy deseando que uses ese billete. Llevo aquí poco más de un día y ya he visto una docena de cosas que sé que te encantarían. La bahía de Tokio al atardecer es un espectáculo de ocres y violetas que se funden con el verde intenso de la costa y el azul de las aguas. Mientras lo observaba solo podía imaginarte con tus lápices y pinceles, recreando el espectáculo visual.

Tara suspiró.

—Me habría encantado compartirlo contigo —le dijo en un susurro.

—Lo haremos. Tenemos mucho tiempo por delante.

Se hizo un silencio entre los dos, como si se repitiesen mentalmente que aquellas promesas no eran solo palabras vacías.

—¿Estás ahora en el hotel? —preguntó Tara, solo por despejar su mente de pensamientos tristes.

—Sí. Aquí ahora son las dos de la mañana. Mañana tengo un duro día de trabajo, pero necesitaba hablar contigo...

—Habrá que sumar a la lista de cosas que no podrán separarnos, los cambios horarios.

—Esa lista es cada vez más larga, pero no me importa. Podremos con todo.

—Podremos con todo —repitió ella poniendo la palma en la pantalla. Shawn la imitó y sus manos parecieron unirse, aunque la fría superficie de plasma les recordaba que solo era un espejismo.

La necesidad de sentir el calor de su piel, se hizo más fuerte que nunca.

—Deberías volver a la cama. Mañana será un día importante para ti —le dijo Tara sabiendo que, aunque era lo último que deseaba, debía despedirse y dejarlo descansar.

—Está bien, solo si me das un beso —le pidió él.

Tara sonrió acercándose a la cámara y depositando allí un beso lento y pausado, mientras imaginaba que este quedaba impreso en la piel cálida de sus labios.

—Te amo, princesa —le dijo con una expresión triste.

—Te amo, mi príncipe —respondió ella antes de que la imagen de Shawn quedase congelada en el ordenador.

Durante unos segundos no fue capaz de apartar la vista de sus facciones perfectas de ángel caído.

—¡Wow! ¡Qué chico más guapo! Dime que es tu hermano, tu primo o

algo así.

La voz de la chica, junto a la puerta de la habitación, la sobresaltó y se giró tras pegar un respingo.

—Perdona, vaya forma de presentarme. Soy Violet, mi cuarto es el de al lado —le dijo una chica con el cabello más claro que ella hubiese visto jamás. Aunque todo en ella lo era; sus ojos de un azul cristalino, y la piel pálida, casi translúcida, hacía que la suya siempre clara, pareciese morena.

—Perdóname a mí. Mi forma de mirarte... Nunca había visto...

—¿A una albina, antes? Lo sé. No te preocupes, me pasa a menudo. Estoy segura de que tú también tienes cosas que te hacen diferente a los demás.

—Puedes apostar a que sí —reconoció sin más. Algo en aquella chica hacía que te sintieses cómodo al instante, aunque su aspecto fuese impactante, más parecido al de un ente etéreo y mágico—. Por cierto, soy Tara —se presentó. Y su nueva vecina le tendió la mano y una sonrisa.

—Encantada, Tara. Si te parece bien, voy a enseñarte el campus. Este sitio te va a encantar —aseguró con entusiasmo y tiró de su mano, para instarla a salir.

Tara echó un último vistazo a la pantalla de su ordenador, donde la imagen de Shawn la esperaba, estática. Y cerró la puerta del cuarto para dejarse guiar por Violet en lo que sería su primer día llevando una vida adulta

e independiente. El mundo la esperaba y ella estaba deseando darle el primer mordisco.

CAPÍTULO 29

Tres meses y dieciséis días sin verla. Y ahí estaba.

Casi no podía creer que estuviese a pocos metros de él, aunque, como en los últimos meses, una fría superficie se interpusiese entre los dos. Esta vez era tan solo la ventana de la sala común de su residencia. Pero viéndola allí, rodeada de sus amigos y compañeros, riendo mientras se tomaba un chocolate caliente y jugaba a las películas, se dio cuenta de que seguían tan lejos como los casi siete mil kilómetros que los separaban cada día, cuando se llamaban para contarse las cosas que les habían ocurrido.

Sintió un nudo en el estómago. Solo disponía de dos días en Nueva York y, cuando ella le dijo que no podía ir por navidad con su familia por tener que entregar unos trabajos importantes, vio la oportunidad de pasar algo de tiempo juntos. Sin embargo, en su interior sabía que la separación estaba siendo tan dura para él, la añoraba tanto, que su verdadera intención había sido la de intentar convencerla nuevamente de que viviesen juntos.

Pero contemplándola allí sentada sobre una de sus piernas, en el sofá, haciendo confidencias a una compañera en el oído para luego irrumpir en carcajadas, se daba cuenta de lo egoísta que había sido. Tara lo era todo para él. La amaba como jamás había amado a otra persona, y por eso, y solo por eso, debía marcharse sin revelar siquiera su presencia allí. Había aceptado el

trabajo en Tokio precisamente para darle el espacio que necesitaba. Sabía que, de haber permanecido ambos en Nueva York, la necesidad de estar juntos se habría abierto paso finalmente a la suya de demostrarse a sí misma que podía cuidarse sola. Pero de esta forma, con ella allí y él en Tokio, ambos tenían que obligarse a darse ese tiempo y espacio, necesarios.

Sacudió la cabeza y apoyó una mano sobre el frío cristal, antes de marcharse. Disfrutando una última vez de su rostro dulce, presidido por aquellos maravillosos ojos violetas y esos labios con forma de corazón, en los que quería perderse para siempre. Como si supiera que pensaba en ella, en ese momento, Tara metió la mano por el cuello de su jersey blanco de angora, y tiró de la cadena de la que pendía el colgante con forma de nube. Durante unos segundos, completamente abstraída, se quedó mirando la pieza mientras contenía el aliento. Cuando ella se llevó el colgante hasta los labios y lo besó con devoción, Shawn esbozó una tenue sonrisa.

«Hasta pronto, mi dulce Tara», se dijo antes de marcharse con la agonía de saber que le esperaban unos cuantos meses más, antes de poder sentir de nuevo la calidez de su piel.

—¡Buenos días, señor Lockwood! —Shawn desplegó la sonrisa en cuanto escuchó la voz cantarina de Tara en el auricular.

—Buenos días, preciosa. Aunque imagino que tú estarás a punto de irte a la cama —le dijo mirando el reloj y haciendo rápidamente el cálculo de la hora que sería en Nueva York. Habría dado lo que fuera por estar con ella, y acompañarla.

—La verdad es que ahora mismo no creo que sea capaz de pegar ojo — confesó Tara mientras se mordía el labio inferior.

—¿Y eso? ¿Te ha pasado algo?

—No... es que llevo todo el día pensando en ti, ¿sabes?

—Eso es bueno... —dijo recostándose en el respaldo del sillón, frente a su escritorio. Tenía varios planos desplegados sobre la mesa, que debía revisar antes de su vuelta a casa. Pero en cuanto oyó su voz, todo el trabajo se desvaneció ante sus ojos, para concentrarse solo en ella.

—En realidad no —Shawn alzó una ceja y miró su teléfono—. Estos pensamientos no me dejan concentrarme...

Shawn tosió con la intención de aclararse la garganta antes de hablar. Su tono era seductor y empezó a sentir un cosquilleo nada conveniente en ese momento, en la parte baja de su vientre.

—¿Y qué tipo de pensamientos son esos? —preguntó conteniendo la respiración.

—Unos muy calientes, tórridos, húmedos... y puede que hasta obscenos...

Él tragó saliva. Su dulce Tara no parecía tan dulce en ese momento. Y su entrepierna, desatendida durante largos meses, empezó a despertar sin control. Los seis meses iniciales se habían convertido, a causa de los retrasos en la obra del proyecto, en siete. Y aún le faltaban dos semanas más para poder volver a Nueva York. Ella no sabía lo que le estaba haciendo en ese momento, entrando en aquel juego.

—¿Sigues ahí? —preguntó confusa, al no escucharlo.

—Sí, si... aquí sigo.

—Bien... ¿Y quieres que te cuente alguno de esos pensamientos que se apoderan de mi mente, durante el día? —Tara volvió a su tono insinuante y él respiró con profundidad mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Soy todo oídos —dijo él. Y su voz sonó ronca y anhelante.

—Pues esta mañana, mientras desayunaba mi torre de tortitas con sirope de caramelo, me pregunté cómo sería derramarte lentamente el sirope sobre los abdominales. Dibujar cada una de las hendiduras de tus músculos, y después limpiarlo con mi lengua, concienzudamente.

El gruñido, al otro lado de la línea, hizo que Tara sonriera sintiéndose poderosa.

—¿Pero sabes cuál es el problema del sirope?

—Dime, cariño —la animó a continuar casi sin aliento.

—Que por mucho que lamas, chupes, o succiones, no termina de irse.

Es pegajoso, y la única forma de eliminarlo del todo... es bajo el agua.

—No...

—Sí... Y entonces he imaginado que me desnudaba lentamente para ti, y te llevaba hasta la ducha, abría el agua caliente y esta se derramaba por nuestros cuerpos. Echaba una porción de jabón en mis manos y la calentaba entre mis dedos, que luego usaba para recorrer tus hombros, tus brazos, bajar por tu pecho hasta el abdomen... Mis pechos rozarían tu torso enjabonado, mientras mis manos seguirían bajando hasta ceñirse sobre tu pene erecto y sublime.

—Aja...

—Últimamente he estado pensando mucho en cuánto me apetece sentir tu glande sobre la lengua...

—Tara... ¡para! Joder... vas a hacer que me corra en la oficina —soltó él cuando se dio cuenta de que el líquido pre seminal ya mojaba sus bóxers.

Escuchó la risa traviesa de Tara al otro lado.

—¿Desde cuando disfrutas torturándome?

—No lo hago, pero si crees que he sido mala, deberías venir e imponerme un castigo.

—¡Maldita sea, si estuviese allí, puedo asegurarte que lo haría! ¿Qué hago yo ahora con esta erección?

—Pues que suerte tienes entonces. Te estoy esperando en recepción.

Los ojos de Shawn se abrieron como platos.

—No juegues conmigo, Tara... —dijo levantándose de la silla, como un resorte.

—No lo hago, cariño. ¿Quieres venir a comprobarlo? Aquí hay una mujer con cara de malas pulgas que no deja pasar a nadie sin acreditación.

Shawn soltó el móvil sobre el escritorio y corrió hacia la puerta. Conocía muy bien a Chieko, la encargada de seguridad de la puerta del rascacielos en el que trabajaba. Era implacable y que ella lo supiera solo podía significar que estaba allí. Estaba allí de verdad. Abrió la puerta como una exhalación, dispuesto a correr por los pasillos, hasta el ascensor, cuando se encontró con el rostro dulce de Tara, sonriéndole mientras aun sostenía el teléfono en la mano. No tardó en reaccionar y tiró de ella hacia el interior de su despacho. Cerró la puerta tras ella y la apoyó sobre la madera, para tomar su rostro entre las manos.

—Estás aquí... Maldita sea, estás aquí. No eres un sueño... —le dijo apoyando la frente en la suya.

—Estoy aquí, mi amor —respondió ella ahogándose en su mirada y buscando la inmensidad en la que llevaba meses anhelando perderse.

Shawn no dijo nada más. Se limitó a apoderarse de su boca. Necesitaba besarla más que respirar, más que hacer latir su corazón. Solo la quería a ella, y apagar esa dolorosa necesidad de volver a ser uno solo.

Sus labios se abrieron y sus lenguas se buscaron con hambre desmedida. Reconociéndose, jugando entre ellas por fin extasiadas la una en la otra. Tara rodeó su cuello y se pegó a él y Shawn la recibió entre sus brazos, con la intención de no soltarla nunca más. No podía creer que estuviese allí, con él. La amaba y la deseaba con un hambre descomunal.

Cuando sus bocas se separaron buscando recobrar el aliento, Tara sonrió.

Shawn sabía que ahora que estaba allí, ya no podría dejarla marchar nunca más de su lado. Pero no podía decírselo. Necesitaba que fuese ella la que le dijese que ya estaba preparada. Temiendo que no fuese así, volvió a besarla, esta vez con dulzura. Haciéndole entender cuanto la amaba y lo duro que había sido estar sin ella.

Cada terminación nerviosa de Tara despertó con la descarga eléctrica que le provocó su contacto. Shawn jamás sería consciente de lo mucho que lo había añorado, de lo doloroso que había sido estar sin él. De que todo su cuerpo lo había llamado cada noche. De las lágrimas que había derramado cada mañana al darse cuenta de que solo había estado con él en sueños. Pero ahora, después de haberse demostrado a si misma que podía cuidarse sola, que podía hacer frente a las urgencias que sufría por su enfermedad, sin depender de que nadie fuese a rescatarla, podía decir que era libre. Que se sentía una mujer segura y plena que tenía muchas cosas que ofrecerle. Tomó

su rostro de ángel caído entre las manos, y le susurró frente a los labios:

—¿Podemos ir a otro lugar para charlar?

Shawn sonrió tras depositar una docena de pequeños besos sobre sus labios.

—Conozco el lugar perfecto —dijo él antes de ir a por su chaqueta y sus cosas, y sacarla de allí.

Y tanto que era el lugar perfecto, pensó Tara. No pudo articular palabra cuando se vio envuelta por la majestuosidad del *Rikugien Garden* y sus enormes cerezos en flor. Envueltos por aquella masa que mezclaba verdes y rosas, se quedó fascinada.

—¿Te gusta? —le preguntó Shaw, rodeándola por la espalda, cuando llegaron a un pequeño puente de piedra, oculto entre la vegetación.

—Es increíble... tan hermoso que quita el aliento —dijo ella emocionada.

—No, tú eres tan hermosa que quitas el aliento —aseguró él besando su cuello.

Tara sintió que se derretía entre sus brazos y cada uno de sus sentidos se nublaba por la excitación.

Se giró lentamente y tras perderse en su mirada, lo besó. Él le devolvió el beso, deleitándose en el contacto estremecedor de sus labios, en el sabor de

su boca, adictiva.

—Te he traído algo —le dijo Tara cuando sintió que las piernas volvían a flaquearle.

—Yo pensaba que mi regalo eras tú...

—A mi podrás desenvolverme más tarde...

Las palabras de Tara, y su mirada provocadora, hicieron que la sangre volviese a hervirle en las venas.

—Pero ahora necesito darte otra cosa. —Shawn la vio sacar un cepillo de dientes rosa del bolsillo de su chaqueta—. Es para que lo pongas junto al tuyo en tu apartamento, en Nueva York.

—Quieres decir que...

—Que he venido a pasar contigo estas dos semanas que te quedan aquí, y si me sigues aceptando, me gustaría vivir contigo cuando regresemos a casa.

—¿Qué si te sigo aceptando? Tara no he deseado nada más desde que hicimos el amor aquella noche en el bosque.

Tara se mordió el labio de esa forma tan encantadora que a él le volvía loco.

—Solo necesito saber que estás segura. Si no es así, esta separación, la tortura de no despertar a tu lado estos meses, no habrá servido para nada.

Tara tomó sus manos, entrelazando sus dedos, y respiró con

profundidad antes de hablar.

—Sé que cuando aceptaste venir hasta Japón fue para darme el espacio que necesitaba. Y aún te amo más por ello. Pero necesitaba saber que cuando me encontrase en una situación de peligro; como cuando me corté sin darme cuenta con una botella rota que saqué de una nevera en una fiesta, podría solucionarlo yo sola y nadie acudiría en mi rescate. Que sería yo la que controlaría cada aspecto de mi vida, sin sentir que me convertía en la responsabilidad de otra persona. Necesitaba dejar de pensar que era un bicho raro, la chica mutante, para convertirme en una mujer que, aunque es diferente, es autosuficiente y fuerte... Y tiene muchas más cosas además de su enfermedad, para ofrecer.

—Y por todo ello, yo también te amo más —le dijo él con el pecho henchido por el orgullo.

Tara bajó la mirada y sus mejillas se tiñeron de un rubor que a Shawn se le antojó encantador.

—Entonces, ¿me haces un hueco en tu armario? —preguntó volviendo a anclar su mirada violeta en la de él.

—Tara, ya tienes mi armario, mi vida entera, mis sueños y mi corazón.

Ella lo besó con devoción sintiendo su pecho a punto de estallar de felicidad y sabiendo que ya jamás le faltarían días grises, ni su mirada azul.

ÉPILOGO

Tara miró una última vez la nota que Shawn le había dejado sobre la almohada y sonrió preguntándose qué estaría tramando su mente traviesa. Si algo había aprendido del hombre al que amaba, durante esos tres años de convivencia, era que tenía una capacidad infinita para sorprenderla. Por eso, cuando vio que la citaba en la torre del silo, sus labios solo pudieron dibujar una sonrisa.

Miró hacia arriba y se aferró a la escalera, que tras cuatro metros de ascenso la llevaría hasta la cima. Habían vuelto a subir hasta allí cada verano cuando regresaban para ver a sus familias. Pero en esta ocasión, no sabía por qué razón, el corazón le latía frenético como la primera vez que lo hizo con él pegado a su espalda. Inhaló profundamente antes de subir el primer escalón. A medio camino recordó cómo él la rodeó aquella vez con sus brazos, y el solo recuerdo hizo que se le erizase la piel. Shawn seguía teniendo ese poder sobre ella. Y llevada por la necesidad de volver a sentirse flotar a su lado, siguió subiendo hasta llegar a lo alto de la torre.

Allí, tan guapo como siempre, la esperaba él con una camisa celeste y unos vaqueros desgastados. Su cabello rubio, suelto, encuadraba sus facciones de ángel caído. Se deleitó con su visión antes de dar el último paso y llegar hasta él.

Shawn no pudo creer que siguiese teniendo tanta suerte. Aquella mañana, al despertar, se había quedado contemplándola largo rato. Tara era como una ensoñación. Le encantaba perderse en su rostro dulce, en su piel nacarada de la que destacaban sus labios sonrosados y llenos, pidiendo ser atendidos. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no despertarla apoderándose de ellos. Pero sabía que había llegado el momento. En lugar de comérsela a besos le había dejado la nota manuscrita en la almohada, con la esperanza de que fuese lo primero que viese al despertar.

Y ahora, allí estaba.

Le tendió la mano incitándola a sentarse junto a él, en el borde de la plataforma, como tantas otras veces habían hecho. Hacia un día espectacular, el sol brillaba dejando su impronta dorada sobre las copas de los árboles y el reflejo del río, como un espejo lo hacía parecer sobrenatural.

Ambos miraron el paisaje, con los dedos entrelazados. Hacia exactamente cuatro años que le había declarado por primera vez su amor, y este no solo se había mantenido intacto, sino que lo sentía crecer cada minuto en su interior. En aquel tiempo ella había conseguido terminar su carrera y publicar, con gran éxito, su primera novela gráfica. Y él se había afianzado como una de las grandes promesas de la arquitectura. Pero sin duda, su mayor éxito había sido conseguir compartir cada día con ella, y no quería que eso cambiase jamás.

—¿Es extraño que cada vez que subimos aquí me sienta igual de sobrecogida? —rompió ella el silencio sin dejar de admirar el paisaje.

—No, no lo es. A mí me pasa igual.

Se miraron, como tantas veces. Y se perdieron cada uno en los ojos del otro, dejando que el resto del mundo se esfumase para ellos.

—Tara... La primera vez que estuvimos aquí, y aunque no lo supieras, fue la primera que le entregaba mi corazón a alguien, abriéndome y compartiendo cosas que había guardado desde niño. Ese día supe que me había enamorado de ti.

Shawn sonrió y bajó la mirada para contemplar sus manos entrelazadas. Tara lo imitó e impactada, vio que sobre su dedo anular descansaba un diamante azul, engarzado a un hermoso anillo de oro blanco. Se llevó la otra mano a los labios, envuelta por la emoción.

—Tú haces que sea el hombre más afortunado. Consigues que me sienta privilegiado por tener la oportunidad de ver el mundo a través de tus ojos, y por compartir cada instante con la mujer más fuerte, valiente y dulce, sobre la faz de la tierra. Y no quiero perder esos privilegios jamás.

—Y has decidido poner un anillo en mi dedo... —La sonrisa de Tara alimentó sus esperanzas.

—El anillo es un accesorio. En realidad, lo que he pensado es en prometerte que, si aceptas pasar el resto de la eternidad conmigo, dedicaré

cada segundo a hacerte feliz y a hacer todos tus sueños realidad, como tú haces con los míos.

Tara vio instantáneamente sus preciosos ojos violetas empañados por las lágrimas.

—¿Qué me dices, preciosa? ¿Quieres...?

La pregunta de Shawn quedó suspendida en el aire cuando Tara se lanzó sobre él y lo besó bebiéndose el resto de su pregunta. Llenó sus labios de besos, de risas y de esperanza.

—Acepto, Shawn Lockwood —dijo finalmente anclada a su electrizante mirada azul.

FIN

GLOSARIO

*1- La **analgesia congénita o insensibilidad congénita al dolor** es un **padecimiento hereditario muy poco frecuente de carácter autosómico recesivo o dominante**. Los portadores sufren complicaciones ortopédicas como fracturas, luxaciones, escoliosis y osteomielitis, mutilaciones y amputaciones. Desde la descripción de la enfermedad por Dearborn⁴ en 1932 hasta el 2001 se habían comunicado cerca de 40 casos.

La analgesia congénita o **insensibilidad congénita al dolor**, es una de aquellas enfermedades raras que si bien pudiera pensarse que es una ventaja para quien la tiene por aquello de no sentir dolor, en realidad es un verdadero **problema** tanto para el que la padece como para los que les rodean.

Esta enfermedad destaca porque, quien la sufre, **no nota ningún tipo de dolor**, ni cuando se corta, ni cuando se da un golpe, ni cuando se cae... o cualquier otra dolencia la cual, en una persona normal, haría que se estuviera **retorciendo de dolor**. Ellos, no, simplemente no lo notan... con terribles consecuencias para su propia salud.

El origen de esta afección, que si bien es hereditaria es un **gen recesivo** que se manifiesta muy de tarde en tarde (una vez cada millón), viene definido por un fallo en un cromosoma que produce que los nervios encargados de la recepción del dolor y que tenemos repartidos por todo el cuerpo - los **nociceptores**- no puedan transmitir estos estímulos al cerebro.

En esta situación, si bien la persona y sus sentidos funcionan con **normalidad** (aunque a veces padecen de falta de olfato o incapacidad de sudar), el sistema nervioso se vuelve “sordo” a las corrientes de alta frecuencia que determinan el dolor. O, dicho de otra forma, el cuerpo limita el voltaje que transmite por sus circuitos nerviosos y hace caso omiso a las descargas que sobrepasan ese límite. El único inconveniente es que omite los estímulos que avisan al cuerpo de una situación de **emergencia**, por lo que esa emergencia, para él, simplemente no existe... con todo lo que ello comporta, claro.

□



Las personas afectadas, de esta forma, pueden hacer vida normal siempre y cuando vigilen muy mucho los factores de **riesgo** -nada les impide ir con un cristal clavado en el pie durante días- y sobre todo a los **síntomas secundarios** que pueden padecer (fiebres, inflamaciones, mareos...), ya que, igual que son “inmunes” a los dolores externos, también lo son a los internos. Por ejemplo, al no sentir dolor, pueden morir de septicemia por una **apendicitis**. Con todo, si bien nada impide que puedan llegar a edades avanzadas, al ser más susceptibles que los demás a provocarse heridas que terminen por complicarse, acostumbran a morir a edades relativamente tempranas.

Enlaces en los que encontrar más información:

<http://www.medicinajoven.com/2009/07/analgesia-congenita.html>

<http://ireneu.blogspot.com.es/2016/09/analgesia-congenita.html>

<https://omicrono.elespanol.com/2012/07/la-maldicion-de-no-sentir-el-dolor/>

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer este libro especialmente a Mónica Agüero Fernández y Marisa Gallen Guerrero, por prestarme sus ojos y su corazón.
A Josephine Lys, por su amistad, las risas y los ratos de complicidad.
Y a Mar Fernández, por dejarme siempre con la boca abierta.

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En Mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con*

amor y Eres la nata de mi chocolate. En 2017 publicó serie de suspense romántico que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de tí*, *Lo que tomo de tí*.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana - HQÑ

Ríndete mi amor - HQÑ

Unidos por un ángel - HQÑ

Una boda sin fresas - HQÑ

Mi pequeña tentación - HQÑ

Gotas de chocolate y menta - HQÑ

Con la suerte en los tacones - HQÑ

Dulce como el azúcar - HQÑ

OTROS LIBROS:

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica's Cocó

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

SERIE PARANORMAL:

DAKATA - Romántica's Cocó

La Portadora - Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar -
Romántica's Cocó

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de tí - Romántica's Cocó

Lo que tomo de tí - Romántica's Cocó

Todos ellos disponibles en digital y papel.